ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

LA ILUSIÓN

BUENOS AIRES
1910

ANGEL ESTRADA & CIA.
OBSEQUIO
a la Biblioteca América
Santiago de Compostela

LA ILUSIÓN

No._____

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donante Sr. Angel Estrada y cia
de Buenos Aires

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

LA ILUSIÓN

MARCA REGISTRADA

BIBLIOTECA AMÉRICA

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO ESPAÑA

BUENOS AIRES
1910

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Los Espejos.

Alma Nómade.

El Huerto Armonioso.

PROSA

Cuentos.

El Color y la Piedra.

Formas y Espíritus.

La Voz del Nilo.

Los Cisnes Encantados.

Redención.

La Ilusión.

Al Señor

Samuel Lafone Quevedo

Afectuoso homenaje.

A. E.

LA NAVE

I

Un movimiento precipitado, como enloquecido, estremecía las cubiertas del *Araguaya:* el buque salía, á la hora precisa, y aun estaba lleno de visitantes. Desde un puente, Carlos Ikreen saludaba á un grupo de amigos, vigilaba su emoción, y la sonrisa le servía de máscara. La máquina resolló poderosa; restalló un silbato, el monstruo se desprendía del muelle.

Rompiendo la muralla de mozos de cordel y de curiosos, un anciano se acercó al borde del malecón; alzaba las manos; quería ser visto; mientras, exclamaba una joven: «Carlos, pon la cara triste». El viajero repuso, transformando una mano en bocina: «Me río, como quien canta para olvidar el miedo». Una niña, con voz de reproche y afecto, prorrumpió: «¡Farsante!» Aun oyó: «Escribe, y no me olvides»: atenuado, percibía el voto de su más querido condiscípulo. Los diversos grupos

avanzaron hasta el gran parapeto. Varias mujeres, en una punta, se arremangaron las faldas y ensayaron un paso de *cake-walk*. Se despedían de un empresario. Llegó hasta el buque un grito en alas de un silbido: «Si te perdés, chiflame». Era una última gracia de la aduana. Los amigos de Ikreen se agrupaban en torno de un arrogante general, de una alta señora rubia, y de un muchacho que vestía gabán claro. Sus ojos se humedecieron. La hora temprana y el frío le habían librado de las gentes, que consideran la despedida como un deber. Todas aquellas personas le representaban un afecto. En su mente se dijo, como el vagabundo de Richepin: *Chemineau, chemine*. Partía, en realidad, por cambiar de clima y paisajes, con inquietud que acabaría en el hastío de siempre. Inteligente, libre, rico, había recorrido, siendo muy joven, medio mundo. Huérfano de padre y madre, y sin hermanos, sufría de su orfandad: el destino le había impedido el goce de felicidades que parecían estarle deparadas.

Su abuelo paterno, el barón von Ikreen, ministro alemán, renunciando á su carrera, se casó en Buenos Aires. Su madre, argentina, le había pasado mucho del carácter español. Soñador impeniten-

te, como un buen hijo del Rin, tenía también la pereza de acción y la vivacidad de espíritu de su sangre andaluza. Según el vaivén de sus lecturas desordenadas, había sido de todo en la región de las quimeras: guerrero, escritor, hombre político. Lo imaginado se le presentaba tan intensamente, que, abstraído, gozaba feliz de sus diversas metamorfosis, hasta que el detalle más nimio, un simple encuentro en la calle, una carta, una noticia de diario, disipaban, con su choque, los telones fantásticos del teatro real, volviéndole á su nada estéril de simple mundano. En otra época, una pasión absoluta lo había sacudido con angustias y goces. Luego, la muerte se interpuso, llevándose á su pobre novia, entre las nieves de Sajonia, mientras la primavera y la alegría se derramaban en los jardines de Buenos Aires. Su humor se tornó salvaje. Su amargura lo exaltó, comunicándole delicadezas que no podían ser expuestas. Cultivó sus penas durante años, con voluptuosidad casi feroz. Winnie de Lissemberg había sido su Beatriz; pero, sin la fe del Dante, no esperaba encontrarla, como en la *Vita Nuova,* frente al rostro del que es *per omnia sæcula benedictus.* Así, el recuerdo, en vez de infundirle una ilusión suprema, había di-

suelto los vigores de su carácter: era para su corazón la prolongación de la muerte. Pero el tiempo comenzaba su obra. El dolor se trocaba en melancolía. Las raíces de su árbol reaccionaban, y en la fúnebre tierra se estremecían vagos anhelos de nuevas flores. El grupo que en aquel instante agitaba los pañuelos, había contribuído, con cien cosas amables, á la convalecencia de su vida. Y en ese instante, al empezar á acercarse, después de varios años, á la tumba lejana, sentía la conmoción penosa de lo desconocido que encierra todo viaje. Volvió los ojos al muelle.

El gabán claro, esfumándose, podía servirle aún de punto de mira. Evocó la inteligencia comprensiva y la bondad generosa que abrigaba, como centro y reflejo de la amistad de los otros. No se iban, á pesar del frío. ¿Presentían quizá no volverlo á ver? Ikreen apartó el pensamiento inoportuno. El buque, doblando la dársena, penetró en el estuario. El malecón, ahora, era confusa mole desgranándose en hilos. Arriba, las torres de Buenos Aires hendían, en vano, las gasas húmedas, que empezaban á vestir sus formas. Santo Domingo luchaba por no ocultarse, señalando el barrio con que simpatizan los que, apartándose del tumulto

cosmopolita, buscan en las noches espectros patricios y antiguas cosas de la ciudad porteña. Luego, la inmensa masa perdió sus aristas, retrocedieron los agujeros de las calles, y surgió un solo bloque de informes apiñamientos.

El río mostraba la neblina en toda su fuerza, como aliento natural de su respiración incesante. Media hora después, el *Araguaya* rompía los velos espesos, y su chimenea lanzaba sus humos volantes, y las ráfagas, confundiéndolos, lo envolvían en atmósfera de misterio.

II

La bocina de los barcos estremece con modulaciones de espanto, de estupor, de advertencia, de amargura, de desolación, de olvido, con voz que, cambiante, como la voz del mar mismo, toma expresiones, hiere la atmósfera moral de cada espíritu, se apodera de él, con él se funde, y se transforma en ¡ay! de dolor ó en grito de alegría. Mas, en medio de la cerrazón, la del *Araguaya* concretábase en lúgubre, y parecía buscar fraternales fantasmas. Repentinamente, se oyó el frenético alarido de otra sirena, taladrando el tul flotante. Los pasajeros se precipitaron á las bordas, y, engendro real de la neblina quimérica, apareció de proa, un barco violento. El choque fué rudo. Las mujeres imploraban. Varios hombres las atropellaron sin conciencia; pero, en inglés, en francés, en español, en portugués, se oían gritos: «¡calma, no es nada!» El *Araguaya* viró, y su enemigo

improvisado rozó la inmensa eslora, desapareciendo por la estela. La niebla volvió á tragarlo, y resonaron las sirenas cual felicitándose, esta vez, de no haber callado para siempre.

En la cubierta se mezclaban voces exaltadas. No había desconocidos. Universal amistad estremecía aquella torre de Babel. La satisfacción, después del peligro, hacia viejos camaradas de quienes en un naufragio se hubiesen muerto por quitarse los botes. Ikreen, subiendo encontróse en medio de la sibilante algarabía. Un señor La Gatinière, le dijo en dos palabras lo acaecido, y añadió: «Supongo que las personas cultivables están en otro puente. La vulgaridad de estos hombres asusta y el aspecto de las mujeres enferma». Y Carlos aprobó. Olvidaba que por menos bello ó curioso que parezca todo grupo humano, resulta interesante, si se le observa sin prejuicios de educación y sin antipatías de raza.

III

Cuando Carlos Ikreen se levantó al siguiente día, el *Araguaya* iba ya lejos de Montevideo. Lamentó no haber visto á la ciudad bajo el sol y el Cerro, irradiante, tendida al pie de la verdura. No haberla visto una vez más, adelantándose risueña hacia el mar y engastada en el azul cinturón como una piedra blanca. Las cubiertas, en tanto, se animaban. Los pasajeros de ayer, paseándose como en casa propia, observaban á los recientemente embarcados. La Gatinière decía á don León de Lanuza: « Fulano de Tal escribe; yo no lo conozco; luego carece de talento. Mengano, que no es mi amigo, forma parte de una oficina donde se ha robado. ¿Á qué seguir? Es el ladrón. » La *boutade* tenía un fondo de verdad. En el *Araguaya* todos se miraban, prestos á despedazarse en nombre del juicio de los ojos. Mañana, hombres y mujeres, ocultando sus defectos, pondrán en las relaciones lo más amable de su ser,

y hasta habrá quienes se separen con lágrimas. Pero la experiencia no enseña, y la primera impresión trae siempre crítica incompasiva.

En un grupo se comentaba el choque. D. Frutos Álvarez, estanciero de Santa Fe, no le daba importancia. «Sin embargo, — replicó un joven vetenario, — con el pretexto de la neblina hemos perdido tres horas, y, en realidad, lo debemos al rumbo que el otro buque nos hizo.»

— ¡Qué buque ni qué niño muerto, amigo! Llámele remolcador.

— No hay tal: era un buque de carga alemán.

Ikreen, como Macaulay ante los vidrios rotos, meditaba sobre las dificultades de escribir la historia, cuando un italiano intervino: «¿Qué pasó? Digan la verdad.»

Carlos, en su lengua, le contó la versión del señor de La Gatinière. El oyente abrió sus grandes ojos: «Soy Ricardo de Caprara; venga usted: tenga la bondad de referir á mis hermanos eso mismo.»

Dejando al grupo enardecido en la disputa, avanzó hacia los sillones, ocupados por los artistas; preguntó á Carlos su nombre é hizo la presentación.

Hombres y mujeres oyeron el relato con interés, y luego la conversación se desvió para caer sobre las temporadas de Montevideo y Buenos Aires. Desde el fondo de su silla, envuelto el cuello en amplio *foulard,* y vestido con un gabán, último grito de Londres, Pedro Guicciardi exclamó: «Su ciudad es mi ciudad, y la única divertida de América». «Hombre, calla—respondió la Caprara;—¡qué necesidad hay de gritar y de comprometerse!» «Bueno, bueno—refunfuñó el viejo, entre dientes:—«Ahora Río, ¡quién sabe cuánto aburrimiento, Dios del alma!»

Guicciardi, viejo amigo del padre de Caprara, se había hecho actor después de dejar en la Bolsa sus últimos céntimos. Los Caprara, de alta nobleza italiana, completamente arruinados, debían al teatro su nueva fortuna. Los acompañaba un joven polaco, también distinguido, y todos guardaban en la escena, como en la calle ó en el buque, sus maneras de hombres de mundo.

Á las otras mujeres, no las denunciaba tampoco el inconfundible cabotinismo, y Rosario Salvatore, sobrina de Guicciardi, hija del conde Panieri, era una debutante, llena de talento. La intimidad se hizo pronto. Ikreen conocía las fami-

lias porteñas, á que los cómicos habían sido presentados, y, respondiendo á sus preguntas, los unió una especie de lazo antiguo.

Otra cosa interesaba al joven. La Salvatore, en su cálida belleza meridional, tenía los ojos de su novia alemana. Irradiaban en su rostro, vueltos á la vida, desde un pastel evaporizado. Y su rostro, con ese mirar, era el mismo crepúsculo, no en la agonía de la tarde, sino anunciando la plenitud de la aurora. Y no sabía si por esta causa su voz lo emocionaba, ó si la semejanza de la voz infundía á los ojos las evocadas expresiones. Poseído de real inquietud, la vibración le abría la herida de sus recuerdos... Un silbato de la sirena puso á todos en pie. La niebla de nuevo avanzaba amenazante. La isla de Flores se ocultaba, y se estremecieron hombres y mujeres. Resonó una voz poderosa: «La lección de ayer ha aprovechado: seremos cautos: no teman». Lo decía con tanta seguridad, que muchos se preguntaron si monsieur Rigolet, vestido de civil, no era el capitán del *Araguaya*.

IV

Un joven húngaro toca el piano. Á su lado, en una silla, está Rosario Salvatore. Su boca roja, tiene blancos dientes deslumbrantes. Su sonrisa, más que nacida del contacto de su alma y de la música, se antoja el placer de esa nieve de sus dientes al fundirse en el fuego de sus labios. El pianista, de tez obscura, al verla sonreir, sonríe también con un reflejo de su hechizo. Ikreen dice á Bianca Monti, frágil y pálida como una camelia sin sangre, perfumada y vibrante como una mujer con vida: «Salvatore es un retrato del Ticiano, una patricia de Venecia dando cuerda á su negrillo músico.»

— ¿Se habla de mí? — interpela Rosario desde su silla.

— Sí — responde Ikreen — y agrego á lo que decía: Sus ojos son españoles, su boca francesa y su cuerpo italiano; es usted toda nuestra

raza, mostrando, al oir, un alma ardiente, espiritual y armoniosa.

—No me gusta que me describan.

—No la describo; la canto.

—Me fastidia que me canten en burla.

—Pues deje de ser nota en serio.

—¡Siempre con la última palabra!

—Porque es usted perenne fuente de imágenes.

El pianista golpea las teclas, sin abandonar el vals, y grita:

—¡Muy bien! ¡bravo! ¡adelante!

Un viejo brasileño, el Sr. Queirós, se acerca; parece pedir un poco de calor en aquel hogar de juventud. Guicciardi, siempre envuelto en su *foulard*, las manos aprisionadas en los guantes, y moviendo un bastón, que nunca le abandona, exclama:

—Ikreen, usted no la conoce. Sus ojos echan lumbre, y, sin embargo, es la mujer más fría de la tierra. Hace cuatro años perdió á su marido, y hasta ahora, estoy seguro, no ha pecado. No lleva mi sangre. ¡Pariente espuria, eres indigna de tu tío!

La Monti, sin dejar su lánguida posición, responde:

—Hace muy bien: una barbaridad no se comete dos veces.

—¿Y quién te da derecho para hablar por ella?

—Seguramente, no usted, viejo verde.

—¡Ay, hija, qué irónica estás! ¿Por qué verde? Hace años que dejé de ser hasta maduro.

—Pues, querido Guicciardito, has de saber—exclama la Salvatore—que tengo corazón, y muy grande, y muy ardiente: quise á mi marido dos meses, luego perdí toda ilusión; murió, dejándome libre, y no perteneceré á nadie, sino amando de veras.

—¿Cuánto tiempo estará usted en Río?—dice impetuosamente el pianista.

—¡Ea, jovenzuelo, á callar!—replica el señor Queirós,—y siga usted tocando.

Y, en efecto, el músico, entusiasta, pasa de una mazurca nacional á un vals de Cremieux.

—¿Cómo se llama?—pregunta la Monti.

—«Cuando el Amor muere»—le responde Guicciardi entonando la cadencia.

—Yo quisiera saber cuándo nace—murmura la Salvatore.

—Cuando se encuentra la costilla.

—¿La costilla? No comprendo.

—Ni yo tampoco.

—Explíquese usted.

—Allá voy, continúa Ikreen. La mitad de los amores incompletos llevan á la desilusión; son un juego de carnaval del sentimiento; no son el amor con A mayúscula. El amor pertenece á la física y á la química. No hagan gestos, no interrumpan. Luz de los ojos, expresiones del rostro, acentos de la voz, simpatías del alma: todo eso es lo físico, lo intangible. La posesión es el reino de la química. El precipitado se hace, ó no se hace; y si resulta, por otra ley misteriosa, el amor es perfecto. La parte simplemente física, idealiza sin satisfacer; la parte simplemente química, sin satisfacer, degrada. Cuando se llega al arpegio absoluto, se ha encontrado á la mujer costilla.

—¿Pero quién es ella?

—Eso no tiene un principio.

—Silencio: no sólo Eva fué sacada del costado de Adán. La tradición se perpetúa. Cada mujer es hecha en el laboratorio universal, con la costilla de un hombre. Y esa mujer crece, vive y busca. Inútil añadir que su fuente hace lo mismo con más prodigalidad. Á menudo, el hombre que dió su costilla, está en Australia, mientras su fruto nació en

Montevideo: el conocimiento es difícil. Á veces el hombre murió después de darla: no se encontrarán nunca: ¡pobre mujer! Á veces la cosa no puede ser más simple: el complemento es una amiga de infancia ó una vecina de casa; pero con dificultad ó sin ella, todos se persiguen, y, dichosos los que se encuentran para unirse de veras: es la felicidad; y desgraciados los que no se pueden juntar, es el eterno sufrimiento.

El tono caluroso de Ikreen ha ido al propio tiempo burlándose de sus ideas. La mosquetería palmotea alegremente.

—¿Y cuándo hay amor y la mujer es más vieja?—pregunta el Sr. Queirós.

—No es amor, es una aproximación; la amada fué hecha con la costilla de un pariente, que, á su vez, no pudo ser feliz en su matrimonio.

Todos ríen: la Monti mira al pianista. «¿No tendré yo su costilla?» El joven quiere responder, pero el rubor le tiñe los pómulos. Rosario, dice: «Pensar que quizá la mía pertenece á mi tío.»

—Niñas, niñas, no reir—murmura Guicciardi. En la broma de Ikreen hay mucho de cierto.

—Nadie lo duda—replica impetuosa la sobrina; pero hombre, ¿hemos de llorar?

¡Quién sabe si aquel viejo león, sin melena, no siente, en verdad, un deseo de lágrimas! Empieza á soplar en el barco la brisa de la ilusión, que engendra el océano con su soplo de esperanza, sus ansias de felicidad y su vasto anhelo de amores.

— ¿Llorar? — exclama la juventud en coro. — ¡Á reir y á cantar!

El pianista cambia su vals en acordes de Méndelssohn: « Adiós el Amor que muere ».

— ¡Viva el amor que nace! — prorrumpe, entrando, Caprara, sin estar en la escena, por el gusto de hacer ruido.

— Y salúdalo — grita la Salvatore. Suena su Marcha Nupcial.

No hay duda; la ilusión de los viajes vibra ya en el salón. Las nubes del espacio y las espumas de las olas tejen el manto engañador de la feliz hija de á bordo. Vive en amable atmósfera, cae del cielo, y tiene por espejo el agua. Las costas guardan las amarguras del sufrir; las ondas mecen, sin dormirse nunca, un sueño de renovación ideal, infinito como su canto...

La marcha, en el salón, acompaña la algazara de hombres y mujeres. Los arpegios animan las cosas. Las uvas, de nieves eléctricas de los focos,

vuelan seguidas por los Mercurios de bronce. En el claro de luna, de la bóveda de cristal, algas verdes, en mañana gloriosa, se abren en un fondo de mar, amigo de las sirenas. Y los amores no frágiles y risueños, á la manera de Watteau, robustos y graves, á la manera de Rafael, tañen cítaras en los óvalos azules, soplan flautas, aguzan flechas, y, sobre la boca de las actrices, mezclan sus alas, prolongando en eco plástico el ritmo de las sonrisas.

La corneta militar interrumpe el charlar y el piano.

—Á comer, ¡y no nos hemos vestido!

Las mujeres se precipitan á la escalera. Luego la Salvatore se detiene, y exclama:

—¿Lo de flor de tu costilla en la Biblia, será por nuestro perfume?

—Ven, loca, que no tendremos tiempo—responde la Monti; y la camelia, exhausta, parece sentir la savia de nueva sangre.

¡Sí, la ilusión de los viajes, adelantándose á las horas, empieza á envolver, con su tul de oro, el reloj del navío!

V

Ikreen y la Salvatore habían subido á la cubierta superior sobre la popa. Abajo, en el puente, jugaba un grupo de niñas. La que perdía en la cuerda, se quedaba en el centro, hasta ganar con astucia una esquina. Las carcajadas y las frescuras del mar se dispersaban en manojos de regocijo. Las juveniles cabezas mariposeaban entre los tubos de respiración, los toldos flotantes, los botes suspendidos, las claraboyas lucientes. Hacían pensar en un jardín de pájaros y flores, abierto al influjo de las aguas, y en el océano, era su soplo primaveral el mejor recuerdo de las costas.

La tarde empezaba á declinar. El sol descendía como farol imponente entre manos invisibles de alados seres. Los ojos intensos de la Salvatore, que, á veces, sin saberse por qué, tenían una expresión de asombro; y, sobre todo, las notas veladas de su voz acariciante, saliendo de labios casi

elásticos, herían en el fondo de Ikreen, una placa vibratil. Y de ese metal brotaban antiguas palabras y viejas imágenes. La resurrección aquella le presentaba, en vez de un espectro, en ciertos momentos, á la muerta, viva. Los años de ausencia se condensaban en relámpagos de un instante, y ese instante provenía de un gesto, de una entonación, de un silencio. Carlos no se analizaba. Sentíase vivir turbado. La Salvatore, por otra parte, perdía su aplomo de actriz acostumbrada á desafiar públicos. « Cómo el azar es curioso », decíase á menudo, « ¿ iré yo á amar á este desconocido ? » La atracción misteriosa, la invencible simpatía, el flúido magnético, con los movimientos intangibles de sus esencias impalpables, la envolvían en sutil caricia.

Ella rompió el silencio :

— ¡ Una ballena !

Ikreen siguió la dirección de su mano. El arco de una onda, de pesantez abrumadora, lanzaba á un pez sin gracia, que volvía de cabeza al agua.

— No es ballena, es tonina ; robusta flecha para volar.

— Y aunque fuese ágil, las cuerdas mojadas no tendrían fuerza.

La Salvatore miró al joven en los ojos, y Carlos se estremeció; habíale hablado como acostumbraba Winnie al completarle una idea.

Un involuntario suspiro siguió á su involuntario pensamiento. Rosario lo tornó á la realidad:

—Parece que todo el paisaje suspirara en usted.

—No es extraño—repuso y sin saber cómo concluir:—evocaba la vida interna del mar.

La mujer rió estrepitosamente. Él la escuchaba lleno de curiosidad, casi con estupor, y ella, al fin, sosegándose, dijo:

—¿Lamenta usted no ser tonina?

—¿Tonina? ¿Y para qué?

—Pero, hombre, para vivir de esa vida del océano, que lo hace suspirar.

—¡El océano! Estoy seguro que nunca ha pronunciado seriamente esa palabra. ¡El océano! ¡Sí, yo adoro su seno misterioso! ¿No ha pensado usted que la quietud de su interior no corresponde á este movimiento; que el silencio de su profundidad no corresponde á esta lamentación? ¿Y no se ha dicho que ese silencio y esa quietud envuelven un magnífico lecho de amor?... Nuestra quilla rasga las ondas, sobre rimeros de

estrellas, sobre macizos de madréporas, sobre bancos de corales. Corrientes lechosas dispersan átomos que fructifican en miriadas de seres. El agua venida de los trópicos funde capas glaciales con la virtud de un labriego que adora el campo nupcial de las algas. Las más extrañas combinaciones, entre peces monstruosos y gentiles, y entre bosques de plantas sensitivas, producen la germinación de un perpetuo epitalamio. Creíase antes que el peso de la mole (pues mil metros representan cien atmósferas) impedía la procreación viviente. Cables recogidos del fondo del mar demostraron lo contrario: volvían cubiertos de musgos y también de animales. Entonces la curiosidad humana, inventando aparatos, exploró el abismo. Piense usted que, á donde no llega ni el eco de un rayo de sol, los peces poseen, como nuestro *Aragua-ya*, ventanas de luz á lo largo del cuerpo. Si huyen de un enemigo, una tela sutil se las cubre; y sino, provistos de una suerte de cristalino, lanzan fulgores azules, amarillos, rojos. Los destellos ¿son eléctricos? ¿son simples fosforescencias? ¿son parte de los fenómenos de la radioactividad? Se ignora. Pero imagine la maravilla de esos *cromatóforos*, linternas fantásticas

con que los peces enamorados se buscan resueltos. La oceanografía prosigue la caza de los secretos marinos, mas la ciencia no le dirá que en tal amor no hay sufrir; no le dirá que su felicidad hace dulce el palacio de las aguas amargas; no le dirá que en ese amor, si se quiere más luz y más armonía, se sube de la sombra á mirar el sol entre las olas; no le dirá, en fin, que en la gran hondura sólo se siente para apreciar la vida. Todo se ama, todo se reproduce, y nadie nombra á la cuna principio del sepulcro; nadie se angustia ante la nada; nadie sufre del espanto de desaparecer. Con razón los antiguos inventaron las sirenas; infiltrando en su ventura pensamiento humano, se vengaban de la realidad... Tampoco le dirá la ciencia, que á esa vida profunda se une la vida de los navíos sobre la superficie. Vida de fúlgidos y potentes anhelos, en que la ilusión de la tierra asciende al espacio con la voz del piélago. No le dirá cómo esa voz, entre puestas de sol y claros de luna, hermosea la pequeñez del hombre... El mar es el peor cómplice de los corazones y de los espíritus. Corales y peces eclipsan orquídeas y pájaros, porque, exaltados, desean cantar, con inútiles acentos que estallan al fin en

silentes colores. De igual modo, la marina amplitud infunde á nuestra emoción infinitas escalas y graciosos mioramas. Y si á sus largos días de esplendor suceden fugaces tormentas, no son para destruir, sino para señalar el abismo de las pasiones, que tiene también sus olas, sus vientos y sus nubes.

Carlos había hablado animadamente. La Salvatore no reía ya. El joven, inquietándola, creaba una atmósfera en que respiraba el temor con delicia.

—No veo en usted—dijo—una posible víctima. Usted se expresa como poeta, y los poetas, como nosotros los actores, hacen sentir sin sentir, por la fuerza de su arte.

Ikreen no pudo evitar un movimiento de lasitud. Luego, pensó: «Á qué defenderme; bien sé lo contrario.»

Las niñas del puente habían dejado de jugar. Imitaban el silencio del cielo, mirando el sol, apoyadas en la borda. Las nubes acudían al horizonte con la precisión de una cita. Algunas cubrieron el astro, y, sin iluminarse por fuera, dejaron caer del seno flechas ardientes. Luego, revistiéndose de majestad, dieron á comprender que lo veían hundirse. Más arriba de los vapores obscurecidos, un

celaje purpúreo ânunció, misterioso, la definitiva muerte á los genios aéreos. Y sobre las aguas, llenas ya de los alientos nocturnos, el dibujo tenue de la luna parecía una ceja de plata desprendida de un ángel de oro.

Ikreen, retrocediendo, se apoyó en un mástil. Rosario, entre los guinches de un bote, esculpíase en su traje rosa. La red de su tul en el sombrero aprisionaba invisibles quimeras. La languidez de la hora pareció invadirla, el latido del mar penetrarla, y, desfalleciendo, como la tarde, inclinó la cabeza: el joven creyó que la ceja de plata del ángel de oro descendía hasta su frente y se convertía en nimbo!

VI

Los pasajeros están en la cubierta, mientras la bronca bocina del *Araguaya* se despide del puerto de Santos. Llegados al amanecer, sólo dos ó tres ingleses, turistas madrugadores, han visto la famosa bahía.

Van y vienen por grupos. Un médico inglés, subido en Montevideo, se pasea del brazo de su mujer, española, de grandes ojos negros, cuyo otoño recuerda el desgranamiento de un racimo: la llama atenuada del sol renace en el fruto, y se evapora en dulzura.

Mrs. Sipson, norteamericana, que dice ir en busca de su marido á Nueva York, camina con flexibles movimientos de cisne, al lado de Manuel Ortiz, un jovencito portugués. Ya la han notado hombres y mujeres. Su aire resuelto, de natural elegancia, realza el encanto de su dicción, y si sonríe, sus ojos azules dan la sensación de islas serenas, mirando entre la luz del gozo que las arrebola.

Juan Parsons, chistoso muchacho de la compañía, acompaña á la hija de un noruego, que tiene cuerpo de mujer y cara de niña. No ha perdido el candor á los diez y seis años, y se la llama por su apodo familiar: Niní.

Como La Gatinière, al salir de Buenos Aires, murmurase: « Su tristeza me dice que el novio se queda en la costa »; ella respondió sinceramente: « Pienso en mi gatito, que no me han dejado embarcar ». Desde entonces era la muñeca simpática de á bordo; y si se la miraba como mujer, sentíase en su robustez criolla, un soplo de la ingenuidad enternecida de las bellezas del Norte.

Ikreen se pasea con la Salvatore. Rosario le cuenta sus esperanzas. Una debilidad periódica la enronquece y no le permite el teatro lírico. Sin embargo, ya está mejor: debutará pronto. El culto de la Malibrán es para ella un programa de vida; mas, le exige discreción absoluta: sin saber por qué, le ha confiado un secreto.

Todos los grupos se apeñuscan en el puente de proa. El buque parece deslizarse entre pequeños lagos de Suiza: se abren, le dan paso, y luego cierran los círculos de sus barrancas. Pero es inútil vislumbrar los alegres caseríos en los mon-

tes, ni las azules abras rebosantes de velas níveas. Inútil seguir las curvas del río, que, ensanchándose, no se antoja correr al mar, sino recibir en su seno la majestad del océano. Inútil contemplar los ribazos pintorescos, los caprichosos cantiles, las playas armoniosas. Inútil decirse que los bosques asaltantes de las cimas empiezan en las espumas y acaban en las nubes, con un verdor sediento de las dos blancuras. Inútil que Guicciardi, añadiendo al gabán un enorme anteojo, exclame: «Esta bahía aventaja á la de Río. Aquélla es más grandiosa, pero más difícil de abarcar; ésta ofrece, en conjunto, gracia más apreciable y belleza más accesible.»

¡Sí! Tantos primores resultan estériles. La hora los aniquila. El sol de las doce despeña, desde un cielo sin nubes, ardientes cascadas, y el azul se templa hasta el blanco, modelándose en hornos. La atmósfera devora las cumbres, aleja las riberas, pone en el agua irresistibles espejos, y á golpes deslumbrantes, astilla toda sensación; así el astro, para defender el paisaje de las miradas, potente y agresivo, hace saltar aguas, bosques y montes, con dinamitas de lumbre en guerra de esplendor y silencio!

VII

Sobre el puente de segunda, una espesa alfombra encarnada, ante los focos eléctricos y sus metálicos proyectores, fulguraba como un rico tapiz oriental. Los pasajeros de las cubiertas de primera podían evocar los patios de las bodas exóticas del Cairo. Luego, las espumas lanzadas por el corte de la proa, y el movimiento de las hélices, volvían la mente al *Araguaya* y á sus habitantes.

Desde un rollo de cuerdas, Parsons, de pie, dominaba á la alta Niní, que, sonriendo á sus palabras, empezaba á olvidar su gato. En otro punto Mrs. Sipson se inclinaba; el Cisne producía á su acompañante de siempre el deslumbramiento de una aurora. Más allá, la familia de D. Frutos Álvarez, rodeaba á D.ª Robustiana Reinoso, matrona criolla, que, sobre un balcón de vientre, senos y papada, tenía en perpetuo acecho una cabeza vigilante. Ya en Santos, echando al diablo las hermosuras del panorama, se había hecho notar por

un discurso contra sus vecinos de mesa, caballeros de Paysandú, que, según su interpretación, habían desembarcado sin despedirse. Ikreen, á quien quería tomar bajo sus órdenes, la veía con horror. Su gordura, su mentalidad, las entonaciones características de su voz, le pasaban papel de lija por los nervios. Los Álvarez iban á bajar en Río. Temiendo quedarse sin empleo, pues, vivía dictando reglas á esta familia, se había convertido en universal depositaria de la virtud. En nombre de maridos y esposas que no conocía, inspeccionaba el buque; un viudo, alemán, sobre todo, que le presentaran en Buenos Aires, no podía hablar con ninguna mujer, sin sentir la flecha severa de su mirada. Sabía lo que es permitido y no permitido en viaje; y en ese reglamento, la primera cláusula consistía en hacerle sociedad, y aburrirse oyéndole sus chismes. Era casada, pero aseguraba tener marido para las otras; y, en efecto, D. Pedro Reinoso, con ser criollo de fuertes bríos, la temía y rara vez la acompañaba. Ikreen pasó ante ella, huyendo del trapo de cocina de su lengua, y subió con las actrices á la última cubierta. Ricardo de Caprara se les juntó: « ¿Á qué no saben por qué el *Araguaya* hace tantas escalas? »

— ¿Cómo no lo he de saber? Ya te he oído la gracia dos veces — le interrumpió Guicciardi.

— Siempre el mismo. ¡Qué necesidad de destruirme los efectos! Ikreen no la conoce...

— Supongamos que no, y hago la pregunta.

— Para conservar bien la voz de la chimenea.

— ¡Bravo!

— ¡No! Echémosle al agua...

Un tumulto de los puentes los distrajo. Desde allí se dominaban los racimos humanos hasta el profundo claro en que relucía el tapiz de púrpura. Se oía una corneta militar y un tambor. Luego, desde lejano sitio, llegaron sones de flautas. Sobre un burro apareció un Pierrot, con aires de Tony. Detrás, niñas vestidas de vieja y viejas vestidas de niña, formábanle comparsa, agitando campanillas. Los flautistas y gaiteros eran máscaras escocesas. Ocuparon el tapiz. El director dió una señal, y un concierto de *cake-walk* y de *two-steps,* hizo bailar al Pierrot y al burro. En la serena noche, la música, semibárbara, empezó á derramar fiebres de locura: flautas, tamboriles, gaitas, seres, mástiles, estrellas, aguas, todo, en ambiente de ebriedad, alejaba los cuidados para estremecer palpitante. « Si continúa — exclamó La Gatinière

— este carnaval del Sueño de una Noche dė Navío, vamos á abrazarnos hasta los que no nos conocemos. »

Pero muchos ya se conocían. Ikreen murmuraba á la Salvatore:

« Algunas veces, entre hombre y mujer, se establece lo que llaman los magos atmósfera astral.»

— ¿Qué es eso?

— Un pensamiento obsesor se vuelve flúido, nos rodea: y envueltos en él, si la otra persona se aproxima, penetra en el circuito y sufre de la atracción que inconscientemente proviene de ella.

— Es cierto. La influencia misteriosa no se puede evitar. Mire usted: me pintan como sin corazón, porque siendo actriz, no soy cortesana. Y cuando yo sienta eso, ¡ay del que caiga en mis garras! porque seré insaciable, y amante, y celosa como ninguna.

— ¿Y cree usted poder llegar?

— Nadie puede prever la hora próxima. ¡Quién sabe si en Río no me está esperando el otro, el de su teoría! ¿Se acuerda?...

Callaron. Sin adivinarse plenamente, sentían el imán de la impalpable red. Ella sonrió, y él no rompió su mutismo; pensaba que si le arrancaba

una franca palabra, su corazón no renacería fiel al recuerdo sagrado. « Ah, se dijo, amar de verdad, sería matar á mi amiga aun viva, imitar sobre su alma á la corrupción que no ha respetado su cuerpo en la tumba. »

Parsons, en el otro puente, recitaba versos. La noche antes, en un rincón de la cubierta, su cigarro iluminaba á ratos el rostro de Niní, aumentando las ojeras profundas y las pestañas, que daban á sus ojos sombras ensoñadoras. Pronto no quedaron en sus dedos sino cenizas; echó el resto al mar, y exclamó: «¡Pobre brasa! se lleva un idilio menos consistente que su lumbre!» Después, traduciendo la sensación, había escrito un poema.

Niní, ahora, lo oía sin saber qué responder y sin agradecerlo; el joven lo volvió á su frac; entonces ella murmuró: «¡No! es mío»; y el rostro se le tiñó de púrpura: involuntariamente lo había tomado del brazo.

Mrs. Sipson, miraba á su adolescente, como á un hijo precioso. Sentíase maternal entre el tumulto, pensando: «Cuán bella clase de ternura: enseñar á un muchacho el amor mismo, para que luego busque su ebriedad en el mundo». El paje, en silencio, remontaba su chal, cada vez que un

movimiento se lo desprendía. El alba de su juventud era un arrebato de los sentidos, un éxtasis del alma, y la oración del monaguillo consistía en ocuparse de aquel manto.

El estrépito aumentaba. Todos danzaban en la segunda, y la algazara tornábase en frenesí. Extrañas parejas salían de las escotillas y corredores; jóvenes, viejos, niños, nadie dejaba de agitarse; un hombre cojo, apoyándose en su bastón, sacaba simiescamente el vientre. Tamboriles y flautas se reforzaron con la orquesta de la primera. Estallaron cohetes, y, entre rojos resplandores, los rostros más ocultos en las penumbras, se dibujaban claros en los puentes. El Pierrot, en su burro, trepó á la última cubierta; irguióse en las jarcias; llegó al mástil y quedó suspendido de la farola. Azules fuegos de Bengala lo encendieron llameante. Su bestia parecía un hipogrifo fantástico; era el Pierrot enamorado de la luna, camino de las estrellas. Un grito escapó de cien bocas. La máscara caía; pero, no: tomándose de la gavia descendió vertiginosa hasta el puente. El espanto se trocó en tempestad de ¡hurras! Los músicos no ignoraban al antiguo clown y no habían cesado de tocar; así, las notas con los ¡bravos!, iban en

torbellino hacia los aires y las aguas. El frenesí volvió á estremecer el buque. Tenía vibrantes alas; murmurios expansivos; ímpetus vehementes; ascendía las cuerdas por donde el Pierrot bajara; y por los topes de los mástiles se perdía en el cielo.

La vida, con nueva vida, reservada al mar en su sacudimiento nervioso de olvido de la tierra, vestíase de luz. Caprara sintió una cabeza contra la suya: la Monti le daba el beso que en vano le pidiera durante meses. El Cisne murmuraba: «Aproxímese, y verá mejor» al joven Ortiz, emocionado. Niní deseaba oir nuevamente los versos de su galán. La señora de Reinoso no veía nada; pero, mientras el vendaval de risas de los ingleses dominaba el tumulto, ella, con el instinto de que algo grave pasaba, erguíase ofendida y majestuosa. Ikreen alzó los ojos. Por sobre la cabeza de la Salvatore irradiaba el más alto eléctrico fanal. Sus drizas y cuerdas en el espacio, tejían al mastelero plumas fantásticas de un pavón ennegrecido. El humo de la chimenea se le encendía con repentinos vapores níveos, y á través de su incienso insólito, la cola del ave real, como palio de ilusión gloriosa, se llenaba de estrellas!

VIII

En Río había bajado la compañía. Niní, muy de mañana, desde uno de los puentes, veía alejarse en el vaporcito á Parsons; estaba sola y saludó al joven. Éste le respondía con emoción; avezado hombre de mundo, sentía el precio de aquel pudor vencido. El pañuelo, en su adiós, simbolizaba la única caricia posible, en un idilio ya muerto, que removía su corazón hastiado. Ikreen, á su vez, se quedaba á bordo, también triste.

Solitario, de noche, evocaba en una mesa del bar á la Salvatore. Rápidamente, por lo matinal de la hora, había tenido que despedirse entre el tumulto de sus compañeros. Las sirenas agudas de la bahía de Río, se multiplicaban aullantes. Mientras las oía, alegrábase de su discreción que no explicó á la actriz sus turbaciones. Aquellas voces le recordaban antiguos desgarramientos, brazos crispados y lágrimas desoladas.

El dolor de los vivos se esfuma; mas el ciprés en su sombra, conserva el duelo de los muertos, ha dicho un poeta. Hay, sin embargo, un viento de fecundidad: el simún, que reverdece el árbol; y el joven había presentido la ráfaga cantante sobre las tumbas.

Rosario, al acercarse á la escalera, hizo un mohín que significaba: «Adiós, se acabó; ¿por qué todo esto?» Luego se dieron la mano y la sintió conmovida. La actriz quizá alegrábase, como él, de no haber hablado y de conservar sin congoja un principio de pasión: era, en realidad, lo de Parsons y la niña, pero entre seres que conocían del *Cantar de los Cantares,* la oculta hiel en los dulces racimos.

Á lo lejos se embozaban en brumas las ondulaciones de los montes, acordes macizos de silente sinfonía pétrea. Río, al pie, sin elevarse hasta la altura, erguía casas y palacios entre bosques sonoros de palmeras y bambúes. Los velos humeantes se tragaron al vaporcito: Rosario Salvatore había desaparecido cual por senda de bruma definitiva.

Ahora, en el bar, penetraba á Ikreen la angustia. Fuí un arpa vibrante, pensaba; y sin tejer

himnos me vuelvo á un rincón, donde las cuerdas se aflojan como dientes viejos en descarnadas encías. Miraba el puente á través de las ventanas, cual emblema de lo que supone el más efímero gozo; acababa de subir y ya el buque rebosaba de recuerdos melancólicos. El silencio de afuera acentuábase por el rumor de la rompiente de proa y el silencio de adentro por el movimiento de la máquina. Esas robustas agitaciones de acompasado ritmo mecían las palabras de los jugadores, el roce de las fichas, los golpes cristalinos de las cucharas, los golpes sordos de las bandejas, y la voz silbante de los camareros. Ikreen, sin oir nada del tumulto, percibía el acento de la amiga, recitándole en la noche anterior, *La Ginesta,* de Leopardi. Más allá de las estatuas que alzaban sus caracoles marinos de lumbre; más allá de la escalera de cedro y bronce, donde estallaba el reir de las mujeres, en torno de las copas de champagne, la alta galería mostraba una imitación de gobelino. Cercábanlo bajo los trípticos eléctricos, camafeos azules de diosas blancas, entre guirnaldas de oro viejo. El joven observaba las lejanías características de Watteau, sus montes de nieves safirizadas, y sus árboles de finas hojas. Bellas duquesas y marque-

ses apuestos sentábanse sobre las hierbas, ó se iban entre los troncos á interrogar los Términos, y á mirar las fuentes. El eterno Amor, en la eterna caravana, levantábase del mundo efímero hacia un eterno cielo.

¿Qué se murmuraban las galantes parejas en el buque no soñado por su fantasía? Decíanse que no había anacronismo: que tripularon los trirremes antiguos y las goletas de Francia, dejando el báculo de artificiales pastores, para llevar á la Venus triunfal rosas de su tierra.

Decían qué, habituadas al bullir de las velas y al traquear de los remos, no las atemorizaban los silbatos de la máquina, ni el estertor de la hélice. Que viajando nuevamente con el espíritu abierto á las brisas, confiaban sus secretos á las ondas, hermanas por sus rumores, de los árboles de sus parques.

Decían que, contentas en el gran navío, divertíanse con su ardiente vida cosmopolita, y que acabarían la excursión, reflejando, como siempre, el crepúsculo de los corazones y de las cosas.

Y entre el frote de las fichas, las risotadas de los bebedores, los gritos de los camareros, el vaivén de las aguas, sentía Ikreen languidecer

sus voces, que absorbía el infinito, desplegado ante la nave. Las espirales de su cigarro envolvían los trajes, y las figuras coloreadas desvanecíanse en el tul aéreo; así, otros siglos se fundían á su actual minuto de existencia, sin ser más que el humo en la balumba del Tiempo!

IX

Pasa el Dr. Lucas, quejándose de gran dolor á la cabeza. Este personaje, antiguo municipal de Buenos Aires, y fiscal civil, jubilado, vive furioso, porque no le sientan en la mesa del comandante. Después de tamaña desatención, atentatoria contra su título y sus dos cargos públicos, se ha resentido hasta el punto de no querer contribuir á la caja de náufragos. Y puede añadirse que sufre sin fingir, al ver que nadie se da cuenta de su resentimiento.

Tiene su compensación en tres tenderos que comen con él, beben sus palabras, respetan sus silencios, y le llaman « El doctor », por antonomasia. Entre éstos, un leonés, representante de una casa de sederías, acompaña « al doctor », también en calidad de víctima. Monsieur Rigolet es el pasajero que conversa con todo el mundo, y presenta á las gentes que no conoce; indaga los cancanes del servicio; sabe qué enfermo va á

Suiza y cuál á Vichy, hablando de las aguas, como si fuera su fuente; da detalles sobre los colegios que deben elegirse para los niños; tiene una lista de los que rascan y soplan, violín ó flauta, en previsión de los conciertos; vigila las cocinas, inspecciona las máquinas, baja á los frigoríferos, se hace secretario de la comisión de fiestas, y acaba en factótum de cuanto se mueve, como mil personas distintas y un solo Dios verdadero.

Pero allí, donde la comisión se nombra en el bar, entre anglosajones que responden á medias, sino quieren responder del todo, y no responden nada si quieren responder á medias. Donde se contesta en inglés á quien habla en español; donde se cierra la máquina con llave y tranca; donde recibe un cajón de desperdicios el que se aventura en las cocinas; donde, al pie de cada escalera brilla un « prohibido » de gesto amenazador; donde los criados, si se les pregunta: « ¿La señora del 20 se queda en cama? », responden, creyendo que se trata de cobijas: « Se le pondrá una más esta noche. » ¡Sí! ¿Qué hacer? Está desesperado. Qué mal viento le ha hecho abandonar sus familiares barcos de Burdeos y Marsella. Cuánta razón tenía Hugo:

Oh! n'exilons personne. Oh! l'exil est impie.

Otro de la corte del «doctor» es un italiano que en Buenos Aires ha olvidado su lengua y no ha aprendido el español, pero que ha hecho una fortuna. No habla casi: dice «buenos días» y queda agotado. No lee un libro; no hojea una ilustración; no escribe una carta; no toca el piano; ni siquiera juega al tejo. No tiene hijos, ni padres, ni mujer, ni amigos... Es un enfermo de las millas. ¿Cuántas hemos hecho hoy? ¿Cuántas haremos mañana? ¿Cuántas en conjunto? ¿Cuántas en detalle? ¿Cuántas nos faltan? ¿Qué viento puede perturbarlas? ¿Qué corriente facilitarlas? ¿Por qué miente el oficial y no anota las que debe? Las autoridades engañan al pasaje. La protesta se impone... Y se pasea con un cuaderno y un lápiz; y borra, y medita, y vuelve á escribir; almuerza millas, come millas, sueña con millas; y se acerca á La Gatinière: «¿Sabe usted cuántas...» No tiene tiempo de acabar; pues éste, exasperado, le grita: «¡flute!»

Luego se dirige á Ikreen, que, afectuosamente, le dice: «Señor don Nicola, interrogue á su amigo Lucas; para mí las millas son la verdadera obra muerta del barco.»

Pero « el doctor » está enfermo. Tampoco puede escuchar. ¿De qué sufre el doctor? Se va á su camarote, y algo que no es jaqueca se le refleja en el semblante. La Gatinière, en tanto, oye complacido lo que se charla á su lado. Mr. James, gigante yanqui, ingeniero agrónomo, desea deslumbrar á don León de Lanuza, y refiere las aplicaciones eléctricas de su casa en Wáshington. El otro, con el mayor desdén, murmura de vez en cuando: « Edison ». Al fin, el propietario pregunta qué significa la interrupción. « Significa que en su casa, usted no ha ideado nada. Todo eso, son cosas de Menlo-Park. He leído la *Eva,* de Villiers. Si yo conociese al brujo aquel de su tierra, le propondría mi máquina de ladrillos, es decir, mis hornos eléctricos. Yo no soy ingeniero y hago trabajar á ingenieros. Tres en Buenos Aires, y dos en Montevideo, calculan y combinan planos sobre mis ideas. El día que se alce mi castillo, verá usted los torreones medioevales afuera, y las cámaras griegas adentro: Fausto en las murallas, y Helena en los corredores. Pero, además, lo que no imaginó Goethe: la fantasmagoría moderna, que impaciente espera mi conjuro. »

— ¿Y ha comenzado á edificar?

—¡No! porque mi estancia no basta. Está sobre el Salado, y necesito una isla. No una isla de río, sino de mar. De niño leí el *Robinsón,* y desde entonces me obsesiona ese sueño. Ya he encontrado una, cerca de aquí, que no nombro, por discreción comercial, y que conseguiré un día. Los ferrocarriles, los puertos, los tranvías, en el Brasil, en la Argentina, en Montevideo, me han hecho rico; y empezaré á ser quien soy: un propietario latino.

El yanqui abre y cierra los ojos. Lanuza mira á Ikreen y á La Gatinière, diciéndoles en español: «No hay que dejarse asombrar por esta gentuza». Había hablado hasta entonces en inglés, un inglés singular, como su francés, su italiano, ó su alemán; hacía la palabra cuando le faltaba; poseía más que las expresiones, los acentos y los gestos de las lenguas. Debía de haber sido hermosísimo. En su cabeza varonil, los cabellos grises, batiéndose con los años, no se dejaban aún arrancar toda la juventud; evocaba, como él creía, al Alejandro en mármol de Praxiteles. Argentino, hijo de padres españoles, nacido en Buenos Aires, había peregrinado en pos de una fortuna. Dos ó tres veces la había conseguido, perdiéndola después

en proyectos ilusorios. Definitivamente rico y radicado en su ciudad natal, iba á visitar á sus corresponsales. Ikreen, especialmente, le servía de eco; el carácter de aquel curioso tipo, compuesto de honradez y voluntad, de imaginación y gentileza, le inspiraba profunda simpatía. Dos horas en Santos, le habían hecho decidir la compra de un ingenio. « La vida es tan amarga, que se debe fabricar un poco de azúcar ». Era la única razón que escribiera á su mujer para meterse en el nuevo negocio.

El yanqui en seguida se pone á criticar las estancias de la Argentina. En medio de su adelanto, les faltan muchas cosas. No puede añadir cuáles; se siente otra vez interrumpido: « Sí, que las tierras no están bien analizadas; pero ya hay en las escuelas muchachos que se ocupan y que empiezan á saber tanto, como ustedes mismos. Eso no tiene importancia. Cuando vuelva al país, mi queridísimo Sr. James, verá en mi establecimiento lo que su ciencia no ha inventado: por ejemplo, pavos de quince kilos, en diez días, y patos con un hígado de arroba, en veinte. Imagínese usted hileras de casetas, en que las aves están inmóviles. Con jeringa se les ingiere pasta de nueces y trufas di-

luídas en leche. Desciende sobre los alambres un tul gris: no hay pavo ni pato que no se diga: « Atardece ». Luego cae una cortina negra. Noche profunda. Los animales duermen. Dos horas después una cortina roja sucede á la obscura. Un gallo canta. Aurora. Las aves han digerido. Nueva inyección y nuevos telones. Así un día me da tres, y en quince de engordar, necesitan mis pensionistas muletas para moverse. Y olvidaba, que al fin del tratamiento, una lámpara eléctrica finge la luna; el resultado es maravilloso. »

El yanqui responde: « ¡Ouh! auh! », y él continúa: « Estudiar la Naturaleza, he ahí la gran ley. Con ello se llega al encantamiento. En mi pago, según dicen, el diablo mató á Santos Vega; pero lo resucitó Aladino. ¿No cree usted meritorio el descubrir que el chancho es más fuerte en música que la araña? En las tardes de mi estancia se oyen clarines, cuernos de caza y flautas. Una vez leí que las vacas, en Suiza, respondían á un instrumento. Lo pedí y me lo enviaron: su grito era más triste que el de nuestras guitarras. No todas las vacas respondieron; el trasplante necesitaba educación. Pero advertí que acudían algunos cerdos alicaídos. Comprendí que había otros de dife-

rente carácter. Hice sonar un clarín y se movieron los de instintos bélicos. Hice tocar una flauta, y alzaron hasta donde es posible las orejas los de natural risueño. Y hoy las piaras entran en el redil al son de flautas, cuernos de caza y clarines, en bandadas impetuosas, melancólicas y alegres. »

— ¡Aoh! ¡Auh! — gruñe el yanqui; quiere enojarse y después ríe. Mas se presenta atareado Napoleón Gomesnorro. ¿Por qué sus padres le dieron ese nombre? ¿Pensaban en un futuro imperio de guaranguería? Era el viajero que se precipita á la cabina, á encasquetarse una gorra exagerada, antes de despedirse en la dársena. El viajero de cara relumbrosa, satisfecho de Dios, de los astros, del mar y de sí mismo. El viajero á quien se le ha subido á la cabeza el adelanto material de Buenos Aires, y que, ebrio, extrae así su insoportable botaratería de los primeros pavimentos y de las primeras cloacas del mundo; el viajero que se levanta los pantalones hasta las rodillas para mostrar las medias de seda que hace poco tiempo se pone; el viajero que pasa su pañuelo alabando la fineza del perfume y busca pretextos para ofrecer « el champán », como él dice á cada instante; el viajero que llama por su nombre sin apellido á

las personas eminentes y conocidas de la sociedad, aprovechando, sobre todo, de motes y diminutivos: (¡ah! ese pobre « gringo » Pellegrini las veces que sonaba en sus labios); era el viajero que sin abrir un libro ha aprendido en su club á hablar de todo y á no ignorar nada: las carreras de caballos y la política, como el arte y la teología; el viajero que discute á gritos con voz de rematador, y remata las opiniones ajenas, pegando, naturalmente, el martillazo triunfal sobre la suya. Ahora se acerca á Ikreen: « Doctor, un momento ». Éste, amable, se pone de pie: sabe que no va sino hasta Pernambuco, y la proximidad del puerto se lo hace menos insufrible. Breve. Unos señores brasileños bajan en Bahía y ofrecen un refresco á los argentinos. Se ha hablado de tiranteces en la etiqueta, y todos quieren abrazarse.

Cuando llegan al comedor, el Sr. Queirós concluye su brindis: « Que los azahares de Tucumán, los jazmines de Buenos Aires, y las margaritas de vuestras pampas, se enlacen á las orquídeas de nuestros balsámicos edenes, para adornar las frentes de las mujeres argentinas y brasileñas; y á la sombra del recuerdo del general Mitre, bebamos este vino fraternal que nos viene de Francia, la

cuna de la libertad, la patria del progreso, la madre de la gloria ». Aplausos y choques de copas: comentarios y silencio.

Ikreen oye la voz murmurante de Gomesnorro:

— Conteste, amigo.

— Esto es una celada.

— Cómo ha de ser. Si no habla, nos deja mal.

— Yo no sé hablar y no hablaré. Usted, que diserta sobre todo, puede lucirse ahora.

— Otra cosa es con guitarra; mi doctor, decídase.

La Gatinière, que se divierte enormemente, toma un aire severo, empujando á Ikreen: « ¿Será usted la vergüenza de su foro? » La víctima siente una inesperada copa en la mano; las burbujas de oro se ríen descaradamente de su cerebro vacío.

Empieza á divagar; sus palabras le suenan cual de otro, preguntándose con las verdaderas suyas: « ¿Qué voy á decir? » Lanuza comprende y murmura: « Haga lo que el brasileño, á la Meca, al general. » El ajusticiado toma aliento: « Al mezclar nuestras flores preferidas, á las radiantes del Brasil, vuestro amable orador, ha evocado un nombre glorioso... Con su espada vencedora, quisiera cortar todas esas flores de nuestros árboles, para

ceñirlas, no sólo á las cabelleras de vuestras mujeres, sino á la frente de vuestra gran República. »

Estalla una salva de aplausos: « Bendita sea la metáfora », piensa el joven. « Y yo no le evoco, señores, sobre el alto pedestal de su estatua, sino en ciertas mañanas de junio, cuando íbamos á su casa, á saludarle en su cumpleaños; y de su boca oíamos, los que en los bancos de la escuela éramos el porvenir, el consejo perpetuo de amar á vuestro país, como á nuestro gran hermano ». Nuevos aplausos. Ikreen medita: En realidad, no me acuerdo bien lo que el general Mitre nos decía, y es prudente no seguir explotándolo. « Y nuestro gran hermano, señores »... ¿Cómo concluir aquello? En eso, Mr. James, aparece, y el orador refuerza el acento: « Gran hermano en las aspiraciones de progreso y libertad, debe comprender que llegó el tiempo de mandar en nuestro continente, y responder á la fórmula: América para los americanos; con un grito: Sud América para los sudamericanos; y brindo por la confederación latina, en contra de las dominaciones de otra raza. »

Lanuza lanza un ¡bravo! El resto aplaude; pero un señor Bringas, dice: « No apoyado ». De seguida avanza, y añade que el orador argentino ha des-

virtuado el carácter de la flesta: él no puede dejar pasar en silencio algo que significa un ataque á los Estados Unidos.

Carlos murmura á La Gatinière: « La culpa es de Mr. James; al aparecer me dió la idea ». Luego alza la voz: « Lamento, señores, haber incurrido en falta. Espero que, una vez confesado, obtendré la absolución. Espero también que, deseando una vez más la grandeza de vuestro país, el secreto quedará en familia, y la política americana no sufrirá trastornos. Brindo por el presidente de vuestra Repúbiica, jefe brillante de un Estado glorioso». Se vuelve á beber y todos se retiran contentos.

Moraleja de esta escena ridícula, dice La Gatinière á Ikreen y á Lanuza: « Que en el Brasil la diplomacia es casi una enfermedad nacional, que son ellos los que hacen bien, y que ustedes no deben olvidarlo. »

Al buscar sus sillas, se encuentran con D. Casimiro Lucas, triste y rabioso. Ha llegado tarde. Y los tres comprenden, al fin, la dolencia « del doctor »; sabiendo lo que se preparaba, se había ido con tiempo á improvisar su discurso. Decididamente los vientos de Neptuno no eran propicios á la toga del magistrado.

X

Acababa de dibujarse sobre las altas peñas la visión de Bahía. Bahía la vieja y baja, que sugiere el pensamiento de una ciudad árabe. Y Bahía la alta y nueva, á donde se sube á respirar el aire, entre casas blancas y jardines risueños. Bahía, con vegetación exuberante, rica en jugosos frutos y en flores coloridas, que derraman esplendor triunfal; Bahía, simulando desde lejos un Nacimiento de iglesia, ó una ciudad de juguetería, combinada por los ingeniosos gnomos de Nuremberg. El navío ancló; su permanencia sería de una hora.

La noche antes, doña Robustiana Reinoso se había sacado un pie. Alguien se dirigía con miss Witt, joven inglesa, á la última cubierta. Miró á la pareja y se propuso saber hasta dónde podía llegar en un *flirt* una de aquellas hipócritas. Pero también un escupitajo, trocando su porquería en inteligencia, la hizo resbalar. La mano poco práctica del médico de á bordo la decidió á detenerse

en Bahía. Y ahora se quejaba de su mala estrella: habíanla puesto en un sillón, y pidió á Ikreen le alejase el público, que se preparaba al espectáculo.

Tenía el joven tal ansia de libertarse del árbitro, de lo que se puede hacer, porque siempre se ha hecho, y de lo que no se puede hacer, ¿por qué, dónde se ha visto eso?; que en poco tiempo le despejó el confín como diría Lope.

Aquejaba á la buena mujer, real dolor al separarse de tan precioso amigo, pues, viajando, se aprecia esta palabra mágica de hondo afecto: Un compatriota. ¡Ah! cómo lamentaba dejarlo entregado al batallón femenil de la chusma cosmopolita. Ikreen, afectando discreción, le cortó el discurso, retirándose antes de que el guinche descendiera. Ya en su bote, la señora sintió un nuevo pesar: cruzaba una norteamericana en dirección al buque. Llevaba el pelo oxigenado; no había duda, otro tema perdido. ¿Qué iba á ser del *Araguaya* sin su palabra desinfectante? La joven, en efecto, se aproximaba. Tocó la pesada escalera con su ágil sombrilla, y, graciosa, saltó entre los ¡bravos! de una legión de brasileños.

Sonó un bronco silbato y empezaron los abra-

zos. Un grupo de mujeres de gentil hablar portugués, en bocas americanas, besaba á la esposa de un secretario de legación. Á un lado, una negra, lucía su nariz aplastada, como por un puñetazo. Era fea de verdad. Vestía un traje dominguero, quizá regalado para la despedida. La mota, completamente nevada, le hacía resaltar las picaduras de viruela. Con una contracción por estrangularlos, hacía más grotescos sus pucheros, y, al fin, dejó correr lo que tenía de igual á las jóvenes y á las blancas: sus lágrimas, amargas y cristalinas.

Echó á caminar pesadamente; las señoras miraban ya el vaporcito; ella se volvía, llena de angustia, hacia la viajera. ¡Con qué gusto Ikreen, después de sacarle el otro pie á doña Robustiana Reinoso, la hubiese ayudado á protestar contra los *gringos,* que, estableciendo la diplomacia, se llevan á Europa las niñas de América!

La partida era animadísima. Los pasajeros en los puentes, hablando y riendo, tomaban fotografías. Al joven le quedó obsesora, entre los adioses que se cambiaban de las lanchas al buque, una mano negra y cansada, agitándose desnuda, con una crispación que no tenían los blancos pañuelos!

XI

En la gran cubierta, después de comer, un movimiento de vaivén envolvía á la joven norteamericana. La elegancia de su persona y la distinción de sus modales delataban una princesa disfrazada de demócrata yanqui. Verdadero retrato de Gainsbourough, escapado de los salones de Hampton-Court, y vestida por un moderno Helleu, sembraba, entre los hombres, inquietud, y entre las mujeres, hostilidad. No se veían sus manos, que se sentían á través de los guantes, finas y nerviosas. Un tanto mareada, no se había descotado. El desfile crecía y se antojaba su silla, ancla en cuyo torno giraba el buque. Ella, sin turbarse, paseaba sus ojos distraídos. Al fijarlos en ciertos tipos, el buen humor quería salírsele al rostro. Un velo de coral le cubría la cabeza. Sus ojos inexplicables, ni azules ni verdes, tenían de los dos matices; y cerca de las olas, bajo el tul purpúreo, se armo-

nizaban con la evocación de palacios marinos. El oro del Ticiano brillaba en su pelo; y sus colores de muñeca exhalaban frescuras de rosa matutina. Se fué á dormir, desdeñosa de su éxito. Un solo bienaventurado le había dicho, al pasar, una palabra: ¿Era su amante? ¿Era su hermano? ¿Era su marido? Los pasajeros se lo preguntaban; es decir, los latinos, pues, los sajones, no se daban esas penas, entregados ya á la confección de los deportes. Al otro día, la joven descendió en Pernambuco, y el viejo Queiros, que guardaba bajo la nieve de sus canas, un invernáculo de inmortal primavera, preguntó al misterioso viajero: « ¿Volverá vuestra amiga? »

Á éste no pareció sorprenderle la pregunta: « Siempre son así en el Brasil, dijo, y los argentinos les disputan el premio ». Luego se dirigió jovial al grupo: « Se queda aquí. Yo no soy su amante incógnito, ni su severo eunuco. Soy un simple camarada de un vendedor de lápices. Mery, indispuesta, no pudo acompañarlo la semana pasada y me la confió. Es una modistilla norteamericana, de la isla de Barbados. Allí la cortejó mi amigo, y está muy contento, porque es alegre y económica. »

¡La isla de Barbados! El nombre tomó caracteres maravillosos. ¡Oh! la tierra hechizada, capaz de dar tales mujeres! Y el alemán reía á mandíbula batiente, escupiendo saliva y cerveza: « ¿Qué se creían ustedes?» Al fin, pensaba cada uno, modistilla ó princesa, he ahí una de las errantes enigmáticas que, sin hablar, nos dan cita, en otra patria de inmortalidad y hermosura!

La Gatinière exclamó: « Cuando vi á las mujeres en la rada de Montevideo, dije á la mar: *Cette fois tu ne me la feràs pas.* Y me he equivocado otra vez. La exaltación que produce, derrota mi experiencia. »

Formidable algarabía interrumpió la charla. Pernambuco al frente, con su faro, dibujaba los canales de su extraño puerto, cual los de una ciudad holandesa que sintiese la nostalgia de sus molinos. Brusco movimiento de fondo había agitado las aguas; la operación del embarco resultaba peligrosa. Desde los puentes mostraban los curiosos el fondo de la humanidad, divirtiéndose en los trances de aquellos que hasta arriesgaban la vida

Un hombre, en efecto, se desprendió; su chambergo voló, y pudo apenas tomarse de un cable. Un mono, prendido de sus fundillos, le sacaba san-

gre, y el titί y el amo, volaban por los aires con el mismo pavor, entre iguales gritos. El pasaje en masa reía, y cuando, repescado, el pobre diablo puso el pie en la escalera y le sacaron el animal, trepó violento, con la boca llena de tales interjecciones, que las mises huyeron despavoridas. La Gatinière lanzó cómicamente el verso de La Fontaine sobre las bestias apestadas:

Ils ne mouraient pas tous, mais tous etaient frappés.

XII

El *Araguaya* surca un lago sereno; la proa eleva abanicos de varillas blancas; y desde la última cubierta se siente el poder del monstruo, articulando en su interior la dominante rigidez de sus miembros.

Las batayolas rectas, los capones de las anclas, las bozas y tolletes vibran bajo los toldos, que simulan aves gigantescas fatigadas del mar, agradeciendo el reposo con la sombra de sus alas. Los bronces y los cedros de las escaleras forman en las perspectivas complicados paisajes. El mástil, en torno de la cofa del vigía, trenza las inertes gavias de hierro, y las de cáñamo curvadas al romper los aires. El castillo que asila la mente del monstruo, alza su puente blanco, su fanal de cristales, el oro de sus brújulas, la negrura de sus relojes, la policromía de sus mapas, el pilón sensible de su telégrafo. La corona del osambre cubriendo, en medio de las aguas, un

palacio, alínea sus botes sobre bodegas, salones, corredores, máquinas. Y ellos, con sus proas hacia la gran proa, contentos, en las espaldas de fuerza, cruzan el piélago sin más trabajo que el de mirar el Norte. Luego, cien bocas, fragmentos de un clarín de gigante, erguidas como postes y abiertas como orejas, infiltran en los sombríos senos la bendición de la luz y del ozono, de la sal y de la brisa. Los blancos techos abovedan sus ojos de cristales lucientes, y sus faroles de rejillas obscuras. La chimenea, alta como los mástiles, transforma escaleras y bocinas en montaña, crece ante los ojos, atrae el azul, apoyándose en el cielo, y adquiere grandioso aspecto al mezclar á sus vapores el aliento de sus fauces. Así avanza sobre el lago fúlgido, el monstruo que en sus entrañas lleva las mercaderías de América, después de tragarse un habitado palacio.

Pesadas nubes ocultan los horizontes. El agua, resplandeciente de plata, muere en ese círculo de plomo. Repentinamente, en la gran masa, una larga raya fulge purpúrea; abriga el sol, y sus esplendores ocultos envían reflejos á gráciles islas de rubíes que dan al cenit la sugestión de un mar de ensueño.

El argento entonces se escurre bajo los velos plomizos, y busca el fulgor de la vida. El monstruo avanza siempre hacia los hermosos cambiantes, y viola, soberbio, el océano, sin la armonía que une las olas y las velas, identificándolas con las aves. Risueños y ágiles, como las golondrinas en el aire de la mañana; blancos cisnes salvajes sobre movimientos de borrasca; vibrantes cual los pigargos tras una visión sangrienta; plácidos como las gaviotas en las crestas de ondas aplastadas; misteriosos cual el Rey del Vuelo, color de sombra, en las tinieblas nocturnas; los bergantines van desapareciendo de los equipos flotantes. Ya entre bandazos, orzadas y bolinas, el hombre no trata al viento en querida de sus emociones, pidiéndole que sople si se desvanece, y se calme si se enoja, adorando sus murmullos y desafiando sus tormentas. Ya los remos, de concierto con foques y bordas, estrovos y escotas, no ponen por el brazo en las aguas el estremecimiento del corazón marino.

¡Ah! las correrías de los corsarios! ¡Ah! el ser real y fantástico, que en medio de crímenes y tempestades, tuvo la virtud de un fiel amor y las rimas de lord Byron! ¡Byron! Imposible no evocarlo en

la soledad exaltante de su ardor lírico al ofrecerle un espejo épico. Sin más filosofía que la de su pesimismo morboso, sin explicarse el mundo, temiendo la nada de la podredumbre final, marchó el poeta tras la gloria. La hipocresía de una sociedad poco dúctil, incapaz de un perdón delicado, le precipitó en abismos, donde le aherrojó el aplauso de los que le igualaban en instintos, sin poseer su genio. Sus culpas, sus cóleras, sus hastíos, sus amores, sus arrepentimientos, sus odios; los misterios de la vida, el ardor de las ambiciones, la incurable nostalgia de lo inaccesible, fundieron, con los torbellinos llameantes de su ser, el bronce de su estatua. Él anhelaba que sólo se buscase en su pátina el eco sonoro de su musa, olvidando sus dolores; mas, es imposible vencer la atracción de su amargura, cuando, como la milagrosa del Egipto, recibe el beso del sol y vibra y canta.

Se irguió el rebelde en medio de sus errores, hasta no parecer ridículo si apostrofaba á Napoleón por aceptar la peña pérfida. Semejante á su Conrado, alzó hacia la tempestad el hierro de sus grillos; pero le esperaba purificación más gloriosa. La Fortuna que le arrancó en el Beppo,

entre hieles satíricas, quizá una disfrazada plegaria, al fin le sonrió amable. Alistó buques y defendió á la patria de Temístocles. Se extinguió como su imagen, el Euforión de Goethe, ante los ojos de Helena. El Senado, heredero de la Belleza antigua, adoptó, en nombre de la Grecia, á su Ada: Byron, después de la tumba, le daba madre que no le renegaría, en un bautismo de claridades inmortales.

Nadie fué más personal en sus poemas. Aunque el hijo del mar de Inglaterra debiese algo á un hijo del mar de Francia, que, como él, en las costas de Escocia, se educara en las riberas de Bretaña, no es menos cierto que René estaba como mina natural en el cimiento de su palacio. Chateaubriand, posiblemente, le sirvió para evitar tanteos, y arrojó el gran grito. El grito monocorde, á causa de su misma intensidad, llevado por su genio á varias playas, produjo múltiples ecos, vistiéndose de diferentes atavíos; desde la peregrinación entusiasta de Childe Harold hasta el declive de Don Juan: Manfredo, Selín, Conrado, Lara, Sardanapalo, Tasso, Dante. Aun en las imitaciones, de Voltaire, se siente su marca devoradora de inquietud inconfundible. Mazeppa, concentración de otros poemas, lo simboliza. El corcel, iracundo so-

bre huellas sangrientas, asila en sus flancos el viento. El caballero, amarrado como á sí propio, traspasa ríos, trasciende montes, se desgarra en los ramajes, se hiere en las piedras, con sed que es llama, y deseos de muerte, que son desesperación de la vida.

Y estalla la realidad de sus aventuras, en su arte romántico, que, alzándose al firmamento, pudo hacer de sus ojos dos astros de la tierra. Luego, en la unidad de su tipo, persiguió todas las situaciones: Wálter Scott, sobre su cadáver, profirió un voto conmovido: «que se le coloque, como á Garrick, entre las musas de la risa y el llanto». Animó el mundo, infundió más energías á la luz, y pobló las sombras de pasiones. Sin realizar su deseo de destruir la forma odiosa de su materia, vió los espíritus de los lagos y los valles, el pensamiento incorpóreo, y el genio de cada sitio, como si ya participase de su inmortal substancia. Quizá no sólo por orgullo, ocultó en sus cantos muchos de los sentimientos que indican notas y dedicatorias: imitó á los montes, que alejan sus nieves de los hombres, acercándolas, invioladas, á las estrellas. Y, huyendo de la sociedad engañosa, prestó al mar su misterio ardiente. Byron se pintaba cuan-

do, al discutir con Túrner el paso del Helesponto, ponía en la proeza la altivez de su sangre; y se pintaba en el joven de los Foscari, visitante sonriente de los abismos azules. Nieto de exploradores indómitos debió proclamarse el océano padre de su alma. Meció su pensamiento, libre como las olas, y le fué cantera opulenta de imágenes. Sus espumas vestían ideales mujeres para el enamorado de la salvaje soledad; y, mejor que un libro, le descifraba el enigma de la existencia, la lengua ruda de sus vientos. Tuvo su esplendor, condensó su amargura y dilató su queja inconsolable, capaz, como él, de todas las fecundidades, sin abdicar el poder de todas las destrucciones. Cuando se le evoca, camino de su Oriente, se le compadece en su fragmentaria grandeza, se olvidan sus gestos de actor, sus lamentables blasfemias, las extravagancias pueriles de sus juicios, y se busca sobre las olas un almohadón reposante, que él mismo, pirata de dolor y de genio, anhelaba cual Selim errabundo... El sol cae bajo el horizonte. El purpúreo chispear se transforma en sangre muriente; nubes y celajes cambian sus colores en impalpables lágrimas de luz. El mar huye del *Araguaya*, que vuela.

La placa ha trocado su resplandor de argento en intenso azul, y tras la hélice, la estela de turquesas despide burbujas blancas, hasta que el cerúleo piélago la cerca, la oprime y la confunde. Pero la estela renace como el susurro de la ola, y el espíritu encuentra, en el color, un ritmo que engrandece sus sensaciones. Entonces Byron no basta; ni basta la recitación de los himnos, ni el recuerdo de las paletas que dominaron el elemento; pues, el color y la palabra carecen de su expresión: el mar es lo inefable con la voz de lo infinito.

Á lo lejos, completando la idea, suena un piano. Toca una melodía de Beethoven. Byron es el mar en la vida del hombre; Beethoven, el mar en las riberas de Dios. En el poeta, corre hacia la tierra, con todas sus cóleras, cadencias y caricias; en el músico, se levanta al espacio, con todos nuestros anhelos, júbilos y dolores.

El piano sigue estremeciendo la cubierta. Un alma concentrada se rompe en sus fibras. Á su voz responden ecos tan inefables como fugitivos, tan fugitivos como sublimes. Los clamores, reclamándose, entrelazan sus misterios, y la red intangible se deshace en los aires: el murmurio augus-

to la amortaja en su queja, y hallan muerte divina por la grandiosidad del sepulcro, los sones de pensativa tristeza, que tejieron vientos de angustia desgarradora.

La visión de Beethoven se corporiza. Desligada del mundo, brota de los acordes graves, sigue con fe su canto, y marcha sobre las aguas, semejante á un Cristo de la Armonía; pero no es Dios, y se hunde, encontrando un rumor fraternal que lo venga del silencio de su tumba.

XIII

¡La voz del océano! El viajero, huyendo del tumulto de á bordo, la siente obsesionado, y el alma multiplica sus fibras tenues y sus armonías pujantes.

¡La voz del océano! Con fuerza y gracia, con júbilo y pavor, hecha de ciclón ó brisa, parece eco del éter, acento de las nubes, y, lejos de las orillas y de los hombres, evoca al poeta aislado. Un buque la importuna; la soledad es su torre de marfil; y la embriaguez de su fuerza salvaje alza hacia el rayo montes espumosos.

¡La voz del océano! En las tardes apacibles, mece los sueños y mezcla las combinaciones del agua á las arquitecturas del aire. Cuando las bahías de Río y Constantinopla enardecen la imaginación con perspectivas de apoteosis; cuando las islas salen al paso revestidas de bosques y espumas; cuando se recuerda el Támesis y su

Parlamento, el Sena y su Nôtre-Dame; cuando se rememoran los templos de Luksor sobre un río de palmas, y la Esfinge sobre un mar de arenas; el genio del Capricho, despertándose en las nubes, eclipsa todo, y puertos, ciudades, árboles, palacios, templos, vibran, se colorean, fulgen, se desvanecen, impulsando al eterno viaje con la atracción del vértigo.

Así los pasajeros del *Araguaya* pudieron contemplar una visión grandiosa. En tarde de bochorno, el poniente dibujaba los estremecimientos del Juicio del Apocalipsis.

Llovían torrentes ígneos. Los rojos resplandores devoraban las nubes negras en el pavor del horizonte. Y más arriba, en trono de nieve, asentábase Aquel que hiciera palidecer la tierra y el cielo. Los Libros abiertos habían permitido juzgar á cada uno según sus obras. Y las ciudades, y los campos, y los ríos, y los mares, acababan de vomitar sus muertos. Ni una tumba guardaba vestigio de polvo humano. Sólo blanqueaban osamentas de animales, y en el horizonte, las nubes simulaban los últimos incendios. Fulgía el solitario planeta como en los tiempos del Paraíso. La pureza, después del holocausto, volvía á mirarse

en los ríos, más cristalina que las aguas transparentes. Y los ángeles descendieron, rozando las sombras de los árboles con las sombras de sus alas. Y esas sombras les hicieron pensar en las sombras de los cuerpos arrancados á sus prisiones y que se hundían ó flotaban en los países de las almas. Las buscaron vanamente sobre la tierra. Desvanecidos los cuerpos, á semejanza del humo, ¿cómo encontrar la impalpable emanación de sus vidas? Entonces, donde no se descubría su rastro, los ángeles lo pidieron á la voz de las cosas.

Hablaron con las flores, y las flores desmayaban. Las palabras de sus aromas se oían tenues: brisa imperceptible en estéril desvanecimiento de espíritus moribundos. ¿Por qué abrirse, y llenarse de matiz, y esparcir perfumes, si no tenían fiestas que adornar, ni efigies que vestir, ni ensueños que encender? Y los ángeles comprendieron su agonía: deseaban morir y embalsamar la memoria de los hombres, cual si su cuna, la tierra, fuese un infinito sepulcro.

Las ciudades habían sido más que destruídas, tragadas. No quedaba ni el resto de una vivienda. En la soledad, los montes se encorvaban, bajo el

peso del estupor. La sonrisa del sol, en sus bosques y laderas, añadía horrores al mutismo. Y la corriente de un arroyo, la caída de una cascada, el frote del viento en los árboles, hacía aun más trágico ese silencio, sin la presencia augusta que interpretó ruidos y notas. Ante la Naturaleza no se podía comprender la maldad. Aquellos paisajes, aquellas aguas, aquellos frutos, ¿no inspiraban la adoración de Dios y casi la divina ternura? Todo respiraba amor en la belleza de las cosas. Á través de su congoja indefinible, transcendía, á veces, un brillo de esperanza. Las aguas y los árboles se animaban, presintiendo la otra vida, compañera de sus verduras y claridades. ¡Ah! ya tornarían los pájaros y los hombres, á pedirles flores y frutos, palios de sombra, asientos de nidos, corrientes de fecundidad, entre nuevos cantos y nuevas risas... Los ángeles decían anatema, sin pensar en el dolor de los seres, en sus irrealizables anhelos, en sus inquietudes, en las pasiones esclavizadoras, en las miserias consubstanciales de la arcilla humana.

Batieron el vuelo y llegaron al océano. Sobre las olas les entretuvo un instante, mezclar sus alas blancas al blancor de las espumas. Después

volvieron á volar. La extensión maravillosa mostró el resumen de las nieves de las cumbres, de los manantiales de las fuentes, de los ríos de la tierra, y el fecundador supremo respiraba con tristeza, por no existir en sus orillas nadie capaz de aspirar una flor, ni de comer un fruto. Luego, vientos y brisas vibraron en sus espaldas y removieron sus abismos, con el elemento primordial de todos los cantos. Agitaba las ondas, el júbilo lindero del dolor, y la vida, marchando hacia la muerte, en acorde de catástrofes é idilios, con lo concreto del corazón y las vaguedades de lo misterioso, con la pequeñez del mundo y la grandiosidad del universo.

Los ángeles se inclinaron atentos. Sintieron en las aguas el afán de la procreación y los transportes del espíritu. Las inquietas espumas disper-saban anhelos intraducibles. Vestíanse de esmeralda y de azur, evocando bosques verdes, al aspirar á un cielo de eterno sol. Y comprendieron: la voz sobreviviente, robusta y tenue, reflejaba la desaparecida humanidad. Guardaron sus maldiciones. Profunda compasión los penetró: esa fuerza llena de hermosura y gracia; divino sonreir que encerró monstruos; lámina de luz que impulsó

la vida, y exaltó el ideal, modulaba un lamento. Y el lamento, con todos los gritos del alma, convertía á su vez en canto, el último resto expresivo de la tierra, aquella lágrima colosal, rebosante de amargura.

XIV

Se oían en el salón los salmos. Era domingo. Los pasajeros ingleses, en realidad los más del navío, estaban en los oficios. El comandante presidía á oficiales y marineros; el monstruo y su palacio marchaban como sonoro templo.

El pueblo inglés, entre sus trabajos y distracciones, no olvida á Díos, y, al fin de sus júbilos, saluda á su rey. En medio de la humanidad, semejante á su isla en medio del océano, no deja nunca de ser *él:* se expande, y cada uno de sus hombres añade, á su obra particular el pensamiento de pertenecer á Inglaterra. Con tales nociones, no hay país inhospitalario, y se hace mayor esa gran democracia que, según la palabra de Taine, es la única que sabe contenerse y gobernarse. El templo flotante iba bajo soplos de extraordinaria luz. El alba primera del mundo, naciendo en la extensión, parecía volverle su juventud. Los salmos sa-

ludaban la alegría del vivir, como si en el Paraíso conversase Dios con Adán, aun ignorante del Dolor y la Sombra.

La cubierta estaba abandonada. Á través de los frescos toldos laterales, la vivacidad del aire atenuaba su calor: los discos de oro palpitaban sobre los paneles. El último salmo, en busca de las brisas, acabó expirante entre las lonas.

Camino de sus habitaciones, cruzaron las inglesas con sus Biblias. Fué un torrente recogido que llenó el corredor; después reaparecieron dispuestas á charlar, ya que no podían entretenerse en sus juegos y labores. El Cisne empezó á pasearse. La Gatinière no la cultivaba, temiendo inquietudes. El viejo Queirós la huía: su edad ante ella lo llenaba de tristeza. Ikreen la había hablado, al pasar, en algún círculo, y el encanto de su voz le había sorprendido: «¡Viaje curioso! pensaba. La voz de una actriz me ha evocado á Winnie; la voz de esta mujer mantiene en el *Araguaya* la voz de la actriz.»

Mrs. Sipson no tomaba parte en los deportes sino muy obligada. Abstraíase mirando el mar horas enteras; y luego sus entonaciones, graves y musicales, derramaban caricias lentas. Cuando

callaba, creíase que sus labios oían el recuerdo de sus acentos, y expresaban, sonriéndose, ese placer en el mutismo; así, su voz en la palabra, tenía por eco la luz en la sonrisa. Sus ojos castaños, intensos, suaves, dulcificaban su belleza; su mirar suspendíase, como un pensamiento visible, entre sus pestañas: era en la tierra el símbolo de una mujer, viviente en un astro.

Rozó la silla de Ikreen, que dijo:

— *L'Etoile Filante.*

— ¿Cómo? — preguntó ella.

— Usted pasa y desaparece. ¿Adónde habrá ido á caer?... piensa todo el navío. Pero vuelve á cruzar; soy supersticioso, y formulo votos. Ya tengo una serie.

— ¿Se puede saber cuáles son?

— Cambian según el momento y la hora. El de esta mañana es muy simple: que la estrella se detenga á mi lado.

La mujer se sentó á sus pies, tomándose una rodilla con ambas manos. Luego, semiburlona, murmuró:

— Vamos á ver cómo empieza.

Ikreen, á quemarropa, sin exordio, exclamó:

— ¿Por qué ha abandonado á su joven acompañante?

—Es un adolescente, y me divertía. Hace su primer viaje, y ha sentido el amor. Iba á entrar en el período de las súplicas, y lo he alejado. Conociéndose capaz de pasión, debe buscar una joven bella: yo soy una vieja de treinta años. Le deseo felicidad sin sufrimiento.

—En tanto, lo hace sufrir, y su anhelo se envuelve en un velo hipócrita.

—¡Nunca! Ni hipócrita, ni pérfida. Poseo un poder: despierto la ilusión. Sé lo que es un navío y lo que es el mar; la travesía aumenta mi hermosura, para que algunos de los que me oyen amen y esperen. El niño antes del dolor, viene al mundo con su sangre y sus lágrimas completas. ¿Cree usted posible la existencia, falta de un espejismo que la ayude como una espada y la defienda como un escudo? Sin esperar el asentimiento, prosiguió: «Observe la ráfaga de gozo que en Moscou ó en París, en París ó en Buenos Aires, sacude á los hombres en los días de Navidad. ¿No es cierto que hasta los escaparates y las cosas exhalan un brillo singular que no es el de las otras fiestas? ¿No sienten las ciudades una expectativa de felicidad sobre sus miserias y angustias? ¿No parece que Dios, todos los años,

hiciera nacer en su lugar la Esperanza? La esperanza ¿de qué? De todo, y de nada. Fulge en relación con nuestros deseos. Hasta el forzado, arrepentido, y el de corazón irreducible, advierten la curiosa luz y esperan el indulto, ó un cataclismo que los salve...»

El Cisne calló un instante. Sus pestañas se movieron; el sensible mirar suspendido, tocó las pupilas del joven; luego, continuó:

—Ese estado de ventura inconsciente reina á bordo. No es la Navidad del Cristo, es algo como la Navidad de las almas. Los enfermos, en busca de otros climas, se creen sanos. Los comerciantes ven realizados sus negocios. El que dejó en la ribera un amor incompartido, piensa ante el amor de una pareja desconocida, que el corazón rebelde se rendirá á su vuelta. El artista vislumbra las lejanas ciudades como un punto minúsculo, fácil de someter al imperio de sus sueños. El hombre de Estado de estos países de América, los evoca como un punto también, mas el punto se dilata y crece, con séquitos de flotas, banderas de civilización, himnos de triunfo. ¡Oh! sí. Á los que han sufrido, consuelo; á los que anhelan, realidades; á los que mueren, Dios; eso ofrece el océano.

Su voz, sin palabras, no tiene sentido neto; y su esperanza es vaga, pero sensible, siendo su ilusión, misteriosa.

El timbre juvenil de la mujer, como aliento de estío que pasa por una fuente, traía notas de cristal en su cálida frescura.

Ikreen, incorporándose, repuso: « Yo no soy hombre de Estado, ni escritor, ni comerciante. No haré que mi país conquiste la tierra; ni medito obras, ni preparo negocios. Soy un simple mundano: feliz, si la Argentina prospera; lo bastante inteligente para leer lo bueno; y rico, de modo que el agio del vecino no me perturba. Debo añadir que, con alma abierta á la belleza, ni pinto, ni esculpo, ni siquiera canto: breve, mi vida es de una esterilidad perpetua. Á un hombre como yo, le quedan dos caminos: las mujeres y el juego. No juego, porque el jugar no me divierte; y, no sintiéndome un sensual, lo que podría interesarme en la mujer es el amor... ¡El amor! Un día quise, cual se quiere la primera vez, y... ¡basta! En este buque, he encontrado un trasunto de mi muerta. No me atreví á confiárselo respetando una memoria; pero hoy empiezo á creer que huí de la Salvatore por el temor de amar y unir á goces efímeros, perennes sufrimientos. »

Mrs. Sipson lanzó recta su mirada; perdió sus notas graves, y respondió vehemente: «¡Error! Existencias como la suya, deben buscar ese norte. Corazón que no ama, es miserable víscera de anfiteatro; es reloj que suena sin conocer las horas que mide; es astro que gira muerto. Y mañana, cuando no sea tiempo, con amargor irredimible, lamentará su vida de lámpara de sepulcro.»

Luego se puso de pie: «Venga», prorrumpió imperiosa. Carlos la siguió en silencio. Esta vez sus movimientos de cisne no la evocaban en la serenidad de un estanque, sino sobre el tumulto de una ola. Bajó dos escaleras; se detuvo en el correo, y empujó la puerta: «Mire esas bolsas. ¿No le parecen extraordinarias?»

Ikreen confesó, sonriendo, su insensibilidad. Ella, sin inmutarse, sonrió también; y la sonrisa dió un dulce velo á la voz, que decía: «Vulgares de aspecto, brillan cual máscaras de un corazón vibrante. Piense que llevan palpitaciones de toda la América á toda la Europa. Van quizá en ellas flores de la Pampa hacia las estepas de Rusia, con lágrimas entre sus pétalos marchitos. Van cosas que para el público son ridículas, y para los amantes divinas... En las largas noches de navegación se

cierra esta cueva de pensamiento mudo. Sobre las cartas se sientan genios azules, rojos, negros, blancos. Tienen las alas de los Cupidos y de los Mercurios, los sudarios de las Parcas y los mantos de las Musas; agítanse en la sombra, y charlan amigablemente, cuando se fatigan de mezclar colores en sus ágiles danzas.

— Yo — exclama el negro — custodio el anuncio de cien desastres. Y uno me produce mucha pena: la muerte de un niño que su padre no ha conocido. ¿Os dais cuenta de la amarga y curiosa sensación?

— Yo — murmura el rojo — llevo noticias de varios incendios en Montevideo y en Río. Imaginad los rostros de los propietarios que están divertiéndose en París y en Londres.

— Yo — grita el azul — conduzco suspiros, recomendaciones, besos, recuerdos, amarguras, ayes. Realmente los hombres son locos: ¿por qué pensar en gentes tan lejanas, si se tienen otras hermosas tan cerca?

— Yo — dice el blanco — anuncio bautismos que producirán alegrías, y matrimonios que causarán júbilos; pero un casamiento de Buenos Aires precipitará un suicidio en Viena.

Y luego los genios, ya reposados, indiferentes como las Horas, vuelven á mezclar aéreos sus graciosos ritmos y sus tenues colores, sus gláciles mantos y sus ligeras alas.»

— ¡Ah! — terminó la mujer — dadme, como sangre de mi corazón, esas cartas; infiltrad en mi espíritu lo que saben y lo que llevan á gentes que lo ignoran; infundidme el vivir de cien vidas, para prodigarme y vencer la ingrata realidad con una ilusión eterna.

Las frías manos de Ikreen sintieron las de Mrs. Sipson, febriles: querían pasarle su entusiasmo y la certeza de un mejor destino... Al salir de la cámara, vió el joven renacer la esperanza de los acentos en insólita luz. El mar, sin una crispación, brillaba, como de seda, sobre un seno palpitante. Y bajo la ebriedad del sol, en el desgarramiento de la proa, cantaba el Cisne, allí donde el azul era espuma, la espuma llanto, y el llanto gozo.

XV

En un grupo de sillas, estaban: Lanuza, Ikreen y La Gatinière. A un lado, dormía Mr. James: tendido, parecía más grande. Don Nicola Perducci, apoyado en la baranda, miraba el mar con atención profunda.

—Por esa ola—exclamó Lanuza—pasó Magallanes, y se fué diciendo: «Voy á explicarle cómo el descubridor aprendió en el Estrecho, un modo de contar las millas.»

En tanto, varios chiquillos habían rodeado al gigante; uno le tocó un codo, otro la chaqueta y un tercero la frente.

El yanqui despertó, y sus perturbadores, salvándose, le gritaron: «Ogro, no te tenemos miedo.»

Ikreen les hizo retirar. La Gatinière defendió á los muchachos orientales y argentinos, que el agredido atacaba en la persona de sus padres.

—El Sr. Lanuza es el culpable. La otra ma-

ñana, vi en su puerta unos zapatos enormes; las sandalias de Hércules en el trirreme antiguo. Esos mismos chiquillos, tomándose en ronda, cantaban, cual en torno de una persona: « Sobre el puente de Avignon... » Lanuza les detuvo: « Osadas criaturas, ¿qué hacéis? » Y con los colores que usted puede imaginar, transformando los zapatos en botas, les contó la historia del *Nene Pulgada*. Los muchachos de estas tierras, en que la malicia mata á la imaginación, han querido probar que no temen al Ogro. *Voilà tout.*

—¡Ah! las cosas de D. León—murmuró en español el yanqui; pues, tras de vivas discusiones, habían acabado en grandes amigos.

Cumpliendo un paseo higiénico, que él creía necesario, D. Jacinto Iznardi empezó á cruzar delante de las sillas.

—Curioso tipo—exclamó La Gatinière. Véanle irreprochable en su completo de franela. Cincuenta años y no ha perdido el aire juvenil. Todo lo ayuda; á su corbata azul, el viento, como esposa diligente, se la pliega cariñoso.

—Es un afeminado divertido, cuando critica, y á menudo tiene curiosas observaciones.

—Una noche, viendo á Gomesnorro con su

smoking, dos horas antes de comer, y con un clavel en la botonera, menos radioso que su cara, me dijo: « Ese tipo, hoy tan común, ha acabado, en pleno invierno, por archivar el frac. Este, les produce embarazo, mientras al smoking lo lucen con ternura fraternal. Sienten que, como ellos, es un simple saco guarango, convertido en cosa elegante. ¿No le parece gráfico? Después halla contestaciones que lo pintan. Me hablaba ayer de la tumba de un tío suyo. ¿Qué cree usted que se le ocurrió como elogio? « Es una bombonera. »

— Usted le inventa — repuso Ikreen sonriendo.

— ¿Qué le invento?

Iznardi volvía á pasar: « Sr. D. Jacinto, una curiosidad: ¿qué libro lleva? »

— *La Dame aux Camelias.*

Los jóvenes tomaron el volumen, edición de lujo, de la primitiva novela, encuadernada en azul, con imposiciones de hierro.

— Precioso ejemplar, pero debe ser muy aburrido. La seña está en la quinta página.

— Si yo no leo jamás. Leer á bordo me marea. Lo uso porque un libro viste mucho.

Los del grupo se miraron: había sobrepujado las esperanzas.

Sonó la corneta llamando al *lunch*. Lanuza se unió á los amigos: « Á ese animal no se le puede ni hacer una broma. Ignora quién fué Magallanes; ignora la existencia del Estrecho; ignora que él, don Nicola Perducci, está embarcado. Pero, entonces, ¿por qué las millas lo preocupan? » Y se desolaba, realmente, de no poder desarticularle el cerebro hasta encontrar el secreto.

XVI

El médico de á bordo se paseaba discutiendo con el médico de Montevideo. De pronto se detuvieron frente á Ikreen: « Doctor, ¿quiere tener la bondad de seguirnos? »

Llegaron á un gran camarote del corredor que comunica con la segunda. Frascos de farmacia se alineaban en anaqueles. Una mesa de auscultación tocaba una máquina eléctrica. En la cámara vecina alguien respiraba fatigosamente. El médico dijo en español dificultoso: « La enferma que usted oye es la esposa del Dr. Maeclink. La creo grave: quizá en el desenlace de una anemia. Desde Río ha empeorado. Las luces del Dr. Ikreen podrían esclarecernos.

— Usted padece error — repuso el joven, — y lo siento. Me confunde con un tío mío. Yo soy abogado.

La respiración penosa se retuvo: « ¿Quién habla ahí, en español verdadero? »

Parsons exclamó vivamente: « Un argentino, señora »... Y luego: « Pase usted, la enferma tendrá placer en verle. »

Ikreen quiso excusarse, pero adivinó en aquel rostro una súplica. Maeclink, frunciendo las cejas, que daban á sus ojos azules brozas de vegetación rojiza, se inclinó. « ¡Ah, señor! murmuró la paciente; yo no he aprendido el inglés, y mi marido apenas comprende el español. »

Hubo una pausa. En la frase estallaba el eterno malentendido de dos existencias. Y añadió: « Usted no puede imaginarse el placer de oir la lengua en que nuestra madre nos enseñó á rezar: la enfermedad nos vuelve niños »... « Déjate de tonterías »— murmuró el marido — mostrando al querer sonreir, su dentadura de lobo. La mirada de Parsons decía al intruso: « Estoy muy fastidiado ». « Yo también » — tenía ganas de replicar Carlos; « no comprendo por qué me aprisiona usted en semejante camarote. »

La enferma casi se asfixiaba. Abriéronse los ojos de buey, y la luz, con el aire, penetró agresiva. El joven evocó á la española de Santos: racimo de otoño que, con aspecto de languidez amorosa, conservaba recuerdos del sol estival.

¡Cuán desmejorada estaba! Había oído á Rigolet que iba en el hospital; pero esta palabra á bordo, á fuer de rara, parecía quimérica, y creíala desembarcada en Río. Ahora la veía cual un espectro en un rincón del monstruo anquilosado.

En uno de los respiros de su disnea, suplicó anhelosa: « Vuelva más tarde, señor, y si me siento bien, hablaremos. »

En su insistencia palpitaba un dolor lancinante; ¡ah! poder remontar la vida entre hombres de su raza, libre del acerbo destino. Maeclink no se fastidió: « Puesto que mi mujer desea el español como remedio, hagámosle el gusto ». Había empleado el inglés con una mediatinta de sarcasmo. Ikreen salió oprimido y pensó: « He aquí, que también en el *Araguaya* existen luchas y sombras de tristeza. »

Á la tarde leía. La mano de Parsons se le posó en la espalda: « Doctor, la española acaba de morir ». ¿Acompañándola en la soledad, había tomado aquel hombre afecto á la enferma? ¿Ocultaba algo que no podía confiar? Ikreen no alcanzaba á comprender, pero lo sentía turbado. « Óigame, prosiguió: Creo que un argentino de la segunda va á Roma

al Colegio Pío. La muerta era católica: ¿quiere usted rogarle que prepare el oficio? »

Al final de los raseles, sobre la batayola de la hélice, encontraron al pasajero. El médico advirtió aún: « No le diga lo que pasa, si no es en realidad seminarista. »

Ikreen le pidió un breviario.

« ¿Breviario? ¿Y para qué un breviario en manos de un tránsfuga de la primera? » La sonrisa de la entonación burlona excusaba el descomedimiento.

— Necesito el texto del *Dies Iræ*.

— ¿El señor es hombre de letras?

— No; pero á veces caigo en el mal gusto de hacer citas en mis cartas.

— Sería bueno, sin embargo, leerlo en voz alta. Las continuas fiestas dan al olvido el nombre de Dios.

— Exageración: ayer se ha rezado.

— Es verdad. Los salmos en inglés me irritaron. Luego pensé: de cualquier modo, levantan el alma. Hemos llegado á una época en que debe bendecirse toda iglesia. La barbarie de nuestra civilización sin Dios resulta peor que Buda ó Mahoma. Hombre con sentimiento religioso es tierra ya

arada. ¡Que en ella se siembre después la verdadera palabra de Cristo! Voy á Roma (prosiguió exaltándose). Quiero ordenarme y consagrar: una nave, decide con entusiasmo. En nuestra vocación, el amor equivale al sacrificio, y el murmullo de las ondas, como queja de la humanidad, grita lo santo del ministerio. El sol me habla de los ardores de la vida; y la luna, del hielo de la muerte; y entre esos dos polos, las nubes, con rayos, forman ideales cruces. El mar es la mejor definición del hombre: una infinita tumba en movimiento. Pujante y armonioso, ¿no lleva en sí la amargura de la nada y el poder de la fecundidad? ¡Convirtamos el sepulcro en cuna! Que caiga el hombre, semejante al sol; que sea, sí, al extinguirse, un astro que cambia de firmamento... Los altos celajes dibujan el dombo plomizo del San Pedro, desprendido de la tierra, entre apoteosis de lumbre. Resplandece divino, y domina el furor de los vendavales, al recoger el lamento de las aguas. La Iglesia, firme en sus dogmas inmutables, ocupará el sitio de la Justicia, en las luchas de los nuevos tiempos. Será la hija de Cristo, de Cristo misericordioso, de Cristo rey, por el amor y el sufrimiento. Tomemos las banderas de Le Play, en Francia; de Ket-

teler, en Alemania; de Manning, en Inglaterra; de Descurtins, en Suiza; agitémoslas á los vientos de la contradicción; vibren con ardores de apóstol canten en sus pliegues las voces de los Pablos, y pregonen la Verdad y construyan la concordia humana.

— Para ello — exclamó Ikreen — aprenda de memoria los cuatro Evangelios, y que baje su espíritu á su propio corazón. Siento en usted las exaltaciones del mar y del espacio; de todas las fiebres de á bordo, la suya es la más noble; posee la noción de lo absoluto y domina la inquietud de lo infinito. ¡Adelante! Vierta un día sobre el dolor ó el gozo, cual nube de esta inmensidad, los iris recogidos en sus correrías de lumbre... Y, á otra cosa. No necesito el *Dies Iræ;* la pregunta fué un pretexto. Nadie más digno que usted de rezar á una muerta, el oficio.

El joven quiso discutir lo del «más digno»; Ikreen comprendió, y agregó vivamente: «Ó si usted quiere, su próximo estado lo obliga á ello.»

El seminarista se incorporó. Entre sus pestañas los ojos le ardían. Hermoso y esbelto, ofrecía, sin buscarlo, el tipo de los santos. Invisible aureola flotaba en torno de su cabello: la blan-

cura de la frente, de cera, parecía atraer el hierro rojo del martirio. En el hospital ya habían amortajado el cadáver. Como postrer ironía de la suerte, lo arropaba el pabellón de Inglaterra. Ikreen mirándolo, estremecido, no pudo reprimir su congoja. ¡Cuán absurdas las leyendas de Venus y Neptunos, en frente de tan supremo desamparo! Y evocando sus últimas palabras, pensó que ningún viento piadoso iba á murmurarle, en español, el epitafio de su tumba... En tanto, el ardiente cristiano rezaba las oraciones. Al llegar á la bendición, que no podía conceder, sus pupilas se llenaron de lágrimas.

Un oficial apartó el Crucifijo. Cuatro marineros alzaron el rígido paquete; la guardia presentó los fusiles. Las llamas de dos faroles, pálidas en el ambiente solar, formaban un pobre simulacro de inútil pesar humano. El marido temblaba en silencio; los ojos se le hundían en las cuencas. La escena fué rápida. Articulando las palabras latinas, el joven acabó el responso. Vibraba en él la emoción de un aspirante del sacerdocio, ordenado por el destino. Ikreen tomó del brazo á Maeclink; un marinero retiró la bandera, el capitán hizo la venia. Se sintió el correr de una plancha, rís-

pido y breve: luego un golpe en el mar. Todos se fueron. El futuro apostol miró el punto de la caída del cadáver: creía que una cruz sobrenatural iba á surgir por donde ya habían pasado varias olas. Los marineros apagaron las linternas; cosa de tanta importancia para el sol, como el chasquido del cuerpo para el murmullo grandioso de las aguas.

Ikreen, evitando los grupos, se volvió á su rincón de lectura. Nadie, en la primera, sabía lo acontecido. Al llegar, encontró á Parsons. Hubo este diálogo:

— Ya me había chocado no verlo en la ceremonia.

— He visto otras veces y pedí al comandante mi relevo.

— Tengo el brazo dolorido. El pobre hombre, convulso, me lo apretaba.

— ¿El marido?

— ¿Quién quiere usted que sea?

— Se me ocurre que lo consolará una inglesa de la segunda.

El joven observó sorprendido al médico: «Perdóneme. Los marinos somos murmuradores. Ese caballero habla á menudo con esa pasajera, y he dicho una tontería que usted no debe repetir.»

— Naturalmente — exclamó Ikreen, estrechando la mano que el otro le tendía al irse. Luego se puso á mirar el crepúsculo. No tenía ánimos de volver á la jarana del puente.

El sol, hundiéndose sobre montes de nubes gríseas, resbalaba como perla de púrpura por un manto de duelo. Surgía en la base desgarrando los senos y era ola ígnea que, sin llegar al cráter, rompía la cárcel con centellas de oro, y se antojaba grito de júbilo transformado en lumbre.

El mar, rojizo, se cubría de chispas doradas, palpitantes estrellas de un cielo disuelto. Al fin, el sol se sepultó; la montaña de vapores irradió sobre su tumba. Recuerdos del muerto encarnecían los celajes espiritualizados. Luego, los reflejos de esplendor, concentrándose siniestros, coagularon su escarlata de gloria. Las ondas del mar, imponentes, vibraron lividez desolada ante aquel adiós de la vida.

En el otro horizonte, apuntaba la luna. Globo punzó, de mudez trágica, no exhalaba los destellos, que son las voces de los astros. Como una moneda, ascendía sin aureola, semejante á la viuda del sol en el imperio del esposo: imágenes de resplandor bíblico acudían á la mente. En tanto, su

carmín se clarificaba en oro; y la espiga de la sangrienta cosecha, al alejarse de la tierra, sentía un espíritu ideal que transformaba en su madurez ese oro en lirio. Entonces adquirió acentos, porque vertía rayos; y el latido del piélago alzó en la marea, con el sollozo de sus murmurios, una plegaria de la humanidad, hasta la luna melancólica, que, en el cenit, iba á ser reina del universo!

XVII

Baile de máscaras en primera. Disfrazado de negro, dice Mr. Burnes, rentista inglés, á Mendilaharzu, cómico español: «La noche está tan hermosa, que miss Parry ha oído lo que no debía.»

—¿Quién es miss Parry?

—La muchacha vestida de romana; una vendimiadora de pámpanos antiguos.

—Cuidado con las barbaridades. Yo, porque el Mediterráneo es azul, me comprometí en un barco de vela, hace treinta años. Y la felicidad desde entonces anduvo á vela, y la discordia á vapor...

—El consejo llega tarde.

—Pero, hombre, ¿no ve usted que está turbado?

—Diga la verdad; estoy borracho.

—Pues, ¿qué hará usted, cuando en su estado normal se encuentre con un matrimonio?

— Mi estado normal es estar borracho.

— Perdón — concluye filosóficamente el español — y retiro lo dicho.

Empieza á sonar frenética la música de *Merry Widow;* vals de voluptuosa alegría, de enternecida languidez, de envolvente gracia, de ritmo arrebatador; torbellino de arpegios, donde las notas se besan, con gritos de ventura y suspiros tristes; armonioso vuelo de brisas tendidas como cuerdas, blandas como plumas, ágiles como alas, en torno de un árbol de cristal nacido en tierra jubilosa bajo soles de triunfo; vals que, á fuerza de repetirse, es el alma sonante del navío.

Las parejas se lanzan, movidas como por un resorte, al cuadro de la sala improvisada, rebosante de un aire singular de fiesta. Se han tendido toldos verticales; no se ven las rejillas de las bordas, ni los fondos de las obras muertas. Enormes banderas cubren la vibrantez de los toldos que, de adentro, reciben, con la música, las voces de las máscaras; y de afuera, con el viento, el rumor de las ondas. Pabellones visten las entradas, construyen puertas de fantasía, se abren sobre la popa, y dibujan claros de mar y cielo. Los muros artificiales mezclan á la alegría de sus colores, los focos eléc-

tricos, embozados en faroles. Varias lenguas, en que predomina el inglés, aumentan la algarabía, que corta á golpes la explosión de las carcajadas. Confúndense naciones y épocas, razas y tipos. Abundan gheisas japonesas, mandarines chinos, cortesanas de Luis XV. Un Mefistófeles pasea sobre llama purpúrea su pluma de gallo. Un bajá turco, á la sombra del turbante, presenta á las odaliscas de su harén. Un sacerdote egipcio, elector de Ramsés, da el brazo al negro yanqui, novio de la canéfora. Lustrabotas, italianos de Montevideo, se mezclan á cafeteros del Brasil. Los gauchos de la Pampa argentina cortejan á una pastora de alado tirso. Un mujik ruso conversa con marineros ingleses. Los dominós negros de los hombres, los policromos de las mujeres, y las máscaras aplauden la aparición de una anciana, magnífica María Estuardo. Algunas de las marquesas versallenses se precipitan á felicitarla. Inconscientemente, completan un cuadro: aquella escocesa mártir, enamorada de los castillos del Loira, ¿no sintió ante todo el delirio de la Francia?

El vals prosigue. Las ráfagas de armonía se transforman en cascabeles de júbilo. Nadie deja de bailar. El entusiasmo tiene sonoridades eléctricas.

Su torbellino toma á los seres y los agita como otras tantas notas, que funde en arpegios. Danzan las olas murmurantes abrazando el navío; danzan los faroles chinescos deshaciéndose en haces; danzan hombres y mujeres, gavias, mástiles, fanales; y entre los mástiles, los fanales y las gavias, danzan estremecidas las estrellas. Y cuando la última nota se extingue, el *God save the King* recuerda á bajás, egipcios, gauchos, marqueses, gheisas, trovadores, que se está en un navío inglés, del imperio de un rey Eduardo. Se abandona el mundo de la fantasía y se vuelve á la realidad; pero las máscaras, desparramándose por las cubiertas, mantienen, con las efervescencias del champagne, las últimas vibraciones de la fiebre.

Ikreen, vestido de Pierrot, se ha refugiado en un puente. El Cisne, no disfrazado, se le acerca. Trae sobre las espaldas un chal finísimo de nieve; y es de nieve, en el resplandor de la luna, su corpiño de encajes. Se desliza entre los botes, que, sobre el gran movimiento, dirigen la proa á las estrellas y que, en vez de remos al navío, piden al espacio alas.

Mira en silencio la serenidad del cielo; y luego, murmura: « ¿Hacia qué país de lejano ensueño se

inclina la Noche? ¿Qué insólito prometido busca en invisibles regiones?... Las olas no contestan; el viento, enmudece. Pero sus hombros son nupciales: la luna, que lo sabe, labra la hebilla de argento de su manto de nubes. Á sus músicas misteriosas responden ecos de los amantes corazones. Óigalas usted también, y ofrezca su silencio á la transparente armonía. »

—«Comprendo—exclama Ikreen. —Los valses producen estragos en los claros de luna. Á mí, desgraciadamente, se me ha pasado la época en que una niña se abre al entusiasmo de un galán, sin pensar que la misma luz y el mismo canto que la enternecen, inspiran á la otra alma sus mentirosos juramentos. »

—«Se equivoca: Mi exaltación dura desde ayer. Estaba en segunda; entraron astillas de agua al camarote abierto de mi doncella, y recibí varias gotas en el rostro. Llegó la criada: «Señora, un muerto ». Sentí haberme secado, y el recuerdo de esas frescas gotas me comunica ardores de fiebre. ¡Sí! antes de pasar anónima como una ola, hay que combatir el destino y embellecer la vida. Á aquel que sufre persiguiendo en corazones nuevos la inquietud del mar y su grandeza, dígasele:

« El fin de una pena añade mayor voluptuosidad á otra ventura. »

El paje Ortiz se aproxima. La mujer no lo ve; sus propios acentos la embriagan; las palabras, como burbujas, tornan visible su interno hervor.

Ikreen murmura: « ¿Por qué hace sufrir á ese niño? Su voz lo electriza y su desdén lo angustia ». Mrs. Sipson responde: « Cuando me olvide, seguirá enamorado del amor. En cambio, es usted un pobre Lázaro. Quiero que salga del sepulcro. Quiero que oiga de nuevo cantar su fuente. Quiero que sus cristales de eterna juventud sean un símbolo de su espíritu. Quiero que las samaritanas lo saluden, con más sed de ofrecer el agua que de beberla... Pero, tiene razón; voy á aconsejarlo ». Y se lleva al adolescente.

La luna toca el cenit. Su lácteo fosforescer lustra ya los botes blancos; empalidece el amarillo fulgor de la chimenea; da á los toldos amplitud de velas mágicas; chispea mortecinamente en los vidrios; y baña, en melancolía amorosa, maderas, bronces, hierros. Ikreen piensa en el Cisne. Anímase, sobre todo, á la caída de la tarde y en el reino de la noche. Parece una fantasía que se despierta porque la realidad duerme. Evocando en

la sombra el sol, se plasman sus armonías interiores, en la vibración de su cuerpo mórbido Su voz le trae recuerdos de otros tiempos y de hace pocos días; y, extraviado en sus sensaciones, la mujer lo envuelve en atmósfera fascinante.

El joven contempla la extensión. La luna no da la idea de verter su lumbre desde el cielo: disco de alabastro, caído en el mar, se disuelve como de tiza, evaporándose entre murmurios de plata.

De pronto se lo intercepta una sombra de púrpura: es Mefistófeles. ¿Dice á los astros sus palabras á Fausto? ¿Forma parte de la obscuridad, origen de la orgullosa luz, que ahora disputa á la materna noche, su antiguo rango? ¿Ó se dispone á blasfemar contra quien levante una nueva estrella de esperanza?... Ikreen no puede definir su emoción ante el legendario personaje, destacado en el navío moderno. Vuelve á contemplar la luna. La abandona en las aguas y la sigue en el espacio. Cuando el *Araguaya* se inclina, la escalera del mástil se apoya en sus montes; para pisarlos basta saltar con un poco de fe ágil, y todo el misterio de su luz canta: «Sueños de los viajeros, abandonad el puente y seguid bogando

en mis cumbres; soy nave divina, del éter infinito. »

Mefistófeles avanza. Un lampo pálido centellea en su pluma: «¿Cómo? ¿No me ha conocido?»

— No es extraño; está usted tan bien cubierto.

— Observe — murmura repentinamente Parsons. Ikreen sigue la dirección de su enguantada mano roja. Hacia la segunda, se desliza un dominó negro. «Conozca á Maeclink. El miserable, disfrazado en la fiesta, se va ahora al camarote de su bailarina. ¡Sí, bailarina! Esa mujer pertenece á la Alhambra de Londres. »

Carlos hace un movimiento que el otro interpreta: « Usted no comprende mi agitación, aunque le choca tal conducta. Óigame: el secreto me pesa. El médico ilustre ha muerto á su mujer. La ha intoxicado con un veneno incontrable en la autopsia. Y aquí, ¿cómo acusar sin la certidumbre plena? Él, en realidad, la ha asistido: yo la he visto por cumplir con el reglamento. Y Maeclink se da cuenta de mi sospecha, pues, me mira sonriente, como diciendo: «¡Pobre diablo!» En una pausa estalla lo trágico y lo cómico, de la exclamación de la máscara satánica.

— No olvide su nombre — prosigue — quizá algún día le anuncie su nuevo matrimonio. Ikreen

murmura: « ¡Oh, la existencia! » En un instante de decaimiento, el Cisne deja morir en su espíritu sus alas de armonía. Después, alzando la voz, agrega: « Usted tiene razón, ¿cómo acusar?»

— Naturalmente, un crimen sin castigo. Mas, ¿quién sabe?

Parsons, alejándose, mira el cielo, y vuelve á oírsele: « ¿Quién sabe? » El Mefistófeles mixto, harto del reino de los hombres, purifícase así con un pensamiento de celeste justicia.

Carlos, poseído de gran tristeza, baja también y se detiene en el lugar del baile. En las penumbras, los faroles parecen marchitos, y las banderas, ajadas; pero están allí dos rezagados: Míster Adams echa un chal á los pies de María Estuardo. La anciana duerme. El viejo la mira enternecido, y la luna baña á la triunfadora de la noche. En el ritmo de su pecho, ¿oye el esposo la voz de las memorias con las reverencias melancólicas de los minués de antaño? ¿Ve el rayo de la lejana luna de miel, en la sepulcral, ya pronta á tejerles un mismo sudario de amor y de silencio?... ! Ah ! los contrastes de la vida. Ikreen ansiosamente se pregunta: « ¿Qué es el hombre? » El eterno rumor del mar responde: « ¿Qué son mis aguas? » Más

allá de las nubes, las estrellas piensan: « Y nosotras, ¿qué somos? »; y no pudiendo hablar, tiemblan como lágrimas de luz, prestas á caer fraternales sobre el enigma del alma y el lamento de las olas!

XVIII

La orquesta del *Araguaya* es una suerte de reloj, señalando las horas con sus armonías.

Se oye una marcha triunfal y empiezan los deportes. Hombres, mujeres, niños, todos toman parte; reina un brío juvenil, de animales contentos de sentirse ágiles. La señora de Iznardi se rehusa, con mohín resentido, de que la crean capaz de aquellas locuras, y queda aislada, como personaje extraño ó tonto. Los jurados vigilan para discernir los premios. Se tienden las redes del *tennis;* resuenan las raquetas, cruzan las pelotas. Vuelan las argollas hacia los cubos de agua, y los tejos hacia los números. Se corre en bolsas; se lucha sobre un mástil horizontal; pónense vendas los que, partiendo de largas distancias, deben señalar con tiza los asnos dibujados en el suelo. Riñen hombres en cuclillas, sin más armas que los pies, atadas las manos en estacas; y los solteros de

ambos sexos, de un lado, y los matrimonios del otro, tratan de conquistar una línea, disputándose un cable.

— ¡Van á ganar los casados! — exclama La Gatinière — los ayuda la experiencia. « Naturalmente », responde Niní: « nosotros tenemos sólo las ilusiones. »

En efecto, triunfan los primeros, y el viejo Queiros comenta: «Como siempre, la poesía víctima de la prosa. »

El tumulto se propaga. La alegría de los viajes se desborda al contacto de los ejercicios; vibra ingenua por el menor detalle, si una nube cambia de matiz, ó cruza una gaviota serena. El mar murmura sin descanso, para que le adivinen sus confidencias, y, á su semejanza, hombres y mujeres se vuelven expansivos. Las amistades de un día, en intimidad vehemente, creen poseer raíces eternas. No se evocan dolores; los males no existen. Todo lo acerbo se quedó en la tierra, cuna y sepulcro del hombre. El océano es un paréntesis. Se mueve como un mundo, cuya preocupación se reduce á reflejar un azul firmamento. Las olas mecen las fuerzas del olvido, fingiendo formas de felicidad. Tocan nuevamente los violines. El

vals de *Merry Widow* arrebata las almas, las extrae de los cuerpos, y las funde aladas, en la plenitud de un vasto arpegio.

Y de pronto, en el límpido horizonte, empieza á dibujarse una línea roja. Brota extraña, no se sabe dónde; crece, no se sabe cómo; y se tiende impetuosa, subiendo ondulante. Multiplica centellas con violentas chispas, y el cielo se empurpura. Los seres humanos abandonan los juegos, y sienten pavor. En balde grita Lanuza: « fenómeno conocido de la costa africana ». La ráfaga avanza; cubre mar y firmamento, obscurece el sol; es una tempestad de sangre contenida en un rubí de fuego. Azota cubiertas y puentes; estremece al monstruo; crepita, y pasa en el arrebato de su furia. Arenas escarlatas llenan el navío de fina nieve ardorosa. El cielo se esclarece; sonríe el azul cual viviente porcelana. Los juegos pueden seguir; los violines cantar; las olas responder; hombres y mujeres lanzarse en los valses ligeros. El turbión ha dicho: « La felicidad de los unos es el dolor de los otros. Si Mrs. Sipson, á quien llamáis Cisne, resucita á quien ella llama Lázaro, amarga la existencia de su paje. Si un inglés, vestido de negro yanqui obtiene el amor

de una joven romana, en el país argentino otro languidecerá de pena. Si un doctor Maeclink quiere casarse con una prostituta, á quien desea, tiene que asesinar á una honrada, con quien vive... La ilusión del mar produce males, alejando la realidad de la tierra. Por eso el Desierto y la Esfinge me mandan como mensaje; y no olvidéis que las arenas rojas, en los relojes blancos, miden las horas y las vidas! »

XIX

Mil temblores de oro no se hundían en las aguas; venían desde sus honduras, transformándose en cuatro líneas de incendio, coronadas por el último castillo: el *Araguaya,* tocando con sus mástiles las estrellas, era un palacio, que, cual árbol fantástico, tenía sus raíces de luz en el fondo de los mares. Algunos pasajeros lo dejaron para aprovechar las dos horas de escala. Desde el malecón de piedra de Vigo, entre un apiñamiento de casas que aumentaba el calor, vieron que la bahía empezaba á cubrirse de fosforescencias. Caminaron veinte metros y comprendieron, por la primera vez, que D. Nicola Perducci cojeaba; en tierra, sin millas, el marino parecía un albatros sin alas.

—El paseo lo fatigará; mejor es que se vuelva—le dijo Lanuza.

Sonó otra voz: «Yo me embarco con el señor; estos españoles son atroces, con su olor á pescado.»

Y D. Jacinto Iznardi, amablemente, tomó al italiano, del brazo, y llamó á un botero.

Los otros continuaron riéndose del percance.

— ¿ Adónde vamos ?

— Á la feria.

Seguía envolviéndolos el olor penetrante de las sardinas.

— Apresurémonos ; realmente no se puede sufrir tal atmósfera.

Un vendedor de fósforos que oyó á Ikreen, le respondió : « Es la vuelta de la faena. »

Lanuza se puso á gritar : « ¡ Manolo ! » La Gatinière, sorprendido, le preguntó : ¿ « Conoce usted á alguien ? »

— Á nadie ; pero en todo puerto español hay un Manolo.

De una escalera cercana respondieron : « ¡ Allá *voy* ! »

— Ya lo tiene usted. ¡ Aquí, Manolo !

— Para servir á usted, señorito.

— Queremos ir á la feria.

— No se conoce una mejor en el Mundo. Han hecho ustedes muy bien en bajar. Por la derecha, señores.

Subieron la pendiente. Los malos faroles alum-

braban apenas; pero á lo lejos, en la caricia de la luna, un resplandor oprimido nacía de calles y barracas.

Llegaron á una alameda llena de gente. Estaban allí reunidos todos los novios y novias que ha descripto Galdós en sus novelas populares. No era una fiesta elegante, ni salían los majos y las majas de Goya á saludar con sus mantillas y abanicos; pero los viajeros, con los nervios y los ojos encendidos, abriéndose á toda alegría, la hallaban encantadora. Los árboles no se agitaban, inmovilizados por el calor. La banda militar tocaba un trozo de la *Sonámbula*. Detrás de las sombras sentíase la respiración de los jardines, cargada de rosas y madreselvas. En las penumbras se murmuraban palabras de amor: las parejas las estremecían con sus labios. Y en la fantasmagoría del verdor y de la luz sobre los chopos, tejían los hilos de la luna, mil escalas de Romeo, palpitantes entre las hojas... Hornos ardientes de fritanga mezclábanse á ventas de azucarillos, tiros á la argolla y tiros al blanco. Junto á una carpa de lona, cuyo letrero indicaba la presencia de un gigante granadino, se alzaba un pabellón de baile. Los ingleses entraron allí, llenos de entusiasmo.

En el tablado, un andaluz, con lujo de rasgueos y jarabes, lanzaba significativa copla:

El matrimonio y el baño
son cosas qúe se parecen,
te los ponen por delante
si lo piensas... no te metes.

Lanuza aplaudió á rabiar. Míster James, en sus brazos, lloraba de júbilo.

— Las bailadoras, las bailadoras — gritaron varias voces. Adelantó una: «Allá... mi pañuelo, para el buen mozo.» El doctor Parsons, que lo recibió, metió en él una libra. Y se agitó el tul de oro y la llama de fuego, entre gritos y palmoteos, rumor de castañuelas y tempestad de oles. Mas, la tierra mezclada al humo de los cigarros asfixiaba. Varios hombres aparecieron con embudos: «agua va.»

Fué imposible salvarse: las mises recibieron en los trajes y mejillas gotas de lo que horrorizaba al *cantaor*. Ikreen buscaba á Lanuza, contrariado. «Déjele usted, exclamó La Gatinière, ya le encontraremos». En la barraca próxima los detuvo un gitano de estentórea voz, vestido con los arreos de Fortuny.

« Españoles é ingleses — decía — entrad en el en el templo de la Concordia. La España vencida y siempre gloriosa, saluda por la primera vez á la nación yanqui, vencedora y noble. Aquélla, es gigante por sus recuerdos; ésta, gigante por su progreso. La una se pone de pie sobre su alma vieja, y es el monte Blanco; la otra se para sobre su alma nueva, y es el Chimborazo. Ya no hay españoles ni americanos; se congregan bajo el pabellón de lona, noble y simple, como el corazón de los pueblos. »

— Pasemos, hay tiempo — propuso La Gatinière. El gitano, gravemente, tiró el hilo de un telón de arpillera. Homérica carcajada conmovió la carpa: el enorme míster James aparecía abrazado al coloso de Granada. Luego, un ¡hip!, ¡hip!, ¡hurra!, se escapó de los pechos, cuando, sacándose la montera, y el pañuelo, se adelantó Lanuza haciendo la colecta. Chelines y libras llovieron sobre el capacho. El gigante se sentó, deslumbrado. Su mujer quería besar las manos del orador. Los forasteros habían encontrado en la pobre feria, por influjo del viaje, una fiesta de Goya y Shakespeare; y el matrimonio, sin hablar, temiendo romper el sortilegio, preguntábase qué

navío fantástico era aquel *Araguaya* que se desvanecía en la noche, dejándoles una lluvia de oro.

Ya en sus botes, todos comentaban la alegre farsa; y la bahía, ajena á sus voces, agregaba encantos á su belleza. Palpitaban en su extensión fugaces chispas azules y vibrantes destellos verdes. Los ojos de las sirenas de mil mares acudían á ver las luciérnagas de mil bosques. Y las luciérnagas, curiosas, se dejaban fascinar, y los ojos de las sirenas las ayudaban á morir, en el vasto sepulcro que contenía sus rumores, para hacer brillar mejor sus fosforescencias.

XX

Flores de las escalas, ¿qué músicas luminosas os han abierto sobre los tallos sonoros? ¿qué genios alados os dieron fecundantes rocíos con savias de ensueño? y ¿qué aires sutiles mezclaron vuestros alientos en himno radioso de amores mudos?

Flores de los puertos exóticos, de las ciudades ignoradas, de los jardines tropicales, de las grutas, de las cumbres, de los cármenes cultivados, de las selvas salvajes; flores de las escalas, hijas gentiles de la tierra, bien hacéis en buscar las olas, coloreadas como vuestras carnes, y fugitivas como vuestra existencia.

Flores de las escalas, ¿quién podrá describir la fantasía de vuestros pétalos, nacidos lejos de la frente soñadora de Ofelia, de las bodas fúnebres de Julieta, de las dudas torturantes de Hamlet, de los dolores trágicos de Otelo, para no co-

nocer en atmósfera de gozo sino la voz de Ariel divino?

Flores de las escalas, encantadoras sonrisas de un sueño feliz: cómo os estrechan las mujeres contra su corazón, para adornar sus pechos y coronar sus cabezas. ¡Oh, las flores de las escalas! Adquiridas en costas pintorescas, entre charlas amables; arrancadas á los árboles mismos de los paseos por traviesas manos; madrigal de amores, signo de respeto, emblema de amistades; la alegría de sus matices y la voluptuosidad de sus perfumes embellecen los sentires, el pensar y la hora.

Visten los comedores, brillan en los corpiños, esmaltan los camarotes, realzan los peinados: su esplendor es lo único que el mar pide á la tierra. Enguirnaldan el espejismo de la felicidad sobre el paisaje de las ondas; no se piensa que algún día se las saludó en ataúdes, y fueron mortaja de muertos y símbolo de angustias. Traídas de países apenas entrevistos, como de rincones soñados, son, en su realidad llena de gracia, purpúreas, azules, amarillas; son geranios, orquídeas, rosas; pero reflejan siempre el esplendor de las bodas del mar con la ilusión humana.

Flores de las escalas, minúsculas hadas de los continentes y de las islas, vuestro fin no tiene la ignominia de la hoja seca, barriendo un suelo que no ofrece reposo: sin ver la planta irónica nuevamente vestida, os sepulta la ola que, á vuestro primor condensado, responde con extendida grandeza.

Risueñas flores, amigas de los puertos, vuestra ventura engañadora es tanta, que decís á los viajeros: « La vida, cual la naturaleza, no alberga toda la sombra; el crepúsculo guarda un recuerdo del sol; y porque el sol muere en la noche, la noche se viste de estrellas! » Flores de las escalas!...

XXI

Se abre, bajo la presión de un resorte, una puerta blindada, y se penetra en algo que parece el declive de un sepulcro faraónico, y es, en realidad, la fauce en que tiembla el corazón del monstruo.

Se camina un tanto, y, á través de otra puerta, pasan soplos ardientes; se dibuja un piso de barrotes de acero. Abajo, se miran los redondos cilindros del vapor; arriba, escalas aéreas rozan los alambres que desde el castillo de proa mandan los nervios del timón y la hélice. Se desciende á la entraña hundida en el mar, y el bochorno abruma. Cuesta concebir que en lo alto la luz vaya y venga ebria en la frescura de la brisa. La caverna de hierro, angustiosa, se vuelve círculo infernal, y el corazón del monstruo forcejea por no apagarse sofocado en la sombra.

Reina silencio opresor. Los volantes producen

más ruido con el aire que arrojan que con el movimiento que ejecutan. En la suavidad de los ajustes no se oye la violencia, pero se la ve, como si quisiera vociferar, y, no consiguiéndolo, se enloqueciese. Y en el frenético concierto hay émbolos que entran y émbolos que salen con rotaciones que ocultan las masas en su vértigo; y entre torbellinos de ruedas, palancas de motores coléricas en la inacción, se desahogan vomitando chorros humeantes.

Á un lado se abre obscuro un enorme corredor. Las calderas superponen sus hogares; el carbón escupe vendavales de llama. Seres negros, demasiado grandes para gnomos, traen los canastos de una mina, que se cree oculta en la tierra. La ventilan tubos lanzados como cohetes volantes. Á su calor se mezclan alientos fríos, y si, buscándolos en aquella atmósfera de fiebre, se alzan los ojos, se ven en lo alto discos de firmamento.

A un paso está el lago bullente. Suben todos los vapores por la chimenea, cráter de un volcán que, en vez de abrirse al humo, parece atraer los cascos de sus entrañas fundidas. Pero no. Un nuevo sentimiento estremece: el de la belleza sensible de un poder matemático plasmado. Volantes,

émbolos, pistones, poleas, hornos, cubren con manto de fantasía la rigidez de aceros, bronces, hierros. Pensad en los cálculos y en las arduas vigilias del menor tornillo, y en los mil problemas reresueltos que suponen un siglo de humanidad laboriosa; y sentiréis en el corazón del monstruo, con el latido fantasmagórico de su sangre, la emoción real de vuestro espíritu.

Después, sobrecoge la idea de una muerte por calor, sin poder aprovechar la frescura de las olas. Luego repentino envuelve un soplo de hielo. Los cilindros de los frigoríficos forman legión; la red de los sectores eléctricos lleva á los últimos vericuetos la luz artificial de la noche; y en impenetrable cueva misteriosa, condensando las fuerzas, se pierde la serpiente de la hélice, que hace de la inteligencia humana un elemento del mundo.

Allí también las cabinas de los oficiales, contramaestres y obreros tocan la región de las sirenas: allí cantan ruiseñores y canarios, creyéndose entre los focos níveos, bajo el prestigio de la luna. En aquel ambiente de antítesis, los ventiladores se mueven, refrescando las grutas ígneas del agua, y los pájaros dan al infierno de las honduras su alada

debilidad, la gentileza de sus arpegios y la gracia de sus matices. No son el consuelo de una poética ruina, ni el adorno de la externa ola azul; alegran el alma del rudo hombre de equipaje, con ecos de los parques ingleses y de las selvas de Escocia.

Se sale á las cubiertas como huyendo de una pesadilla. El *Araguaya* oculta esclavos bajo su espejismo alucinante. Mas, van también á sus forzosos trabajos, casi todos, ó todos los que ríen y se ilusionan, en el paréntesis de aire, luz, libertad y espacio. Los reclusos de la entraña sentirán la ventura de sus tranquilos hogares al percibir las costas: los que olvidaron las costas, tornarán á sus luchas, y la imagen del viaje, sin volver á las olas de armonía, les será una vela perdiéndose en polos de hielo y de muerte. Así, el buque, cargado de sus múltiples contrastes, corta la vida inquieta del mar con la cambiante y no menos clamorosa vida humana!

XXII

Bajo del toldo de la alta cubierta evolucionaba un gimnasta. Ágil y esbelto, lanzado de las paralelas, ponía los pies en las gavias. Cuando se fué, el Cisne volvió á hablar: sus juegos, distrayéndola, habían llenado un silencio.

Ikreen alzó los ojos más allá de los mástiles, como si los acentos de la mujer se propagasen en las nubes. — «Su tono, dijo, tiene algo de lejano: da la sensación de venir de una sombra, y realizarse en un ser». Mrs. Sipson repuso: «Habla con la voz de la vida, donde es imposible separar la verdad de la quimera. Por eso usted se interesa, aunque se resista. Hay dos clases de atracción. Miss Whitt, en este momento, se destaca en la extremidad del puente. El saco azul le cae á maravilla sobre su falda blanca. La gasa de su cabeza envuelve su sombrero: toda la línea elegante sugiere el prestigio de un alma deliciosa;

así la gentileza de su cuerpo flexible exalta su deseo. Pero yo provoco con el espíritu. El que cae bajo mi imperio siente que las plumas intangibles del cisne adquieren formas soberanas de mujer. Y canto entonces. Feliz usted si reacciona. No huya de la ilusión de mi seno... Ayer el sol poniente parecía una medalla sin irradiar destellos. Penetró en las aguas, y, á fuerza de mirarlo, me crié una mancha que, exacta en su grandor al astro, se revestía de invisibles alas.

Cual si no estuviera en mis ojos, acordándose del sol muerto, proyectaba la tristeza de un luto. Cuando mi cabeza se erguía, el disco negro subía recto al cenit, y volvía, si me inclinaba, con la rapidez de la mayor altura, á danzar en las olas.

Enérgicamente pensé en el alba, cerré los párpados y, al abrirlos, se evaporó esa sombra. ¿Qué me importaba que, fuera de mi ser, se echase la noche sobre el último resto del día? »

— El alma no tiene ojos — exclamó el joven.

— Pero tiene memoria. Su espíritu, idealizando á la muerta de luz, ha adquirido una mancha. La noción de lo infinito, que latente vibra en nosotros, ha tomado en usted ese curso. ¿Por qué dejarse envolver por su melancolía? Sin olvidar, ame;

sólo un mal recuerdo, aleja del árbol que al ofrecer un fruto evoca otro. No soy irónica; digo una verdad: el corazón renace cada vez que un amor lo transforma. En usted, el fantasma de aquélla que duerme en la eternidad, se mezclará á lo cierto. Resucitando la antigua vida, al influjo de un poder superior, en que el pasado será el presente, creerá vencer al Tiempo. Si no, un día, sufrirá de su mismo pesar, como de una estéril idea, ante la certidumbre de que nadie torna á los Faustos envejecidos las primaveras de la Pascua.

Un marinero, interrumpiéndolos, saltó sobre el toldo, y Mrs. Sipson prosiguió modesta: «Su turbación no proviene de mi persona. La Salvatore, removiéndolo, por semejanza, le dejó el germen. El océano mece el despertar inconsciente y dilata sus preludios. Yo soy la forma palpable de un rayo de ese deslumbramiento.»

Luego se puso de pie. La lona se deslizaba como una vestidura: el océano surgió en su desnudez divina.

Con las manos en la baranda, Ikreen se quedó absorto: todo su ser quería escapársele y fundirse en el esplendor del piélago.

BIBLIOTECA AMÉRICA
UNIVERSIDAD - DE - S.N.1460

Una lámina de azul de Prusia deteníase en el horizonte purpúreo, horno en ignición de fuegos de Bengala. El cielo, sobre el sol caído, semejaba una turquesa gloriosa. Y al oriente, la bóveda alabastrina mostraba la luna, mientras las ondas de argento parecían crear sus fulgores. Entre las dos regiones, la estela del navío despedía potentes murmullos, y bajo el bullir de la hélice, se agitaban ocultos los bosques de la tierra. Y el sol, con su luz de vida, despedíase de sus invisibles verdores, y la luna, con su luz de muerte, saludaba el agonizar de sus hojas. Y el viento, sin poder barrer las espumas y abrir camino á los árboles del sepulcro, brotaba de los ramajes con los trenos de una inmortal elegía.

Mrs. Sipson, silenciosamente, se había también acercado á la baranda. Juegos de luna, destellos de sol, nubes, olas, mar, espacio; todas las fosforescencias del paisaje le arrancaban el corazón y el alma, pidiéndole ideas y sentires, la sangre y el pensamiento. Largas lágrimas le corrieron y se abatió sobre el joven que, al recibir el cuerpo desfalleciente, oyó que le decían: «¡Ah! la magnífica belleza, cuando inflama los ojos de una mujer como yo, se vuelve llanto.»

XXIII

Tenía lugar la última gran comida de á bordo. Al día siguiente, el *Araguaya* tocaba en el puerto de Cherburgo; dos horas después, concluiría el viaje en Southampton.

Las mesas, paralelas, en grandes líneas, evocaban, con sus hemiciclos, las del Oriente. Los ramos artificiales de violetas y helechos, mezclados á orquídeas y rosas, formaban una explosión de matices. Las pirámides de ananas, amarillentas, y de uvas negras; los bols metálicos poniendo temblores de aguas en serpentina de palpitantes anillos; los focos, derramando sobre los manteles, regueros eléctricos; todo en la inmensa sala infundía más ardor á las sonrisas. La tensión nerviosa del navío había llegado á su plena sensibilidad: no había tiempo para escribir una carta, ni leer una página, en el creciente interés de verse siempre, y proseguir las charlas. El deslumbrante

zumbido de las hélices de los ventiladores, y el rumor de las voces, vibraban entre los plastrones masculinos, los descotes de las mujeres y el alegre tumulto del chocar de los cristales.

Ikreen había buscado en vano con los ojos al Cisne; quizá después de la escena de la tarde, había querido dejarle por último recuerdo sus lágrimas. Como las bombas blancas se armonizaban con los arabescos de oro, en el risueño comedor; roto el hielo de las relaciones sajonas y latinas, los seres se fundían en un mismo acorde. Y el cuadro, transformándose en ambiente febril, participaba del movimiento de las figuras. Las guirnaldas de rosas, á través de las galerías, tocaban los arcos y las barandas de bronce: las bailarinas de biscuit, en óvalos oliváceos, se agitaban sobre paisajes de sol; la última tribuna erguía cabezas de ángeles, entre trofeos de alas; y el plafón alabastrino de tréboles verdes, iluminados, cubría amorosamente la araña y los encajes níveos de sus aéreas liras.

Cual antítesis de las noches pensativas en las largas navegaciones, ofrecíase más centellante que nunca una hora de ilusión inconsciente. Pues era tal el regocijo de aquella concentración humana,

que el reloj, encuadrado en las labores, tenía por único objeto marcar los minutos á dos naves que sobre translúcidos cristales, con velas de luna y cascos de pedrerías, surcaban un mar de algas fosforescentes, hacia un país venturoso de hechizadas leyendas.

El grave doctor Lucas, había hecho variaciones á su discurso del Brasil, no quería morir sin decirlo, y olvidó el postrer resquemor de su resentimiento entre el sonar de los tapones del champagne. Al fin saludó el pabellón, que desplegaba en la popa los colores de Inglaterra. El comandante brindó por la prosperidad del Brasil, el Uruguay y la Argentina. Y entonces estalló una granizada de discursos, en que la llama tropical no faltó al estro: viejos y jóvenes aclamaban á sus pueblos. El señor Queiros, que definitivamente había renunciado al amor, se vengó en una arenga de carácter histórico, social, filosófico y político. Las palabras de los charlatanes, de forma siempre ridícula, y de fondo siempre simpático, engañaban con la ebriedad de sí mismas: imperaba el deseo de volcar de los corazones lo agradable de tantos días, y las ideas vibraban sinceras como los gestos.

Se subió á la cubierta. Nueva exhibición ora-

toria. El presidente del comité de los deportes pronunció un discurso sembrado de gracias, que obtuvo gran éxito en el público sajón. Mientras se repartían los premios, el doctor Lucas, no encontrando entre las empavesadas los colores argentinos, protestó enérgicamente. Presidió después el izamiento de los gallardetes, y se retiró para escribir y comunicar á la vida social de *El Diario* su dignísima actitud. Una comparsa de *stwards* se adelantó envuelta en rumores de mandolinas. El peluquero de á bordo, veneciano legítimo, cubierto de capisayo, entonó una serenata. Ante aquella cálida voz, tan diferente de las del elenco británico, las mises inclinaban las cabezas y creían ver en un faro próximo el resalsero del Lido.

Le sucedió, magnífico en su atavío, un escocés. Volvía á su país tras de una ausencia de treinta años: la chimenea ancestral parecía pasarle ya su sagrado fuego. Bailó al son de la cornamusa el pintoresco y fatigoso *Highland-fling;* todos se unieron amablemente á los aplausos nacionales. La orquesta atacó un *towte.r;* los jóvenes rompieron la danza, pero al oirse la voluptuosa alegría, la gracia envolvente, el ritmo arrebatador de *Merry Widow,* se lanzaron hasta los viejos. Por

instinto, las parejas simpáticas se buscaban. Volvieron á estremecerse las hojas del árbol de cristal, bajo sus soles de triunfo. Se llegó á la postrer cadencia, y sonaron gritos: «*play it again*», «*encor*», «una vez más». Era el movimiento irresistible, de no querer dejar morir el impalpable vínculo; pues ya entre las brisas armoniosas, tirantes como cuerdas, blandas como plumas, ágiles como alas, surgía la tristeza de los viajeros, cuando cada uno se va por su camino.

XXIV

Ikreen se había despedido en el baile, de sus amigos, y no podía dormirse. Sentía dejar el estrecho camarote que dilatara con sus emociones. Evocaba también las costas de Francia, donde le esperaba el espectro de antiguas adolescencias. Á eso se añadía la inquietud de no haber visto al Cisne, y de las figuras de la noche le obsedía la imagen de Niní. El roce de las palabras galantes la habían transformado: subió niña á bordo, y llegaba á Inglaterra, mujer. Pero en el fondo de su nueva vida, se agitaba el amigo, bajado en Río: el animador del Idilio, primer sol fecundo de aquella alma de primavera.

— Cuando le escriba, adviértale que sé sus versos de memoria, puedo confesarlo, ¿no es verdad?

— Ya lo creo — le respondió; sin anunciarle, por no producirle un primer desengaño, que su poeta, casado en Italia, había perseguido en ella

la melancólica fruición de sensaciones abolidas en un hombre. Se estrecharon la mano, y se dijo: «He aquí la realmente bautizada al pasar la línea: Dios quiera que, con penas irremediables, no vuelva á cruzar el océano, evocando este viaje, como el mejor sueño de su existencia.»

Un golpe discreto sacó al desvelado de sus pensares.

Se tiró de la cama y abrió: Mrs. Sipson, envuelta en un blanco peinador, se deslizó como una sombra y apagó la luz eléctrica. La luna por el sabord le bañó la cabeza. Varias cintas, llenas de gracia, le recogían el pelo: los genios de la noche le habían dejado, sobre los moños palpables, besos invisibles.

— Creía — murmuró turbado el joven — que el cuervo de Poe llamaba á mi puerta.

Ella repuso vivamente: «¿Por qué llamarme Cuervo? Mis alas no buscan el busto de Minerva. ¿Por qué llamarme Cisne? Cuentan que el cisne canta para morirse. Salúdeme mejor como una alondra: mis acentos vienen del alba.»

Ikreen exclamó: «¿Los consejos van á renovarse?»

— No. Usted comprende ya sin necesidad de

mis palabras. Siente que la Salvatore es la forma real del ensueño. Yo rompo sus últimos temores. No soy ni soltera, ni casada, ni viuda, como pude decirle en otra hora: soy la hija del océano y el cielo. Aunque interpreto á Wágner, leo en las olas, que no tienen pentagrama. Aunque me viste Paquin, me desnudo como Venus. En mí hay algo del Paraíso: soy el Amor que pasa; soy la Ilusión que vuelve; soy la hermosura del mundo, pero con una caricia de más allá de la vida. »

Ikreen se reclinó en sus hombros. Á través del cristal miró la luna. El movimiento del buque quería alzarlo hasta la quimera de sus montañas. El aroma del Cisne lo sumergía en tierna atmósfera: imposible saber si la esencia sutil se escapaba del astro envolvente, del seno palpitante, ó de su emoción hecha ritmo.

Mrs. Sipson, casi maternal, le tomó el pelo con las manos. Las piedras de sus anillos mezclaban á los destellos blancos fuegos rojizos, en una misma sensación de ardor y dulzura. Y dijo: « Vuelva á tierra feliz. El viaje modifica. Evoque las madres, las novias, las amantes que, en Buenos Aires, en Montevideo, ó en Río, no han salido de sus costumbres. Piensan en los viajeros, sin

darse euenta de sus cambios, lejos del hastío de lo siempre visto, de la opresión de las calles, de la tiranía de las preocupaciones. No saben que han recibido el golpe luminoso del viento y del espacio; que la sangre, reaccionando vehemente, presta al espíritu sus ímpetus de libertad; que la ilusión de lo desconocido les ha abierto un horizonte donde los anhelos brillan como estrellas.

¡Ah! cómo sufrirían si se sintieran un instante olvidadas; mas, en breve, la realidad las venga. Todo eso, brotando del esplendor marino, es la resurrección del Dios que existe en nosotros, al engrandecer sensaciones y magnificar sentimientos. Hombres y mujeres que hoy se abrazan, pasándose tarjetas vibrantes de efusión, no se volverán á ver; ¿qué digo? en el mismo puerto, antes de la separación, los que nos reciben, traen el roce de nuestras costumbres, de nuestras afecciones, de nuestros trabajos, y el alejamiento se inicia. Sí, ya entre personas que no conocemos, y que abrazan á las conocidas del viaje; cuando cada hombre al buscar su baúl da la idea de buscar lo único que le interesa en el mundo; cuando entre el desorden, las voces ayer amables, se tornan secas y los gestos coléricos; cuan-

do desaparecen los detalles de tocado característicos de cada tipo, y los trajes de calle nos hacen el efecto de disfrazarlos... empieza el olvido.»

El joven, que muchas veces había pensado en esas cosas, la oía lleno de interés melancólico.

— Pero no hay que olvidar — prosiguió con vehemente tono — la ilusión de la travesía, porque es prueba de su existencia, de que exalta y fortifica; de que el hombre, en la gran ruta, como en el corto viaje, debe perseguir la felicidad, poseerla y arrancarle sus alientos.

Luego lo besó en la frente. Ikreen la aspiró toda. Un deseo que fingía el amor, estremeciéndole, le infundió fiebre, y buscó sus labios. Ella le puso la mano en la boca: «No, eso no. Que entre las luces de su mente quede mi imagen como la de su mejor hermana. Veo en su espíritu y sufro como ante la belleza de la tarde. En Italia está el objeto de su culto. Búsquelo, y más que en sus antiguos amores, hallará el transporte de lo infinito. Vive quien así ama; y, después de vivir así, morir es un dulce sueño. Su misma experiencia de la pena le servirá para crearse una nueva ventura. He aquí mi última palabra; no se resista á la ilusión: es en el alma cómo la

sal del océano, que se añade á su inquietud, lo salva de corromperse y lo mantiene vivo, impidiendo al espejo azul que se vuelva un cadáver del cielo. »

Ikreen quiso detenerla. Ella se tocó los labios: parecía el Ángel del Silencio. Abrió la puerta; el corredor se perdía á lo lejos, y miró si estaba libre: en el crujir del barco, á través de un movimiento de encajes, hubo un susurro de alas. La puerta volvió á cerrarse. Carlos se encontró solo. Llenaba el camarote un sutil perfume, cual postrer recuerdo de la voz de armonía; y sobre el baúl, y sus etiquetas de cien hoteles, emblema familiar de las tristes almas nómades, allí donde la pareja se sentara un instante, lloraba silenciosa la luna!

XXV

El mar, espeso, parecía de aceite. La proa, cortándolo, formaba espumas de nieve y turquesas de acuarela que, ligeras y diluídas, corrían sobre la inmensa placa. Apareció la rada de Cherburgo. El buque ancló. Las nubes velaban el sol; el vaporcito *Shakespeare* se acercó rápido. Soñolientos, entre sus maletas, los pasajeros oyeron el bronco silbato del monstruo. Era el grito de ¡adiós! Los de Southampton murmuraron en las cabinas: «Los de Cherburgo bajan». Algunos volvieron á dormirse y otros movían en la imaginación el cinematógrafo del viaje: siluetas, conversaciones, juegos, bailes. El pequeño *Shakespeare* alejábase y crecía la línea de flotación del inmenso *Araguaya*. Su casco negro, en torno de la chimenea amarillenta, erguía los mástiles, los botes y los castillos blancos. Un penacho de humo continuo dispersaba en el espacio la sensación de lo irremediable. De

una travesía sin vientos adversos, apacible y radiosa, todo se evaporaba más efímero que esa nube.

En el vaporcito, La Gatinière murmuró en voz baja: «¡Adiós!» El doctor Lucas saludaba gravemente á los hombres de equipaje que sacudían sus gorras. Lanuza canturreaba, mirando la costa francesa: *Le jour de gloire est arrivé.* El joven Ortiz decía simplemente: «¡El *Araguaya*!» poniendo en la entonación la nostalgia ya viva de un sueño concluído. Ikreen miraba los vidrios con la esperanza de divisar la cabeza del Cisne: ignoraba el lugar exacto de su camarote; y, sin que la mujer apareciera, vió perfilarse el buque, como una cosa sensible. El humo del *Shakespeare,* á su vez, envolvía, en velo sutil, el flotante palacio.

Adelantaron los baluartes del puerto. La costa recibía con vigilante desconfianza, erizada de cañones, anticipo de la tierra, y de sus ardores de lucha. Un marinero se puso á vender diarios; y empezó la inquietud de las noticias. Adiós el tiempo feliz sin cartas, sin negocios, sin visitas, sin literatura, sin todo lo que en esas negras columnas vibra, alegra, crispa, amarga ó enardece.

Cherburgo estaba ahí, recostado en las verdes lomas normandas, avanzando en decoración teatral, y podían leerse las enseñas de los próximos hastiales: casa de cambio, modas, carnicería, tabacos.

Los malecones ocultaron el *Araguaya*. Solamente allá en los aires, la nube de humo indicaba su ancladero. El silbato del *Shakespeare* estremecía á los viajantes, nerviosos, con la falta de sueño. Una lluvia fina enfriaba el tinte gris de la mañana. Se oía el gritar de los mozos de cordel. Estallaban protestas sobre baúles perdidos. La ley, fuerte, adelantó agresiva.

Comenzaron las discusiones por chales comprados en Madeira, y por alguna botella de licor ó una caja de cigarros. Pero había cosas que no se declaraban y que iban á pagar un impuesto de muerte: las alegrías del océano, los proyectos vibrantes, y hasta el libre oxígeno de los pulmones, viciado en el galpón aduanero. Y ya no se veía ni el humo del *Araguaya*. Empezaba á pertenecer al recuerdo, siendo más que un paquebot de la « Royal Mail ». Aunque manchado por un crimen, que le hacía no olvidar su cuna terrena, era la fuente de espejismos de la ventura fascinadora; era una

máquina moderna con alma romántica; era el punto de conjunción entre el mar y el espacio; era un lecho de reposo con sueños de olvido; era la torre divina de las puestas de sol y de los claros de luna; era un hogar de energías, de esperanzas, de sentimientos, de júbilos; era la gran creadora de ilusión, era la Nave!

RECUERDOS

I

Ikreen había pasado un mes en Sajonia, en el castillo de uno de sus parientes. Ante el Elba había pensado más de una vez en el mar, y en su último viaje; y ante los viejos retratos de sus antepasados, no buscaba las características de su raza, sino el parecido que las mujeres pudiesen tener con la Salvatore.

Buscaba imaginarse la voz de esas damas cuyos ojos, duros ó suaves, miraban, desde otros siglos, viniendo desde la muerte. Su emoción ¿no se alimentaba también de un reflejo fantasmagórico ofrecido por la vida? Winnie y Rosario empezaban, en su recuerdo, á constituir una persona. La semejanza de la voz y la semejanza de los labios, modificaban las diferencias de la figura actual, fundiendo, en un segundo, la identidad de los rasgos. El espejismo de las separaciones completaba misteriosamente la obra.

Había escrito á la Salvatore desde Cherburgo. Contaba los días, y esperaba hallar la respuesta en París. Asimismo, el pensamiento de que lo llamase, lo angustiaba. La realidad ¿no le mostraría el error? Tras la obsesión transformadora ¿no iba á encontrar una absoluta extranjera? La imagen de Mrs. Sipson pasaba por su espíritu. Poco á poco su forma corporal se desvanecía: su encanto no dejaba sino una idea. Había sido nube, en cuya transparencia veía una imagen anterior, y, una vez evaporada, salía de su seno la imagen, neta, como de crisálida fascinante. Lo que volvía del Cisne, «yo soy la Ilusión que pasa», eran sus palabras, sobre la actriz, «la Ilusión que queda»: el beso que recibiera sobre la frente, ante la luna, debía la otra tornárselo con el sol sobre los labios. Esta presencia invisible y constante no barría inoportuna sus sueños. Al contrario, su melodía silenciosa acariciaba sus divagaciones con una gran esperanza. Sin cesar profería: ¿Cómo es posible que habiendo pensado durante tantos años en la tierra de Winnie, mi espíritu, en ella, escape á su influjo? La ilusión lo renovaba. En lugar de perseguir á su amiga en su verdadero dominio, el sepulcro, creía mirarla lejos de su castillo, viviente

como una nueva estación después del invierno.

Allá, en el fondo de su ser, se le precisaban emociones de otros tiempos. Aquella virgen, que lo amara sin pertenecerle nunca, le infundió la adoración de una sagrada cosa intangible. Pero, á pesar de la nobleza de tal sentimiento, que más de una vez le hiciera leer, con lágrimas en los ojos, las rimas del Petrarca, había lamentado que su amor no fuese absoluto. La gran palabra de Bossuet « no podemos igualar nuestras ideas », sólo en la plenitud de un amor completo no era quizá justa. Él se decía, á menudo, que la posesión de Winnie habría engendrado una realidad superior á su pensamiento. ¿Le sería posible encontrarla ahora? Las fuentes ideales que la doncella le abriera con fuerzas que daban á la vida un sentido venturoso ¿las hallaría aun en su corazón? Y ese sentimiento múltiple, capaz de todas las obras, porque tiene todas las inspiraciones, semejante á la luna en la marea, que se refleja en su onda y la levanta, ¿volvería á estremecerlo, para multiplicarse en el objeto hasta lo sobrehumano?... Sometido á estas dudas, oyó á un primo suyo: « Nos invitan á las cacerías de Olbourg: tú, que deseabas ir, no irás solo. »

En el automóvil, Ikreen recordó todos los capítulos de su novela. Las dificultades de la resuelta muchacha para romper su compromiso con un personaje de la corte. Las separaciones dolorosas. La oposición violenta de la familia. Los trabajos para hacerle abjurar el catolicismo. El consentimiento, al fin, y la suspensión de su viaje ante la noticia de la muerte.

La madre de Winnie, que aun vivía, estaba en Dresden; la visita le fué menos penosa. Los numerosos huéspedes partieron á la batida de un ciervo: él se quedó en la biblioteca. Luego, por salones y corredores, la imagen amante lo asaltó, desde cada silla, cada cuadro, cada panoplia. El parentesco de su primo con los Lisenberg, y los derechos de vecino, le habían facilitado en otro tiempo la familiaridad. Evocaba hasta la primera tarde en que se conocieron sobre el Elba. Pero, tantas veces había pensado en Buenos Aires, en aquella sensación, que se deshacía sin vigor; en el parque creyó, emocionado, que descendería la escalinata á su arribo: ahora, habituándose, tenía que defenderse de otra imagen, como de una profanación congojosa.

Abandonó el castillo, y, en el principio de la

selva, la caída de un gajo, el ala chasqueante de un pájaro, el estremecimiento de un hilo de agua, se armonizaban con su voz. Winnie marchaba á su lado. Allí, su alma había empezado á vivir de su idea. Buscó una piedra, oculta en la oquedad de un fresno, que tenía grabada una cruz. La descubrió. Él no le había hablado aun de su amor el día que se arrodillara ante ese tronco; mas, inclinándose sobre sus cabellos, aspiró su perfume tan íntimamente, que creyó recibir su primera confidencia... Siguió la peregrinación. Divisó la torre ruinosa, lugar de cita de cacerías. Sin alegres rumores ni fanfarras de melancólica estridencia, su gris dormido, soñaba con lejanos tiempos. Ikreen subió á su puente como un sonámbulo. Se acordaba de un estanque que ya no existía. Una noche ella le dijo: «Es un cementerio de sombras». El contestó: «El agua se encarga de poblarlo de estrellas». Ella añadió, misteriosa: «No se oye un solo rumor». Él repuso, grave: «El mutismo tiene un eco en el asombro de tus ojos». Ella había vuelto á mirar el estanque: «Pobres estrellas desterradas, tiemblan de pavor». Él le habia tomado una mano: «Eres tú la que tiemblas; vamos, el rocío es peligroso». Entonces,

angustiosamente, ella exclamó: « No puedo ambicionar sino esta frescura; soy flor de niebla; no tengo en mis amores derecho al sol ». El la había abrazado. Y ella dejó correr sus lágrimas; ¡ah!, quería la lucha, en nombre de su fuerza imperiosa. Pálida, escultural y diáfana, inmaterial y mórbida, era un fantasma de acentos humanos; era una mujer que, como un fantasma, adoraba la noche, creyéndose en el reino de su pasión, con la amargura de saber que, indiferente, la aurora no detendría el estallido de sus lumbres... Ikreen sentíase clavado en el torreón. Otra vez, una especie de águila blanca se agitaba en el claro de luna. Deseó verla de cerca. Él se oponía, por las dificultades de subir en la sombra. Ella le dijo: « Mi curiosidad es un abismo con vértigo ». Y había llegado sofocada: el pájaro no estaba, y exclamó: « Lo creía una cigüeña é iba á atarle mi pañuelo. Quien sabe si como en las leyendas, en el Partenón ó en Luxor, ante su cuello vestido, un pobre arqueólogo no hubiese adivinado á la castellana ». Y al pie del mismo torreón, la noche de la última despedida, entre un convulsivo sollozo, le señaló el cielo; aquel dedo significaba: « Si no es en la tierra, será más allá del sepulcro. »

¡El sepulcro! Descendió de la ruina y avanzó por la senda. Un templo desnudo cubría la cripta, anexa al cementerio del dominio. Un hijo del pastor llevó á Ikreen hasta las lápidas. Imposible imaginar, en el sitio lúgubre, á la hada libre del bosque. Colocó unas flores recogidas en el parque, sin darse cuenta de que cumplía un voto de años. Leyó el nombre de Winnie como si leyese una inscripción extranjera: la virgen primaveral se escapaba de allí, buscando el aire, y estaba en la naturaleza que animó siempre con su hermosura. Al salir, volviéndola á evocar entre los árboles, bajo los rocíos de las noches y la luz de las estrellas, tuvo la sensación de que un fantasma le decía ante el sol: « No he muerto del todo. »

II

De vuelta á París, Carlos Ikreen no encontró la carta de la Salvatore. El sentimiento de que, en la mujer, la rápida atracción había sido un simple engaño de las circunstancias, lo sumió en intolerable congoja. Se dió entonces á buscar las alegrías de su juventud, cuando, libre de toda preocupación, había gozado de los encantos de la capital. Recorrió varios teatros. Abundaba en ese momento la *revista* vil y el *vaudeville* grosero. Lo distrajo una pieza de Capus, de factura delicada, simpática, espiritual, pero frívola como la pluma del pájaro que la animaba. Asistió á interminables, fastidiosos dramas, de polémica social y política, que le hicieron preguntar si los profetas que convierten en catapulta un bloque, tienen el derecho de tirar una molécula de la primera piedra.

En la sala Caveau, halló un instante luminoso;

Chevillard dirigía el *Oro del Rin*. En torno de la peña maravillosa vibró la sensación de los grandes horizontes; y vió resplandecer el anillo dominador. Las ninfas se llamaban, saltando sobre las rocas, y, en vez de evocar el Rin, contemplaba el Atlántico. Entre los gritos jubilosos, se oía el murmullo intenso del agua. En cuatro acordes, Wágner ha condensado un elemento. Al influjo de ese hallazgo genial, sentía Ikreen su cuerpo como etéreo: su corazón latía con el ritmo de las notas, y la sangre era, en sus venas, viviente red de lumbre. Jamás ese fragmento le había parecido más hermoso; nunca le había envuelto en aurora más alegre: sonante rosa mojada en rocío, su rocío se evaporaba en rayos de sol, y los rayos de sol se volvían arpegios. La esperanza henchía la voz de las hijas del Rin. Y con el rostro de la Salvatore, no cantaban: «Sólo quién renuncia al amor, podrá forjar el anillo»; sino: «quién lo forja, abre los escombros de su existencia y encuentra un imperio». Cuando el oro arrancado deja en tinieblas el río, el joven se deslumbró, cual si el nibelungo, para salvarlo, lo ocultase en su alma.

De vuelta al hotel, le dieron una carta. Conoció la letra y los sellos: era suya. Había viajado,

de Francia á Río, de Río á Pernambuco, y de Pernambuco llegaba, estéril y melancólica. Había recorrido, como él, el mar, pero allí, donde Mrs. Sipson sorprendía á los genios alados de las ideas y de los sentimientos. ¿No simbolizaba aquel sobre, con su inútil envío, su vida hastiada? Lo abrió, por curiosidad y leyó estas líneas: «Soy el viajero impertinente, que se lo pasó charlando con usted entre Montevideo y Río. No sé si mi carta la alcanzará aún, pero calculo que sí, dado el plan de su gira. No quiero que transcurra un día más, sin decirle que la ausencia de su voz puso, al separarnos, un velo triste en mis ojos. Le veo hacer una mueca cual si oyese una farsa. ¡Ah! las farsas aparentes son las mejores verdades. Es tan rara la amistad, cuando hace tiempo dejamos el colegio, que la persona en quien la adivinamos, nos alegra, porque nos rejuvenece. Luego en mi exclamación había egoísmo. Usted, en aquellos días, me tiñó las canas invisibles que existen donde las puso una hada perversa. Después, otra viajera, Mrs. Sipson (creo que no se la presentaron nunca), hablándole yo de la Salvatore, me alabó con entusiasmo la amistad: era la voz del horizonte, de las nubes, del cielo, del mar,

exaltando el sentimiento, y, por lo tanto, su fuente. Pero, alto ahí; no quiero caer en el lirismo del viejo Queirós ¿se acuerda? Resumiendo, no la he olvidado, y me creo un amigo suyo. Dígame usted que mi nombre no le es desconocido, y me producirá un gran gusto. Un beso en las dos manos, mientras las que sienten no aplaudirla en el teatro, dan al papel un millón de recuerdos. »

Á pesar de la palabra amistad, repetida tantas veces, ó precisamente, porque repetida tantas veces, ocultaba pensamientos no dichos, Ikreen advirtió extraña inquietud. Estaba tocando el principio real de una traición. Su novia de siempre lo desaprobaba. Lejos del sepulcro, un espectro, vistiéndose de carne, murmurábale: « diviértete con mil mujeres: yo no lo puedo evitar; pero no entregues el corazón á ninguna; aun soy capaz de congojas ». Y dedujo que su propia cura no era completa. En ciertos caracteres que cultivan un dolor, hay como cuaresmas de sufrimiento en torno de una evocación ó de una fecha. Ikreen había pertenecido á esa terrible cofradía del silencio; á esa hermandad que la muerte preside en el fondo de las almas. No la había, pues, renunciado del todo. El sol, triunfal sobre las cosas, iba á seguir de luto

en su corazón. ¿Por qué ese súbito acceso, cuando en el mismo Olbourg no lo sintiera? La conciencia del recuerdo, como todo lo espiritual, es misteriosa. Un acto preciso, como la carta, acababa de chocar, sin que él se analizase con la delicadeza intacta de su escribir de otro tiempo; y la echó al fuego, sintiendo una sensación de gozo cual si purificase su memoria.

III

Á través de los vidrios de Chevillard, el jardinillo mostraba las rayas verdes y amarillentas de sus arbustos. Y por entre sus ramas, veíanse, en la acera, gentes de gabanes astracanados, junto á los miserables en jirones; los niños volviendo de sus liceos, con sus servilletas, y los que abandonaban los parques, en sus sillas de ruedas. Más allá, en la gran Avenida, confundíanse los fiacres de vientre amarillo, los lujosos equipajes, el torrente de automóviles, y el trueno de un ómnibus, que cortaba la balumba con formidable ojo de fuego.

La Gatinière tomaba una copa de chartreuse én compañía de Ikreen. Alejado por sus negocios durante dos años, encontraba el placer de París, siempre viejo y siempre nuevo, para los que lo llevan en la sangre. Cada detalle del movimiento le comunicaba la fiebre de su ciudad, y le hacía

pensar en la próxima partida. Ikreen, al contrario, hallaba, en todo, causas de desilusión y hastío, sin ver que era él, el que había cambiado de alma.

Las lámparas del restaurante se proyectaron entre los vidrios hasta colgarse de los árboles, con apariencias impalpables. Dos faroles de la Avenida también se encendieron: en el aliento húmedo de la tarde, parecían faros sobre un mar peligroso. «He aquí la luz que adoro» — exclamó La Gatinière, la luz gris acerada, que pone un reflejo azul sobre las cosas. Muchas veces, en el esplendor casi primaveral de los días de julio, de Buenos Aires, pienso en ella. Si yo fuese pintor, hubiera sido el Rafaelli de la nieve... Observe la mujer que pasa. Es una mancha confusa entre los arbustos; se aclara en el brillo que concentran los penachos de las fuentes, y luego vuelve á convertirse en sombra. Tiene el alma del invierno, y algún día la evocaré con nostalgia en un paisaje de sol.»

— Yo — repuso Ikreen — abomino estas tardes perpetuas que, empezando desde la mañana, han concluído por echarme hasta del Louvre.

— ¿Y quién le ha dicho á usted que no encanta la luz de hoy en un museo?

— Usted no los frecuenta. Haga la experiencia, y cuentémela en seguida. He aquí lo que yo he visto ayer: Una gran escalera de piedra y una gran gruta. Allí, la Victoria de Samotracia se pierde, vaga, en las penumbras de un acuario. En el templo de Delfos, las cariátides de narices rotas parecen cubiertas de humedad: los fragmentos no se reconstruyen; dan la sensación del caos. Llega usted á la larga galería y lo envuelve el peso de su atmósfera de tristeza: diosas, dioses y héroes, separados de sus templos, sueñan con el Olimpo; se aburren mortalmente; y brindan, no el hechizo de sus formas, sino el frío de sus mármoles. En semejante luz, el plafón de Apolo se antoja carbonizado; y como han tendido criminales cortinas sobre los vidrios, no queda el recurso de sentir la atracción del Sena, y ofrecer sueños á sus aguas. El Salón Carré está cambiado; la mitad de mis obras predilectas se han ido no sé donde. Inútil, por otra parte, mirar la Gioconda. Allí la sombra aumenta; la cámara resulta mortuoria; el rostro enigmático es discreta lámpara ahogada por el ambiente. Añada usted dos viejas rusas que la copian; dos brujas de Goya, encarnizadas en el maleficio, que, con pincel mi-

serable, echan sobre su sonrisa. Inútil mirar tampoco los cielos y las perspectivas del banquete de Simón y de las Bodas de Caná: agonizan en las penumbras.

En la sala de los Primitivos, los ángeles y los santos, con los azules etéreos y los oros irradiantes de Gozoli, Fabriano y el Angélico, no fulguran en el Empíreo, se apagan en el Limbo. Después, la gran galería prolonga una constelación de nebulosas. Allí, las líneas graves, hieráticas de los Mantegna son como las líneas mórbidas y llenas de gracia de los Luini. Allí, la expresión enérgica, casi siniestra, del Condottieri, de Antonello, toma un triste tono, y evoca el desastre de Mesina y la destrucción de su escuela. Allí, la Salutte, asoleada en los Canaleto y en los Guardi, aparece lúgubre; la pujante esplendidez de sus caballeros, amortajándose en la sórdida luz, habla de la presente decadencia. Allí, el Nacimiento de la Virgen, de Murillo, eclipsa sus melodías de claros matices, cual si lo invadiese la tiniebla de su vecino, un Santo Sepulcro, del Españoleto. Allí, las figuras aristocráticas de Lawrence extrañan hasta el cielo gris de Londres, abrumadas por plafones y paredes de que penden los cuadros como viejas

banderas de gloria, en un templo actual de luto.

La misma sala de Rubens, á pesar de sus grandes claraboyas, bosteza borrosa, llena de austeridad implacable; y las apoteosis de María de Médicis, entre terciopelos y brocatos, armiños y púrpuras, en vano agitan las cabelleras de ámbar sobre rosadas desnudeces... Cuando, hastiado, se abandona la fiesta de los ojos, moribunda, se ve desde lo alto la turba humana esgrimiendo los *Bædeker*. ¡Ah! el rebaño, cómo codea los Apolos, las Venus y las Dianas. Los dioses perfilan sus rostros; reinan con sus atributos; vuelan indiferentes y yerguen su gesto inmortal ante la efímera caravana... Resuenan gritos *on ferme;* hay que mezclarse á la multitud, y saludar las irónicas estatuas. He ahí el interesante espectáculo.

— Mi querido amigo — repuso La Gatinière — es muy fácil visitar el Louvre en un día de sol; eso disipará su mal humor. Entretanto, ¿quiere un consejo? Búsquese una linda amiga, y el ambiente brumoso de los museos dejará de encender su cólera. Usted sabe que me esperan.

Los dos amigos se separaron. Ikreen cruzó los Campos Elíseos. Los árboles, en la perspectiva, formaban masas confusas: sólo la espalda del *Pa-*

lais de Glace, en la última claridad del horizonte, perfilaba su redondez, neta con un sol de oro. Tuvo una idea: se decidió á patinar, y entró. La misma atmósfera de otro tiempo, azulada, blanquizca; la misma impresión de enorme *boudoir* Luis XV, diluyéndose en humo resplandeciente. La misma capa lechosa ante la baranda verde, como un estanque detenido en un césped de teatro. El mismo plafón de telas blancas, abullonadas, y los mismos focos, reverberos de la luna suspendidos en la tierra. La misma armonía lejana entre todas esas alburas; y á través de la evaporación del hielo y de las palideces eléctricas, los mismos paisajes; mas, observando el muro, se hallaban los océanos menos verdes, menos azules los cielos, y desteñidas las montañas. Habían envejecido los templetes, las rocas, las terrazas y los jardines de sus puertos. En vez de la orquesta antigua, sonaba un órgano. Y las trompetas, no con sones religiosos, ni con vientos de tempestad, enriquecían las brisas de regocijo, con los mismos lánguidos valses. Y las mismas mujeres se enlazaban á los mismos hombres... Frente á las inmóviles columnas, las mesas y los bebedores, aquel mundo añade alada espiritualidad al baile. Pues el ágil movimiento, naciendo

del patín, es tal, que toda la silueta cimbreante de la mujer, adquiere la inteligencia de nuevas gracias. No hay vieja que, á la distancia, no parezca joven, ni fea que no resulte linda. En esa metamorfosis, el encanto de las líneas sube á concentrarse en los sombreros; ramos de violetas, tocas de chinchilla, plumas cadentes se funden en la atmósfera, cual si el aire se hiciese una hermosura visible. Y sobre el hielo, los sombreros matizados y las faldas rojas, los corpiños blancos y los cinturones de oro se convierten en sombra. Sombra del patinador, vibrante y leve; emanación flúida que no lo abandona; alma material de la danza, que lo sigue y retrocede, y se retrotrae, y se alarga, y se engrosa, y se sutiliza; reloj impalpable del ritmo que anima el cuerpo, dando, con su espíritu, al movimiento, la plenitud de la elegancia... Y el mismo murmullo de palabras y el mismo tumulto de risas, mezclábanse con las notas: y en ese enjambre, la misma animación en los rostros de las que revoloteaban como mariposas, de las que giraban lentas como alciones, ó cruzaban raudas como golondrinas. Y por sobre mesas y consumidores, en los grandes espejos, los mismos lagos en perspectivas de sueño, donde golondrinas, alcio-

nes y mariposas iban y venían, más aéreas, con un vuelo casi fantástico.

Ikreen, inmovilizado, cual si el Leteo le suprimiese doce años, y le presentase su juventud riente, dejó de oir el vals y de mirar á las patinadoras.

Buscó instintivamente fisonomías familiares. ¿En dónde la mesa del príncipe de Sagán, el viejo león á la moda? La encontró ocupada por un negro de chistera de ocho reflejos y clavel rojo en el saco. ¿En dónde la mesa de Enrique de Orleáns, explorador intrépido que todos se disputaban? La tenía una vieja con repugnante aspecto de celestina. ¿En dónde Caran d'Ache, hermoso y amable, dibujando un apunte entre el charlar de los amigos? Estaba en una casa de salud. Ellos eran el centro de aquel París ligero y brillante en que muchas mujeres conservaban aún el reflejo de las Camargos y las Paivas. Allí, recientemente llegado, al verse preferir por una elegante célebre, su alma, casi infantil, había sentido un deslumbramiento. Y creyó reverla. Concentraba su agilidad en un gran manchón de armiño, especie de cetro de las blancuras que, al moverse, sembraba las gracias aéreas de una wilis parisién del hielo.

Tornó á la realidad y adelantó á la baranda. Observó el público de cerca. Era una reunión de endomingados. Abundaban las viejas de dudosa traza. Las bebedoras, y aun las de la pista, maniobraban con los hombres como reclutantes de bulevar. Ikreen abandonó la idea de ponerse patines y se fué mirando el espectáculo de los espejos. Su antigua silueta volaba en el infinito de las lunas, mezclándose á las reales, pero no volvía; impulsada por el viento, describía curvas en hielos borrosos de indefinible misterio... Iba hacia las auroras boreales, á perderse bajo su luz, en la frialdad del polo desconocido.

IV

Sin encontrar en París su antiguo medio; no considerando ya la vida elegante con el mismo espíritu; no pudiendo frecuentar ciertos salones literarios, por la muerte de los maestros que los presidían, Carlos Ikreen olvidó la amable frivolidad del tiempo que le evocaban las cosas, y revivió su existencia de luto. Había creído abrirse á un nuevo sentimiento y dar con la vibración salvadora. Se reprochaba á veces no haberse quedado en el Brasil, y su resolución contraria le ofrecía hastío displicente. ¡Ah, las fluctuaciones de su carácter! Mrs. Sipson decía la verdad: la vida es nube blanca, atrayente, luminosa: no nos detengamos á preguntar si también encierra el rayo. Una carta devuelta por el correo, significándole un error de itinerario, tenía para él una importancia de destino. Resultaba presagio de un espejismo mal interpretado: Rosario Salvatore pensaba menos en

él que en las olas que vieran rodar juntos. Y en él mismo, las circunstancias habían florecido en ilusión inconsistente y ya desvanecida. Se sabía incapaz de sensaciones continuas; incapaz de sentir el supremo rejuvenecer; su dolor, vuelto melancolía, no le angustiaba en su reposo: sin embargo, de ahí al amor, había un mundo. Sus recuerdos le evocaban las amapolas de Virgilio que, para procurar al hombre un sueño reparador, agotan la fecundidad de la tierra.

En crisis de contradicciones, sentía nuevamente el misticismo de la muerte. Mejor que vivir sin nada, era vivir de la memoria. Y pensó en la parte que tuvo en la exaltación de su amor, el cuadro romancesco de los castillos del Elba y de los bosques de Sajonia. Meditó en eso por la primera vez. Comprendió que el mar, en un encuentro fortuito, pudo ser también una influencia rebosante de la antigua savia.

Pero, á las naturalezas soñadoras, el análisis que las contraría, las irrita. « Nada de eso es cierto », se dijo: « á Winnie la hubiese amado en todas partes, con la misma ilusión; mientras que mi capricho último brotó de la creencia de una semejanza, embellecida por la complicidad del viaje ». En rea-

lidad, no añadía la última palabra: sus ideas eran formas piadosas de una decepción inconfesada. Y con la sombra, pesándole como la de Quevedo, entró el día de la noche de Nöel al Père Lachaise, por la pequeña puerta de la Avenida de los Pozos.

Se detuvo en la alameda ascendente: lo invitaba una mujer, arrodillada ante un altar de piedra. Caminó un tanto... Verja de hierro, macizos de cinerarias, mirtos y un busto: bajo frente amplia, cimiento de mármol de algo intangible, dos ojos, más que ver, parecían oir, y su intensidad modificaba la expresión del rostro: sobre una palma se leía: *Paul de Saint-Victor.* El poeta que había soñado con estatuas, servía, á su vez, de modelo. En su torno volaban sus frases rítmicas, abejas invisibles de una colmena de apoteosis; y las antiguas ideas y las antiguas imágenes inclinábanse como teorías de canéforas. Ikreen, realmente, las veía subir entre los olmos con los tirsos de la gracia y las ánforas de los dones. El verdín de los troncos lucía en los discos de sol vivacidades de piedra preciosa, y fuera de su caricia, terciopelos de luto. Las ramas escuetas daban á las tumbas sombras gláciles, y querían

enredar con el cielo su flúido de gloria. El cortejo impalpable de las frases rítmicas seguía hasta las gradas de mármol: la proyección aérea de los árboles ocultaba, en la altura, una capilla: un ciprés sugería el friso helénico de un templo... El joven llegó á la callejuela de Dénon. Lo atrajeron los capiteles de loto de un templo egipcio. En coronas de esmalte níveo aparecían dedicatorias: *Á la petite Divonne.* Ante la sólida decoración de granito, la niña que debió de pesar tan poco sobre la tierra, lejos de los hieráticos faraones, dibujó quizá una mueca: «*¡ Oh, ce n'est pas drole!*» ¡Pobre petite Divonne!

El bosque profundo atraía como un abismo. En su reposo sentíase el ritmo de la paz; y aparecían los álamos y los sicomoros, desnudos entre los cipreces vestidos, más negros que los ramajes secos. Penetraban los fríos resplandores del sol. La hiedra, cubriendo troncos, conservaba las savias primaverales bajo su manto luctuoso: en el rumor de su elegía, palpitaba la esperanza de los nuevos matices. Más adelante, columna de un templo natural, destruído, mostrábase solitario un gigantesco fresno. Sus ásperas rugosidades se veían á través de la parasitaria que le simulaba un tapiz

de hojas. No evocaba la mano del hombre, y, cual espontáneo monumento de la tierra, honraba la memoria de los muertos; y faltándole, como á ellos, emoción, sensibilidad, ideas, continuaba la vida, meciendo sus imágenes con sus murmurios. Luego, creciendo á los ojos del paseante, sombreaba la necrópolis; todo lo dormido bajo su vasta cari-cia, proclamaba la inutilidad de la acción y el ensueño, del placer y el júbilo.

Ikreen miró, en un claro de la altura, un ángel de mármol, enorme, que arrojaba rosas en la tumba de Tamberlik; y á un lado, la estela funeraria de Bellini, con el nombre de sus dos hijas predilectas: *Norma* y *Sonnámbula*. En una arquitectura de templo, una vestal coronaba á Cherubini. ¡Oh! las famosas luchas con Berlioz, y en medio de tantas melodías, el tumulto desarmónico de los caracteres! Ahora mutismo, y mutismo eterno. Y más allá, á dos pasos, mutismo divino. Entre Dénon, pensativo, y una negra pirámide, los cabellos de desolada Musa, cadentes fibras de un sauce de amor, cubrían la lira rota de Chopin, cuyas cuerdas humanas remataban en la cabeza de un ángel. Clesinger prometió el símbolo al amigo que, apoyado en Gutman, moría oyendo el salmo

de Stradella. ¡Chopin! Mutismo divino, sí; extinción de todos los acordes, hijos de las venas ideales de un corazón de dolores en que corrió misteriosa sangre de lunares armonías. Ikreen, emocionado, se inclinó: confundíanse las cruces, las hiedras, los troncos, los obeliscos, el sol, las sombras; y el aletear de un pájaro, en el silencio, estallaba como sobresalto de los árboles y las tumbas.

La gran impulsión del declive llegaba á una reja. Un templete cubría las estatuas de Heloísa y de Abelardo. Sobre los círculos perfumantes de las violetas, surgían gárgolas medioevales, monstruosas cual la fatalidad. El joven murmuró el apóstrofe de Romeo: «He aquí el lugar eterno del descanso; líbrenos esta carne, fatigada, de la tiranía de las estrellas funestas». Las estatuas alababan el reposo: sus manos, anudadas con rosarios, pedían al olvido más años y más siglos, sobre su sueño sin sueños. Ante sus memorias apasionadas, los gorriones apacibles piaban contentos. Un mirlo, desde los calados góticos, reloj de dulce paz, medía con intermitente nota los minutos de la ventura inerte. Y el ojo del sol, pestañeante entre las acacias, simulaba al fin el escudo de un fabuloso guerrero, suspendido en un ciprés ilustre.

Buscando la quimera de su imagen, se llegaba á un enorme claro. Sobre el alto pedestal de las Virtudes Cívicas, Casimir Perier lucía un gesto antiguo á lo Marco Aurelio. Árboles escuetos, arriba, lo custodiaban con lanzas afiladas; árboles desnudos, abajo, tendían calles; el monumento formaba el núcleo de una estrella de la muerte.

Por sobre la frente del tribuno, los panteones escalaban la colina. Asentábanse, fatigados, en las terrazas, ó erguíanse en las pendientes, asaltando los aires más allá de los cipreses, más allá del mundo, más allá de los sueños. El arrebato mudo de la paz en su violencia inmóvil, los llevaba hasta tocar las nubes: querían hacer cantar, en los vapores, los pájaros posados en sus cruces: querían extinguir el sol con las sombras de su noche; querían... Pero no: no era irónica la lumbre de ese cielo. Dulcemente calentaba los mármoles fríos; dulcemente, sobre las grises grietas, ponía caricias de oro; y, dulcemente incontenida, abrazaba la abertura de los podados árboles.

Así, con las tumbas superpuestas, lá necrópolis semejaba, en lo alto, una ciudad y un bosque. Los hachazos del sol resplandecían sobre los mármoles, lavados por las últimas lluvias. Al pie, fo-

gatas de los gajos caídos vibraban altísimas lenguas transparentes. No se veía un hombre en torno de las llamas. Un estremecimiento flúido, casi invisible, lamía, vagaroso, las piedras: era la sombra danzante del fuego. El cristal, en los sepulcros, resplandecía con chispeos rojos. Embargaban la imaginación leyendas de hechiceras, preparando, con jugos de cadáveres, maléficos filtros, mientras en atmósfera de sueño, terrazas y azoteas alucinaban cual palacios babilónicos y jardines colgantes.

Ikreen admiraba esta paradoja: la variedad de la vida en la muerte. Los epitafios se metamorfoseaban en visiones. Mil existencias, de siglos diferentes, se le animaban, á un tiempo, en la confusión de los sepulcros. He aquí los Valmy de Marenco, y otros caballeros, muertos en la fe de la cruz, reposando con cascos de bronce y escudos heráldicos, bajo el aliento de Dios, entre sus armas. He ahí la pirámide de Scribe: el medallón de su efigie, las máscaras del Teatro, su nombre, y una lira sobre la flauta de Pan... ¡La flauta de Pan, cuando Hugo estaba en todo su cósmico poder, y Leconte evocaba los dioses, entre el coro de sus aedas! ¡Ah, las ironías de los falsos mira-

jes, y el vacío de las torpes popularidades! El alto monumento, después del rastrillazo de la posteridad, se erguía ridículo; simbolizaba el mal, que un escritorzuelo, sostenido por el público, pudo hacer á los espíritus superiores de su época.

No muy lejos, en extraviado montículo, una virgen dolorosa lloraba ante un sarcófago. Ikreen fué á verla, y halló una compensación: sobre las ligeras columnas de un vetusto techo, la tumba de Molière: dentro de la misma verja, vecino en el descanso, y en la gloria: La Fontaine. En su urna, coronada por un zorro de bronce, no hubiese querido grabar el epitafio que él mismo se compusiera, dividiendo su vida en dos partes: *L'une à dormir, et l'autre à ne rien faire:* pero sí esculpirle este verso de su oda á las ninfas:

La plus belle victoire est de vaincre son cœur.

Sobre la colina, el sol, sin atajos, bañaba la amplitud de los mármoles. El mariscal, duque de Albufera, se destacaba en un pétreo monte: un ángel inscribía sus acciones. La sombra del Emperador sembraba rumores épicos en viento marcial. La efigie de Lefebre condensaba el vigor de su existencia: una Victoria, cubriéndolo con alas,

lo envolvía en laureles. Massena, entre espadas y hachas de lictores, mezclaba al imperio de Roma el imperio de Francia: en su pirámide, bajo una cruz, se leía: Rívoli, Zurich, Gênes, Esling. Más allá, el general Gobert llenaba bajo relieves con sus cargas de caballería, mientras desfallecía en la estatua ecuestre como un centauro herido. Luego, la canción sucedía al heroico empuje. Cuadros llenos de sabor, haciendo resaltar refranes, se animaban entre ritmos populares. Beranger descansaba, frente á Manuel, guerrero y diputado, y aparecían sus imágenes con el perfil de dos monedas. Ikreen pensó, sonriendo: compran un poco de paz á los árboles. Los ramajes los protegían con cuerdas enroscadas, esperando ser, en el estío, palios murmurantes... Adiós, borrascas de combates y tumultos de asambleas. He aquí el silencio hospitalario de Port-Royal; he aquí el prestigio de sus meditaciones entre la pompa de Versalles. ¡Racine! ¿Para qué tantas angustias? ¿Para qué la guerra con la pasión? ¿Para qué los dolores de la brillante corte? Un viajero evoca las luchas de Mitridates, la profecía de Joad, un lamento de Berenice, una delicadeza de Esther, y ante los buhos de sabiduría y el reloj de arena, de la puerta

ferrada, dos cariátides se entumecen en tenebrosos velos. Se dicen los coros de Atalía, y ellas de una civilización, guardan mudas la flor suprema, que llegó á lo sublime sin perder la elegancia, indiferentes al clarín de su fama, á los ritmos sagrados, al tesoro de las rimas, á la pasión de los héroes vibrantes en conjuntos perfectos de arquitecturas melodiosas.

Ikreen se alejó. Las tumbas de abajo, en vez de subir, se precipitaban á invisibles abismos. Cual sacudidas por cósmica fuerza se entremezclaban cruces, ángeles, obeliscos, pirámides, losas, parterres de flores y vegetaciones salvajes. La simple naturaleza y la previsión humana habían hecho crecer las hojas, evitando el despertar de los muertos con la música adormeciente de sus murmullos... Semejante á sombra luminosa entre las ruinas, veía el joven al Cristo de una leyenda. « ¿Por qué lloras? », dice á un hombre, que responde: « Cómo no he de llorar, Señor, si me devolviste la vida ». ¡Ah! que descansen los dormidos, ya que no han de traer al mundo otra alma. Sentía no añadir, al aliento del reposo, la fe absoluta y no esperar la resurrección de Winnie, en éxtasis como los ángeles tumbales, que se volvían de

piedra para ser eternos en la esperanza de sus plegarias.

Llegó á una gran calle de plátanos, alameda de silencio y olvido. Un sepulturero, en distantes perspectivas, era la forma real de un sueño misterioso. En un camino, al sesgo, divisábase un jardín de hortensias. Corot sonreía allí con algo de un Voltaire de Houdón que tamizara en bondad espiritual, su ironía mordicante. Al lado, el discípulo Daubigni erguía, bajo frente vigorosa, una nariz aplastada, dos ojos angustiados, y una boca contraída. ¿Qué le decía la Parca, ó qué recuerdo le había dejado la existencia? El pórfido negro de un sarcófago interceptaba el sol; las hortensias quedaban en la sombra y los epitafios en la claridad. Dominábalo todo, el obelisco del conde de Valence, de inscripción ilegible, sobre un pétreo manto de Malta. Y no cantaban las ranas de Corot, que él perseguía en los campos, sabiendo que indican agua, y que donde hay agua, hay belleza. No se veían los horizontes profundos con luz que casi se toca, dando á los árboles una personalidad de seres, que ofrecen, en atmósferas de suaves glorias, regiones de amor y de ventura.

Nada de eso; y, por contra, una sierra cortaba

mármoles y, en los chirridos agrios y hostiles, parecía sonar la herrumbre de las puertas de hierro. Luego, el picar de un cincel en una losa. La muerte, en esa forma, producía vida. Vida de rumores para inscribir un epitafio, que mañana no se leería, como el del conde de Valence. Los gusanos, con menor estrépito, operaban ya la destrucción definitiva, germen de renovaciones anónimas. Y el marmolista, calentándose al sol, sobre la lápida fría, destacábase, vestido de blanco, entre verdes arrayanes, como un Pierrot sarcástico, que se mofara de esas cosas sin importancia. ¡Pobres hombres!

Huyendo del ruido, Ikreen se encontró en un reino del siglo XVIII, de templetes dóricos, jónicos, corintios. Á uno, abandonado, semejante al de los Trianones, las parasitarias, desde el techo, le tejían cortinas. Quién sabe qué solitario espectro borraba, en las noches, con besos fieles, el nombre de la losa, mientras la hiedra, en aquel templo del Amor convertido en sepulcro, murmuraba que es en verdad el Amor más fuerte que la Muerte.

Una calleja cortada y otra grande. Las ramas secas, en lo alto, acompañándose en la desolación invernal, enzarzábanse sin poder aprisionar el cielo lívido. Los verdines daban á los troncos brillos

intensos de líquenes. La humedad de la tarde formaba sobre esas grutas quiméricas neblinas ligeras. Y cerrándose la alameda como claustro de ritos más inexplicables que el hombre, la figura de un visitante que se alejaba, se ennoblecía con un gesto de adiós melancólico... Ikreen penetró en otro laberinto. Línea regular de cactos sobre urnas alineadas, ángulos de muros, salientes de sarcófagos, pies de estatuas; aquí, el ala de un ángel sin cuerpo; y allá, la caída de una hiedra sin sostén; en el fondo, el brazo de una cruz oculta; después, fragmentos de verjas; pero adelantaba, y aparecía el ángel pensativo, la cruz plena, el árbol con la parasitaria, el panteón íntegro. No eran despojos de una ruina, sino miembros de un imperio de la Esfinge. Luego, el claro de un rincón de campaña. Crecían los musgos, florecían las margaritas: sólo faltaba el humilde templo sobre aquellos muertos; y entre las pobres cruces, de los realmente enterrados, alguna rica ánfora, dando agua á los mirlos, les hacía cantar entre las tumbas.

Abajo, de nuevo la colina ondulaba, cubierta de panteones. El Père Lachaise, pensaba el joven, es el París de los cadáveres. Como la ciudad ostenta sus hoteles contemporáneos, el arco napo-

leónico, su Nôtre-Dame medioeval, su puente Enrique IV, sus palacios Regencia, sus alrededores; tiene el cementerio sus modernos sepulcros, sus templos del Amor, sus monumentos góticos, sus apoteosis del Imperio, sus bosques salvajes, sus parques geométricos, sus campos santos de aldea. Pero este París del silencio, frente al París del ruido, no tiende los tentáculos de un fantástico pulpo, para apagar sus rumores. Recibiendo bullentes ríos, acrece con el clamor su lago mudo, y confunde los siglos animados en inmovilidad augusta! La ciudad santificada por la muerte, agregaba Ikreen, es la más gloriosa; y sentía, en la confusión de sus hálitos, las voces de todas las formas del pensamiento. Otra colina ideal se elevaba en su espíritu; altar de la acción y del ensueño, donde se sacrificaba á un Dios creador como en las visiones de la Biblia. Inmolábanse toros y palomas, corderos y águilas: la sangre de la Gracia y de la Fuerza, entre el incienso humeante, cubría aquel monte de paletas, de liras, de espadas, de plumas, de cinceles.

La hora de queda se aproximaba y era inútil querer marchar como un muerto, insensible. Un dolmen bretón lo detuvo con un busto ensom-

brecido, entre ramas de muérdago. ¡Allen Kardec! Helo ahí tan impotente cual todos los cadáveres, después de perseguir sus secretos. Un paso más, y en un minúsculo frontón de templo jónico: Nodier. ¡Ah! los primeros recuerdos del romanticismo, el Arsenal y su bibliotecario cantado por Musset:

> Chacun de nous, futur grand homme,
> Ou tout comme,
> Apprenait plus vite à t'aimer
> Qu'à rimer.

Hoy los ojos del cuentista expresaban hastío de sombra, bajo la frente que tocaron los dedos de las hadas. Y el silencio lo amortajaba delicadamente para evocar que lo combatiera en vida con las armas de su charlar brillante.

¡Michelet! Sobre un lecho pétreo aparecía el gran escritor. Clío, envuelta en gasas ligeras como alas, levantaba su sudario hasta las nubes, en que inscribía, con cincel de luz: *L'histoire est une résurrection.*

Su resurrección dejóse llevar más por las sensaciones que por el análisis; más por el sentimiento que por el juicio; más por la fantasía que por la verdad; pero con tal ímpetu alucinado,

de color y de fuego, que resulta siempre bella. Recordándolo quizá, la musa se elevaba ágil y gozosa entre la emoción del ritmo y del verbo. Á sus pies, varias plantas, sin flor y sin hoja, referían la crudeza invernal, y una ánfora arrojaba su agua esculpida, estéril como el mármol mismo.

Al otro lado, imponentes, un cubo y una pirámide, levantaban maciza cruz sobre dos mujeres, petrificadas por la humana amargura ó por el espanto del misterio. No ostentaban inscripciones ni nombres; era la tumba anónima, el hogar inviolable, la fortaleza contra el sol y la vida. La tarde, expirante, se asilaba en su seno: la Parca, insomne, afilaba la hoz en su piedra igualitaria.

El panteón de Morny, con sus corceles y sus candelabros, erguía la corona ducal y el lema: *Pro Patria et Imperatore.* Los oropeles de la época desvanecíanse en torno de la elegancia del dandy, vuelta podredumbre. Flotaba allí tristeza más densa que la de los oros calcinados de las Tullerías, cual si volase la ceniza del palacio bajo las lluvias del Tiempo... Aun clavado por invisible garra, se detuvo Ikreen ante otra tumba. ¡Oh! el relámpago que iluminaba las cumbres más altas del Ensueño, y los abismos más profundos de la

Vida! ¡Ah! la convulsión de genio que, entre idilios y catástrofes, forjó lo ridículo, lo sublime, lo angustioso, lo alegre de la Comedia Humana. Abajo, dos ánforas, la cruz y un volumen; arriba, el busto. La frente echaba á los hombros las melenas de león, peinadas por el viento de las tempestades. Su máscara, que amasaron las pasiones, las grandezas y las decrepitudes, los vuelos y las amarguras de su obra, esperaba una racha de fiebre para estremecer sus fibras y relanzar las imágenes envueltas en carne y nervios.

El horizonte, sonrosado entre los árboles obscuros, lo esculpía con un toque de luz, cual pensando en inextinguible aurora. Y Balzac, como si hubiese completado su séptimo día y encontrado bueno lo hecho, alababa el reposo, después de llamar al genio, forma de martirio... Sonó una campana; Ikreen apresuró el paso; flanqueó la columna del Recuerdo, y llegó á la gran meseta. París, al pie de la colina, detenía su mar de casas en la ribera de sepulcros. Lo cubrían nieblas sutiles que los caños de las fábricas, en centenares, reforzaban; la ciudad parecía, por sus respiraderos, disolverse en humo. El Panteón en un punto, y los Inválidos en otro, presidían, con sus cúpulas,

el bullicio; y eran dos túmulos erguidos cual dos faros. Así, el cementerio prolongábase dominante, mientras Carlos se decía: Emperadores, generales, poetas, artistas, filósofos, si han dejado memorias de sus acciones y estelas de sus espíritus, no han podido resucitar nada de ellos. ¿Qué, entonces, para los pasajeros obscuros, en la gran cavana, hacia la fría soledad y el eterno silencio?

La noche se le antojaba divinidad piadosa. El leve rumor de un macizo de magnolias acariciaba sus ideas, náufragas en la disolución de sí mismas. Bajaba la colina con el gusto del reposo en las venas; creía sentir en el ritmo de su sangre la paz de las cruces. Las acacias, estremeciéndose, murmuraban: «hasta pronto»; una nívea paloma, aleteando en el ramaje de un ciprés, lo saludaba cual pañuelo movido por el alma de un espectro.

Los céspedes descendían, cubriendo, ondulantes, la caverna de Bartolomé. Eva y Adán penetraban con sus hijos de carnes convulsas; realmente, siguiéndolos iba el Día. Ignorábase si querían petrificarse y no sentir más, ó precipitarse y acabar, de una vez, en el abismo de la sombra. Aun vió Ikreen la Gloria blanca, que escribe en

una roca el nombre de Falguière. ¡Para qué esculpir la belleza inmortal que no verán siempre nuestros ojos mortales?... Aun vió el cuerpo, en bronce, de Faure, sobre el granito negro. ¿Para qué gobernar los pueblos con honradez si nuestra muerte puede encubrir la sospecha de un crimen político?... ¿Y para qué dar fiestas de matiz y luz al teatro más rico del mundo? El joven veía la musa de Baudry, que coronaba al artista, mientras una mujer lloraba al hombre... ¿Y para qué adorar el tumulto de las calles, la elegancia de los salones, el amor, los versos, las flores? Arsenio Houssaye, envuelto en su gabán broncíneo, decía á Le Bas, tendido bajo la visión de su obelisco: «Los coches cruzan la Concordia; Nöel agita la ciudad; y nadie se acuerda de nosotros»... ¿Para qué remover ideas y, no contento del hombre, perseguir las fuerzas y escrutar los astros, si el viaje acaba en el mismo enigma? Arago disimulaba su busto obscuro en el negror de una acacia... ¿Para qué convertir el alma y la tierra de un pueblo en árbol armonioso de hojas heroicas, de hojas de risa, de hojas de plegaria? En grandes letras de oro se leía sobre un sepulcro: «Rossini»... ¿Y para qué librar los

desgarramientos del corazón en apóstrofes, infundir regocijo á las máscaras, y hacer del ensueño exaltante la cuerda que nos ahorca? Musset palidecía bajo la rama de un raquítico sauce... Ikreen alzó los ojos, y más allá de las puertas del Père Lachaise, y más allá de París, y más allá de la tierra, vió el Sol. Caído en el horizonte, sobre griseo velo, fulgía como entre el plomo evaporado de un ataúd. En el centro de esa nube, menos brillante que un rubí, más vivo que una cereza, evocaba el cristal de moribunda lámpara; y su fuego, dulcemente, adquiría voz, y en su lumbre se elevaba una plegaria: « ¡Felices de los hombres que tienen un cementerio! ¡Unidad infinita, supremo Creador, oye á tu siervo, principio de tu fuerza, esencia de tu alma, ropaje de tu pensamiento! Tú eres la Vida y yo soy tu hijo. Los planetas, cuando me aproximo, se visten de verdores. Substituyo el fuego en los hogares; la inteligencia vive de mi calor; el espíritu se exalta con mis centellas; soy, en el fruto, fecundidad; y en los paisajes, hermosura... Y el hombre no se cansa de mí, porque tú, Señor, imaginaste la noche.

Me voy y los seres, fatigados, duermen: yo, eternamente despierto, brindo á los otros mundos

el esplendor de la mañana. Y harto estoy de mi lumbre. Mi perenne poder me hastía: yo mismo engendro mi hogar de rayos; soy más que todas las auroras; soy mi inmortal mediodía. Ni una penumbra apaciguante: me consumo, sin consumirme, en mi llama. ¡Oh los amables crepúsculos que creo, sin querer, y en que no me baño! ¡Oh las melancólicas lunas que creo, sin querer, y que no calman mis ardores! ¡Oh la divina sombra, de que no disfruto, pues la disipa mi presencia!... Si no puedes apagarme, por no matar á los hombres, haz que un astro más poderoso me dé su lumbre y me procure la noche; oye, Señor, mi súplica: ¡quisiera sacrificar mi gloria por un instante de sueño!... »

Ikreen se estremeció cual si la necrópolis, subiendo hasta el espacio, fuese á recibir un cadáver de lo infinito!

En la puerta tomó su coche y llegó á la plaza de la República. Se encendían faroles y vidrieras. Los aires se llenaban de letreros fantásticos. Era el salto de un desierto de arenas y de su silencio

de tumbas á un mar de festivas góndolas y barcas de labor entre vientos de júbilo. Sirenas, hipocampos, leones, corceles, giraban vibratorios en torno de los broncíneos órganos, y arrastraban, en su vértigo, niños, mujeres, hombres. Las serpentinas lanzadas de sus órbitas iban hasta las montañas rusas. Allí abrían la feria: valses en silbos, regueros de lumbre, estrépitos de cornetas, imágenes en movimiento. Y mercados de frutas, exposiciones de flores, fábricas de copas, barracas de juguetes, circos de gimnastas, teatros de títeres, tiros al blanco, se dibujaban á través de los vidrios del coche, que, con las ideas de Ikreen, proyectaban las sombras del cementerio.

La gente caminaba en interminables tumultos; estacionándose en las estrechuras, acrecía la nervosidad gozosa. El joven recordaba las palabras de Mrs. Sipson sobre las fiestas de Nöel. Sentía el soplo de los espíritus agitados por la invisible esperanza. Una voz susurrante unía el eco de todos los corazones: « La ilusión te llama: no se puede recorrer el bulevar con alientos fúnebres ». Ir como un sonámbulo, abstraído, detenerse como un cadáver animado, era exponer el propio dolor á la ironía de las turbas. En la Puerta San Mar-

tín, las barracas se encauzaban en las aceras; la muchedumbre se oprimía, sin desbordarse; los letreros se multiplicaban en el espacio: debía descender un ángel de cada estrella á iluminar por fantasía los anuncios de la Babilonia cristiana. No fulgía la nieve. El viejo del Norte, ante la evocación del Oriente, no traía la sombra de sus abetos entre sus bendiciones para los hombres, y sus regalos para los niños. En la humedad nocturna y en el aire sereno, el vaho de París llenaba los ámbitos con su fiebre cundiendo en lumbre. Todas las iluminaciones formaban un solo resplandor, que subía como una gloria, tendiéndose sobre las bohardillas como un palio... Ikreen llegó á su hotel. Aunque extranjero en medio de la multitud, el roce de los sentimientos excitados y el vibrar de un oculto resorte de vida, lo alejaban de su tristeza inspirándole un deseo de resurrección.

El conserje le entregó una carta, de letra desconocida y, con curiosidad, allí mismo la leyó. «No puedo olvidar — le decían — que, en Río Janeiro, en una mañana de niebla, muy diferente á ésta, del Janículo, en que el sol baña mi papel, me alejé del *Araguaya* bajo una mirada simpática.

El pasajero que allí quedaba, no era el pasajero que nos codea y se va, dándonos cita en Josafat: era quizá lo tan precioso y tan difícil de encontrar: un amigo... Mi vida va á tomar otro rumbo, y no le olvido, desde que le escribo. Los reyes magos me ofrecerán un poco de mirra, y no me atrevo á añadir de incienso. En cuanto al oro, lo desprecio y no entra en mi cálculo. Todo esto quiere decir que canto en el Costanzi de Roma, el 6 de enero, el *Mefistófeles,* de Boito. Dejo, pues, definitivamente la comedia. El clima argentino y el Brasil me han curado radicalmente. ¿Sería atrevimiento, y mucho pedir, ver á usted entre los generosos que en la sala formarán mi *claque?* A los Reyes *l'ardua sentenza,* como decía de la posteridad, no sé qué poeta. Un buen apretón de manos antes de volver, llena de entusiasmo y de miedo, á mis escalas.

ROSARIO SALVATORE. »

Ikreen leyó la carta varias veces. Lo regocijaba que la artista no hubiese recibido la suya. Así tenía la certidumbre de la espontaneidad de su movimiento. Se volvió á la calle. Quería mezclar á los hombres algo de su íntima sacudida. Los le-

treros lumíneos en el espacio no tiritaban de frío; derramaban calores. Las vidrieras ardían con un espíritu de inteligencia. El árbol de Nöel pasaba á su espíritu las raíces de su fecundidad alegre. Los coches aumentaban. Á través de los cristales, vislumbrábanse las cibelinas, los terciopelos, las chinchillas, los zorros; y los rostros, en los ambientes tibios, cruzaban misteriosos, bajo la elegancia de los sombreros. Los lacayos abrían las puertas de esos estuches, frente á las ventas del bulevar, de la Avenida de la Ópera, de la rue de la Paix: todo París, antes de las reuniones de familia, y todos los extranjeros, antes de sus citas en los restaurantes, se agolpaban en los negocios. Desde Marquis á Boissier, desde Hamelin á Boucheron, desde Guerlain á Charvet, desde Drecol á Paquin, la multitud proclamaba la definición de la capital: « el infierno de los maridos, el purgatorio de los caballos, el paraíso de las mujeres ». La luz de las vidrieras dividíase en ríos en las calles laterales, y en arroyos en las menos visitadas. En el centro, era un torrente que arrastraba pergaminos, sedas, rasos, esmaltes; en acuarelas, en puntillas, en cinceladuras, en bordados; sobre bomboneras, de todos los estilos, que confundían

todas las edades: arrastraba orquídeas, rosas, anémonas, violetas, con ecos de bosques y de jardines, mezclándolas al ambiente de los salones entre las flores artificiales de los tocados: arrastraba perlas, diamantes, amatistas, rubíes, ópalos, enredando destellos de sol y de luna, de sangre y de nieve, de mar y de cielo. Y á joyas, vestidos, sombreros, bomboneras, añadía frascos de aguas de oro, de aguas de rosa, de aguas azulinas, cual si el alma vibrante de París, además de un gusto, un color y un brillo, debiese tener un aroma.

La muchedumbre se perdía en las calles transversales, volviendo con las frutas, los pasteles y las aves, de las tiendas coronadas de muérdago. Ikreen siguió sus vaivenes y entró en las Galerías. El palacio Lafayette concentraba las Mil Noches para ofrecerlas en la última Una, á los femeniles enjambres que, entre trapos y cintas, bogaban como cisnes en su elemento. Pero iba siendo imposible circular, y la colmena, estacionaria, hervía con más tumulto. En el gran *hall,* á lo largo de sus tribunas, deshacíase el blancor ideal de un universo de nieve. Troncos giratorios desflocaban espumas en dibujos y encajes, en filigranas y bordados: eran veletas fascinadoras ofre-

ciéndose al viento de todos los bolsillos; eran las willis legendarias, no danzando ante los paladines, sino arrastrando á las mujeres con la fiebre de los deseos. Y sobre ese fondo palpitante de alburas, resaltaban mejor las flores y las guirnaldas de faroles, que partían á vestir las arañas, y el árbol central bajo la inmensa bóveda. El gigantesco abeto lucía más juguetes que hojas, y los ojos de los niños brillaban más que sus reverberos.

Dejó exclamaciones infantiles, gritos de empleados, susurro de telas, rumor de ascensores, trajín de escaleras y salió, Ikreen, sofocado á seguir la marejada. Al Louvre lo estremecía igual excitación bullente de hormiguero. Los pisos aplastados, las graderías estrechas, las poleas volantes que izaban hombres y mujeres, en la tienda más antigua lucían, sin embargo, un espíritu más moderno. Globos y aereoplanos alegraban el ambiente con los colores de sus tafetanes, de sus hélices, de sus barquillas. Y en líneas fantásticas de acuarios, los peces fosforescían, en las transparencias platificadas de oredecidos chispeos: así, la esperanza, vestida de matices, parecía conmover hasta el fondo de los mares y emocionar la plenitud del

espacio. El joven encontróse de pronto, entre montañas de sombrillas, abiertas al sol de los felices augurios, y se echó á la calle, en dirección al museo. Y creyó que en el otro Louvre, las Venus, las Ceres, las Junos, las Minervas, cambiaban sus túnicas ó su desnudez triunfal por los trajes modernos, alabando las elegancias del siglo. Cruzó el Sena y miró las luminarias: la Samaritaine y la Bonne Jardinière formaban hogueras sobre el incendio de la alegría. Esquivó el tumulto del Petit Saint-Thomas: una red de coches y un asalto de peatones le anunció el asedio del Bon Marché; lo invadían los mismos anhelos y las mismas expectativas venturosas.

Los abanicos formaban su pórtico. Las Francias de Enrique IV, de Luis XIV, del Directorio, del Imperio, de la República, se asomaban en balcones frágiles de sedas y varillas, prestas á vibrar con gracia sobre los pechos palpitantes. Realzando escaleras, huecos, muros y ennobleciendo el ambiente, las suntuosas perspectivas de una decoración oriental, evocaban con sus tapices, mezquitas y harenes; pues, sensaciones de sensualidad pintoresca, en las riquezas del color y en la molicie de las tramas, fundíanse al aliento religioso

de perfumantes cortinados. En medio de la balumba á que daban marco, se erguía una colosal pajarera. Desde el faisán al ruiseñor, y desde el mirlo á las aves del Paraíso, la fauna alada desplegaba sus plumajes. Ejemplares maravillosos, con voces de metálicos registros, parecían ciertos, y en la algarabía de los arpegios corría la respiración de los bosques.

Flores, aves, abanicos, tapices, sombrillas, joyas, todo el vestido y todo el ornato de París en fiesta, se puso á perfumar, á resplandecer y á cantar, en el escapado de las sombras. La evocación del Pére Lachaise lo estremecía como la lúgubre colina de un mal sueño. Y pensaba: «la muchedumbre hace bien en esperar algo nuevo del nuevo año. La estrella del Oriente, en el fondo de los espíritus, fulge como en un pozo de leyenda. Saludemos el filtrar de sus rayos: mecen la esperanza, suavizan las miserias y alejan los dolores. Desde que no se puede voluntariamente golpear las puertas del sepulcro, busquemos ese reflejo en nuestras propias fuerzas». Y al sentir su carta, la imagen de Mrs. Sipson sonreíale en lejanía redentora. «¡Sí! — proseguía — la Ilusión es necesaria al conductor de pueblos como al humilde

obrero, al gran poeta como al ente rústico. Ya que no se alcanza un fin absoluto, quimera inicial del corazón, débese perseguir lo relativo que lo disfraza: gloria, familia, amor, acción, ensueño, lo que sea, dicen ilusionando, que el hombre antes de morir, tiene derecho á un poco de ventura. »

LA VOZ

I

Ikreen acababa de entregar su equipaje y se encaminaba al hotel. Volvía á Roma. Sentía el aliento misterioso de su grandeza material muerta y de su potencia espiritual viva, con lo indefinible de su encanto, cual si la ciudad fuese un museo, en que la casucha más leprosa tuviese el valor de una piedra del recuerdo. Y esa palabra: Roma, talismán del sortilegio, «sésamo, ábrete» de un mundo, la acariciaban en lo íntimo de su ser, el cristal de las aguas, la elegía de las ruinas, la voz de los templos, la nobleza de los palacios. Cruzó la plaza de las Termas y saludó la fuente, y su cortinado fúlgido, mientras el chorro central, cáliz triunfante, se lanzaba de la armónica corola. Oyó el repique de una campana, dando á sus notas las transparencias del aire: venía del templo que encierra la Teresa del Bernini, desmayada de amor bajo la flecha del ángel. La bienvenida de

Roma en el día de los Reyes no ocultaba tristezas, en el murmurio de sus espumas, ni en el estallido de sus bronces. La ilusión resplandecía en las cosas. Al pie de las grandes columnas se detuvo á oir cantar á un mendigo. Un perro vestido de bersaglieri hacía la colecta. La voz de la miseria modulaba melodiosa una siciliana. Ikreen echó monedas en el casco empenachado. Las mujeres mostraban singular aire de simpatía, ante el sol y el regocijo de la tarde. En sus ojos reflejábanse destellos de la hechicera Befana, que lee las cartas anhelantes de los niños bajo la estrella de Belén; de la invisible reina silenciosa, que desciende los regalos por la misma chimenea que dejó escapar en su fuego el humo de muchas ilusiones. Y llenas de gracia en sus festivos trajes aldeanos, las vendedoras de violetas recibían al extranjero como á un conocido. ¿Le adivinaban el placer de sentirse en la Ciudad Eterna? Compróles varios ramos, y aspiró en el perfume toda la emoción del arribo, cual si Roma, inmensa, se volviese flor diminuta.

En el Quirinal le dieron un cuarto sobre el jardín. Vió los naranjos de siempre y el hilo de agua. Más allá de la reja, entre las ramas escue-

tas de los altos árboles, la fachada del Constanzi, en otra época, indiferente, lo estremeció como un ser vivo. Media hora después buscaba, en los corredores del teatro, el camarín de la Salvatore. Le hicieron saber la imposibilidad de pasar y en el vestíbulo encontró á Guicciardi. Se abrazaron como viejos amigos. Luego hablaron del acontecimiento. Rosario estaba en un estado lamentable. Sin irse, después del último ensayo, esperaba la noche, metida en cama. El tío no dudaba del éxito, pero exigía, en el tercer acto, mayor inspiración. Sabía, por ella misma, que había escrito á Ikreen; su falta de respuesta le había hecho creer en su ausencia de París. Luego el mismo le arregló una entrada para el palco de la Monti; y lo dejó en el hotel, muy nervioso; el pasajero del *Araguaya* había perdido la cachaza que fuera objeto de tantas inocentes bromas.

En el comedor del Quirinal, bajo lámparas rosadas, y orquídeas artificiales, en inglés, en francés, en alemán, oía más tarde Ikreen el nombre de *Mefistófeles*. Todo el mundo alababa á Chaliapine, y pedía datos sobre la debutante. Los que la habían oído en alguna comedia, hablaban de su hermosura. En la mesa próxima, una señora de

edad, menuda y pintada como una muñeca, relataba á sus amigos, con precisión técnica, las interpretaciones de la Theodorini y la Borghi-Mamo.

Estas cantatrices recordaban á Carlos noches lejanas de su niñez, cuando en el viejo Colón, de Buenos Aires, como premio á una nota de colegio, pasaba los sábados en el palco de su familia; se interesó, y preguntó al *maître d'hôtel* quien era la crítica. — Señor — le respondió el grave personaje, especie de empresario arruinado, con gesto que significaba el escándalo de tal ignorancia — « nuestra divina Patti ». *Sic transit gloria mundi.* Ahora se veía Ikreen en el Politeama, gritando, ya adolescente, como todo un público, ante la Rosina, que acababa de sacudir el cascabel de aurora, de la inmortal primavera del espíritu italiano.

— Para mí — decía, en otra mesa, un parlanchín, de acento francés — la originalidad del *Mefistófeles* está en que el tenor no adorna la frente del bajo. ¡Ah! esa bronca voz, destinada á desear eternamente un divorcio trágico. Una noche que Catulle Mendes buscaba algo original, le respondí: escriba una ópera en que el bajo le sople la dama al tenor y haga morir de celos al barítono.

La orquesta del hotel atacó la marcha del *Tannhauser*. Ikreen, mirando conversar á la Patti, volvía á recordar las comidas apresuradas para correr á oirla. ¡Qué diversas emociones! El placer de encontrar á la Salvatore se mezclaba á la ansiedad de su estreno, que sabía rudo y angustioso. Llegó al teatro cuando la capa de Mefistófeles envolvía á Fausto, camino de la nube volante:

Pur ch'io distenda
Questo mantel noi viaggerem sull'aria!

La sorpresa de la Monti fué grande. Guicciardi no la había visto; ignoraba su arribo. Expresión burlona le asomó rápida; pero, delicadamente, cambió de idea: « Quiere usted sufrir y aplaudir entre sus compañeros de viaje; bravo». Le presentó á su madre y á sus amigos. Los Caprara trabajaban en Génova. Ella se había venido con Guicciardi.

La sala estaba llena; para un habituado de los teatros, bastaba sentirla sin mirarla: sobre las conversaciones agitábase la fiebre de una curiosidad en que se juega un destino. Y se comentaba á Chaliapine: en su desafío á las falanges angélicas y en su diálogo con Fausto, había dejado la im-

presión de un rey sarcástico y de un diablo espiritual; salamandra mefistofélica de Goethe, que forjada en los alambiques de Voltaire, añadía á la música una sensación literaria que lo hacía más grande que el marco.

Ikreen miró los palcos, ayudado por la Monti, y él mismo encontró figuras conocidas de otra época. En el centro del club de la Caccia, el octogenario conde Creppi, llevaba sobre el frac la tradición del imperio francés y la de la Roma de Pío IX. Más allá, la vieja condesa de Benomar con los adjuntos de la embajada española, y Barrère con la embajada francesa; y Muñoz, y Moreno, amigos de Montevideo y Buenos Aires. Luego, la legación del Brasil ante el Papa, que sacó por la fina, aristocrática figura del poeta Magalhães de Azeredo; y en torno del conde Primoli, un estado mayor de artistas. Volvió á ver á la Patti. La Monti le señaló el perfil de una Colonna, trasunto perfecto, después de tres siglos, de la princesa Victoria. Y entre las italianas, arrogantes y pálidas; las francesas, menudas y gentiles; las inglesas, escuálidas y severas, lucían las norteamericanas colores, joyas y tocados, con su aplomo de propietarias de todos los teatros cos-

mopolitas. En las alturas bullía el pueblo que sabe las óperas de memoria; y en la platea se notaba la crítica de los diarios y revistas, con la etiqueta de sus corbatas y gestos.

Cuando se levantó el telón, Carlos pensó, alucinado: ¿Cuál es la Margarita que pasa?... Los dos grandes ojos negros brillaban bajo el esplendor de los cabellos rubios. En Alemania, la belleza bruna y pálida de Winnie de Lissemberg, se antojaba exótica, cual si tuviese sangre judía. En Italia, estaba en su patria; mas, el pelo de oro la volvía á las orillas del Elba. Ese detalle, iluminando el prestigio del jardín rústico, le extraviaba el espíritu entre las fiebres de un sueño. Y resurgió para desaparecer; pero esta vez el fantasma había cantado. La realidad estallaba como un meteoro, envolviendo á Ikreen en su reguero de chispas. Chaliapine se había transformado en hombre de mundo; socarrón, al cortejar á Marta. Y sus muecas, notas mudas, sonaban como las armoniosas; y cuando, perdiéndose, dió paso á los jóvenes, se oyó una primera pregunta extraña en la voz de Margarita:

Dimmi se credi, Enrico, nella tua religione.

Sin decirse que otro conocido suyo, el tenor

Marconi, replicaba, sintió Carlos en los labios ajenos la emoción de su alma.

Non vo turbar le fedi—delle coscienze buone.
D'altro parliam; darei—per chi amo, fanciulla,
Sangue e vita.

« No » —respondía la doble visión de Winnie y Rosario, con el misterio de la tumba y la claridad de la tierra:

Non basta. Creder bisogna, e nulla
Tu credi, Enrico.

En las explicaciones del galán, en sus angustias, en sus acentos apasionados, en sus palabras de fuego, latía la sangre de su propio corazón, presta á transfigurarse en canto. Luego se estremeció. La voz de la Salvatore no se tendía cual la voz de una mujer: vibraba en sus fibras la ilusión humana: impalpable como el sol y el viento y real como su luz y su fuerza. Así, los ecos de Winnie, resucitaban en triunfo. Aquellas notas le rozaban con caricias sensibles: su ser, tirante, como un arpa, en atmósfera de ebriedad, coloreándose como las rosas del jardín, mecíase en la ardiente melodía.

El acento continuaba:

Dio clemente, nuova, ignara,
Son del mondo e dell'amor.

Y á su vez, Ikreen, vasallo del sortilegio, y libre de la cárcel de la sombra, halló la reconquistada primavera del mundo. Y cuando tras el *crescendo* del júbilo y de la risa, prorrumpió el aplaudir de las gentes, no comprendió lo que exclamaba La Monti: «Muy bien, muy bien, mas se le ha conocido el sústo.»

Aveva paura — repetía el público. Pero se había estado en presencia de una de esas voces que funden corazón y alma, metálica y límpida, con un acento lejano. Albergaba, en sí sola, los transportes de Julieta, los dolores de Desdémona, las idealidades de Ofelia, y digna de Shakespeare, congregaba en su son el nombre de sus heroínas. Se había perdido un tanto, insegura, ante una posible tempestad: ahora arrojaba en el teatro intensa expectativa. Presentíase el misterio que remueve angustias, gozos, ímpetus de amor, y arrebatos de indulgencia; entre el anhelo de grandes acciones y el respeto de grandes virtudes: la abnegación, la santidad, el heroísmo. Presentíanse los sentimientos que, según el estado de cada espíritu, se avivan y se enaltecen, sin armonizarse,

á menudo, con la naturaleza del canto. Ese destello emergente de la nota, único, y vuelto, en las almas, múltiple: flecha que tiene su arco y sus alas en su propio acento. Esa piedra armoniosa que rompe las aguas de las multitudes en círculos: donde los unos, exaltados, persiguen el cielo para volar con sus nubes; los otros, dolientes, la profundidad para olvidarse de sí mismos; los otros, amantes, las riberas para buscar la esperanza. Presentíase la voz impenetrable que produce el rayo, sin que se defina su flúido: la voz que estremece sin que se sienta su brisa; la voz que respira como Adán en el Edén, y muere á sus puertas, de nostalgia inconsolable; la voz que nos da la conciencia de la divinidad y la emoción más reveladora, por un instante, que la idea, aunque nos precipite tras su vértigo en la sombra; la voz enigmática, moneda invisible de caras inefables, con el júbiló y la risa en una, y el dolor y el llanto en la otra; la voz que vence el color, el mármol y el perfume, en fuerzas de infinito; la voz plasmante, inmaterial, que sobrepasa los sentidos y nos abre un reino de absoluto; la voz dispersa en las fuentes, en los vientos, en los pájaros, en el mar; la voz que concentra la huma-

nidad en un grito y que, cual los astros, canta, superior al hombre, con el fuego del sol y la melancolía de la luna... Y ese misterio de toda la naturaleza, y de toda el alma, sensible en un hálito, era la voz de la Salvatore. La multitud lo había comprendido; Italia, bajo su cielo azul, iba á tener un instrumento más, de su genio, entre el rumor de sus fuentes y la eterna savia de sus laureles.

Carlos seguía á la Monti, á través de los corredores, que costaba atravesar: penetraron en el escenario. Las cavernas y los picachos se movían en torno del Brocken de cartón. Los linterneros ensayaban la luna sobre el cielo gris; un hombre, en mangas de camisa, agitaba, en la punta de un alambre, los macabros fuegos fatuos.

Ikreen, habituado á estos preparativos, codeándolos aun, podía declararse la insanidad de las alucinaciones; pero más allá de la rampa, había recibido, esta vez, el golpe de la ilusión, que para resucitar, enceguece. Dos maquinistas, jurando á gritos, se lo llevaron por delante al empujar una caldera: un cabo de coros envió un certero puntapié á un *stregoni*, que no limpiaba bien un globo de vidrio.

Ecco il mondo
Fa carole
Sotto il sole
Ora sterile or fecondo.

Guicciardi recibió á los amigos. La crítica llenaba el camarín.

Aquellos hombres olvidaban sus rencillas, sus rencores, sus envidias, todo lo que fermenta en las letras cual hongos de ponzoña, para alejar de los grandes anhelos del arte; y unidos proferían una sola recomendación: «fuera el miedo». La envalentonaban con un fondo de interés por no privarse de lo que el esfuerzo prometía. Sonaron las campanillas: se repitió en todos los rincones: «á escena». Pasaron coros y bailarinas, pellizcándose: de cerca, antojábanse tristes larvas, las que, en el prestigio de los telones, son radiantes mariposas de la fantasía.

En Ikreen, el entusiasmo hubiera empezado á decaer si no lo sostuviese la nervosidad: los críticos se precipitaron: en el fondo nebuloso, la gigantesca silueta de Chaliapine ayudaba á subir á Fausto. Debían ocultarse en la más alta roca, para descender al valle. El maquinista retiró la escala, y, encendiendo un cigarrillo, echó al olvido brujas y demonios.

Guicciardi empujó á la Monti. Rosario estaba sentada en un diván. Se besaron. Luego la debutante, dijo simplemente: « ¡Usted, gracias! » La sonrisa compensó al joven de todas sus angustias. Se acordó de una conversación del *Araguaya*, y exclamó: « Tenía usted razón: su canto desmiente la elegía de Musset. La Malibrán no ha muerto. »

Guicciardi intervino: « Es verdad; mas, debe comprender que el público le pertenece. Díganlo ustedes que han estado en la sala ». — « Ya verán — exclamó la artista. — Ya verá, Carlos, cómo voy á reaccionar. Déjenme; necesito cambiar de traje. »

Ikreen, llamado por su nombre, sintió la comunión del peligro, que los hacía estrecharse, casi tutearse, cual si se hubiesen conocido toda la vida.

La Salvatore quedó sola. ¡Ah! el germen del mar, era, sí, la atracción misteriosa. Los ojos de su amigo la habían cubierto de besos. Padecía las emociones de una colegiala, pero ofreciendo al sembrador de luz una tierra estremecida de pasión y esperanza. La falta de respuesta de Ikreen le había producido una decepción, entre

las inquietudes del estreno. El saberlo ahí, le comunicaba una fuerza insólita; comprobarlo, un placer inmenso: saludaba esa fuerza y ese placer como formas palpables de un incendio invisible. La imaginación, después del viaje, había acrecido sus sentimientos. Un minuto antes deseaba una catástrofe que impidiera el tercer acto: ahora quería ya la escena; y trató de pensar en la cárcel, de acordarse del jardín y de creerse condenada.

El palco de la Monti se llenó de amigos. Ikreen fué á saludar á Luis Primoli. Éste, un poco avejentado, conservaba siempre su francés de erres exageradas, y su amabilidad exquisita.

Contaba espiritualmente una aventura de las carreras de Londres: el príncipe de Gales, en la tribuna de la corte, le había tomado por un fotógrafo al ver que con su *kodak* rompía la etiqueta. La emperatriz Eugenia, su tía, se había encargado de hacerle perdonar; pues parece que, con los vivos, los retratos de varios siglos se estremecieron de indignación.

Los músicos empezaron á afinar; la enorme colmena de la sala se apaciguó, y extinguiéronse en el más profundo silencio los grandes focos. Ikreen,

como una sombra, penetró en la sombra de su palco. La voz límpida y extraña, cristal doloroso que tenía un corazón por fuente, repercutía como en gruta sonora. Lloraba sobre el hijo muerto y la madre muerta; y sin cortar el lamento, la Salvatore se irguió sobre el lecho; mostró sus manos crispadas, sus ojos de fiebre, y sus labios con un grito, quebraron su alma, que cayó como una piedra arrastrando el cuerpo. Frenético estallido sacudió el ambiente: cráter de volcán, abierto por el hachazo de la última nota.

La mujer, esforzándose, saludó de rodillas: parecía no agradecer los aplausos, sino orar ante la Musa, que, invisible, la envolvía flotante en su túnica de fuego.

Fausto se presentó:

Pace, pace.
Io son un che ti salva.

Entonces Rosario, realmente Margarita, olvidando el teatro, evocó la escena del jardín. Los mismos arpegios, en un gesto de alucinación, pasaron el calofrío á la multitud. La idea del crimen y de la tumba trajo de nuevo el gemido; pero un soplo de esperanza se llevó riente el ímpetu trágico, y la voz humana vibró con su dejo de re-

mota lejanía, y su timbre sobrenatural de ensueño. ¡Ah! el lánguido murmurio, que moría fascinante iluminando el mar, el puerto de íntima calma, las palmeras y las flores.

La fuga dei liberi amanti,
Migranti, speranti, raggianti,
Dirige a quell'isola il vol.

Mefistófeles disipó el hechizo. Margarita se transformó patética. Las súplicas de Fausto se estrellaron contra su fe en acecho. Había sufrido de un falso espejismo: el diabólico compañero ocultaba la maldición: quería morir...

Spunta l'aurora pallida...
L'ultimo dí giá viene...
A questa moribonda...
Perdonerá... il Signor.

En su acento místico, cada nota era plegaria á través del frío del alba, naciente en los violines. Y no pareció del drama el coro de las tiorbas angélicas: la voz encontraba sus ecos naturales; si hubiera implorado el cielo desde regiones yermas, una nube se hubiese disuelto en lluvia.

Aun se le acercó Fausto; más ella, ausente, ya volaba: *sotto l'usbergo dell'ali divine...* Y se volvió á la tierra: *Enrico, mi fai ribrezzo...* Luego

desplomóse muerta. Mefistófeles arrebató al amante; los carceleros entraban. Tras un momento de silencio, hubo una tempestad. Al remontarse el telón, Marconi se inclinó sobre el cuerpo de la Salvatore. Se veía que la hablaba y Toscanini dejó de aplaudir, diciendo algo en voz alta.

Ikreen y la Monti se precipitaron al escenario: Guicciardi seguía á Chaliapine: el hurcúleo bajo llevaba en sus brazos, cuidadosamente á la artista. La ovación de los coros, con el carácter impresionable de los italianos, se había convertido en silencio aterrador: parecía que pasaban un cadáver. El médico los tranquilizó. Se trataba de un simple desmayo. Se avisó al público que iba á cantarse el epílogo, suprimiendo el acto de Grecia.

Más tarde, Carlos, después de dejar en el coche á su amiga y á la Monti, pensó en la Malibrán; pero ahora, con la angustia de un presentimiento. Rendido de fatiga, no podía dormir. Las emociones, la mala noche de tren, y el tumulto de sus ideas, daban á su insomnio sobresaltos febriles. Resonaba el apóstrofe de Musset:

« ¿Por qué en vez de delirar en el *Sauce,* no te ocupaste, como la Pasta, de llevar bien tu lira?...

¿No sabías, imprudente, que tus gritos insensatos aumentaban la palidez de tus mejillas?... ¿No sabías que es tentar á Dios amar el dolor?... ¿No sabías que tu bella juventud se exhalaba en tus sollozos?... » Y en el alba, en el primer desvanecimiento del sueño, aun oía, como una obsesión, la respuesta:

« Oui, oui, tu le savais, qu'au sortir du théâtre
Un soir dans ton linceul il faudrait te coucher. »

II

Winnie de Lissemberg había resucitado. Venida de Alemania á Italia, y envolviéndose en túnica de armonía, su ensueño desvanecido cobraba la carne, los nervios y el alma de la Salvatore.

La voz de la muerta, semejante, al hablar, á la de la viviente, concluía en apoteosis, y el amor de Ikreen no iba á transfigurarse entre nubes seráficas, sino á explotar en un triunfo terreno. Pero, ¿la artista respondería á su angustia y á su júbilo? ¿La enorme exaltación del teatro, alejándola de aventuras no desviaría el principio de un sentimiento? Así se decía, caminando en la Villa Panfili. Había llegado una hora antes de la convenida. Rosario salía por la primera vez. ¿No había sido para él su primer paseo? ¿Aquella cita no era una prueba? Abandonó la gran alameda en lo alto y descendió al círculo, que coronan vasos y plantas. Las terrazas llevaban al

palacio; y en una suerte de templo, los emperadores formaban legión en torno de Apolo.

Carlos se sentó. El recuerdo de las antiguas fiestas en el ambiente, y la evocación de sus mujeres, inmortalizadas en telas y en sonetos, tenían una caricia sensible, una esperanza real y una promesa que aseguraba: nadie se resiste al perfume de mis rosas... Los rosales crecían al pie de cada busto, de cada bajo relieve, de cada planta. Y luego la piedra tejía una campana de cristal, en que flotaba un iris de luz cambiante. El murmurio suspiraba de placer, al sentir el perfume, y las plantas lo derramaban con ebriedad, al penetrarse de la frescura del canto. El alma de Ikreen se estremecía alerta. Las cosas poseían latidos íntimos, que él encontraba vibrantes; y el exceso de hermosura del encanto de Roma, le enternecía sutil y poderoso.

Se dirigió á la gran fuente. Cuatro cariátides levantaban un plato de alabastro, donde plegaba las alas del Amor un genio de la Muerte. Lo angustió el sobresalto de dos noches antes; pero el aire azul atravesado de sol, tenía tal rumor de vida y tal serenidad de esperanza, que su alma, aspirándolo, fué, al fin, como un murmurio, y como

un perfume. Todas las transparencias exhalaban idéntica gloria. El gran estanque, sobre pilares, lucía cruces de piedra mezcladas en el cristal á las imágenes del cielo. Son, pensó Ikreen, las cruces de los cadáveres de los sueños : mueren, porque el hombre no los puede expresar, y nacen en los reflejos, de los amores de los cisnes con las nubes y las aguas.

Oyó detrás: «Rosas, jazmines, violetas.» Se dió vuelta y marchó hacia Rosario. Un niño agregaba: «La dama es más bella que mis flores». La cantatriz, sonriendo, le pasó una moneda. La cara sucia, casi lavada por el agradecimiento, tenía la expresión del pueblo italiano, ante todo lo hermoso. La madre, acercándoseles hizo aun saludar al chicuelo: «Recuérdala bien, es la señora Salvatore.»

Ikreen exclamó, besando la mano que le tendían: «Hay mujeres que no pueden llevar un nombre de marido. La señora Salvatore, resulta ridículo. Si Beatriz se hubiese casado, ¿quién podría presentarla?: la signora Dante. Y á Ofelia, ¿cómo imaginársela lady Hamlet? Y á Heloísa, ¿cómo llamarla madame Abailard? No; usted es simplemente Rosario.» Ella le oía sonriendo, con sus ojos negros resplandecientes, en la pálida tez; y la voz de

sus labios, que dejaba en sus pausas la sensación de un perfume alado sobre una flor de fuego, se puso á decir: « Estoy contenta. Temí la maldad de los periódicos. ¿Los ha leído usted?»

— Todos.

— Ahora el entusiasmo me asusta. Me van á pedir los mismos acentos. Canté cual otra mujer embriagándome con sus notas. En medio del dolor de mi Margarita, me agitaba un gozo extraordinario. ¡Ah! quién sabe si vuelvo á inspirar ese delirio...

Y mientras hablaba, Ikreen sufría pensando: « Hela ahí, lanzada ». No advertía el joven que, precisamente la ilusión de esa voz había enardecido su alma: y que era menester que la magia del instrumento acabase de enceguecerlo.

— Recibí un telegrama de Boito. Está enfermo y no puede venir á Roma. Espera que iré á Milán. Sí, iré... iremos, ¿no es verdad?

Carlos, feliz, emocionado, le tomó la mano. Ella repuso, retirándola: « Hay gente ». En efecto, una procesión Cook aparecía. El joven sintió el placer de una complicidad aceptada. Hollaban un gran lienzo de césped lujurioso. Las estatuas, saludándolos, vestían sus desnudeces con las sombras

de las palmeras. Los muros de las terrazas echaban hasta los gradines sus mantos de hiedra, y los balaústres, entre los obscuros verdores, tendían sus nieves claras. Los ingleses traían bajo sus gorras, sus clásicas indumentarias. « La Salvatore », murmuró el cicerone. La miraban como miran á las bailarinas de Sevilla, y el reloj ursino de Berna. Un gigante le asestó su *kodak* sin ceremonia. Se alejaron. Alguna turista, para verla, se dió aun vuelta.

— ¡La aurora de la gloria!—exclamó Ikreen.

— ¿Por qué ese acento? ¿Es ironía?

— Simplemente amargura. Cuando el orgullo, inevitable, se apodere de usted, los amigos le serán un accesorio inútil.

Ella hizo un movimiento de protesta; él continuó: « Si yo fuese capaz de escribir un gran libro, de esculpir como Rodin, de eclipsar á Wágner... Pero ser como la multitud, que no tiene en las manos más que la fuerza bruta del aplauso... Usted no puede comprender mi pena. »

— Pero podría comprender su júbilo. Necesito que me ayuden con el afecto; no pido más. El amor es un don del cual carece á menudo hasta el genio. No reclamo sentimiento tan profundo: eso no

se desea ni se ordena. Existe porque sí: de ahí su misterio... No me responda... Temo una mentira. Hablemos de otra cosa, de los Doria Panfili, de los cisnes, de la tarde.

Estaban en la gran terraza. Altos pinos en el centro de los estanques curvaban ramajes como cairreles. Los chorros transparentes saltaban de tréboles de bronce. Figuras de césped, con formas de liras, círculos y estrellas, mezclaban irradiaciones rojas de flores apiñadas, á blancuras deslumbradoras de conchillas dispersas. El palacio, noble y simple, erguía, sobre su gran cubo, otro, fino como una torre, coronado por ánforas; y en las fachadas, los Apolos, llamaban el paterno sol, á iluminar la gloria de sus torsos de piedra.

—« ¡Ah!—prorrumpió la Salvatore.—¿Por qué no se encerrarán las horas en un fanal que sea corazón de alegría? Adoro las villas de Roma. Y la principesca del Papa de Velázquez, da hoy vida á mi vida, que, frenética, quiere exprimir el gozo de amar lo bueno, lo justo, lo bello. ¿Quién hará de todo eso un racimo al alcance de mis labios?... Pero, apresurémonos, el sol se entra. »

Á pesar de la atmósfera casi tibia, la mujer se abrigaba en un manto de pieles. Ikreen ajustó

la boa de armiños á su cuello. Se adelantó, é hizo señas al cochero.

— Usted me dejará en las puertas del parque.

Al subir alzaron los cristales. En el tumulto pïador de las alamedas predominaba la algarabía de los gorriones. Á lo lejos descubrióse el sol; el pequeño recinto se llenó de ágiles resplandores; después, los interceptó una colina. Quedaron en la penumbra. Ikreen buscó una mano, que se debatió un instante: « prisionera como un pájaro », dijo; y luego: «¿tiene corazón?» Parecía con delicadeza buscarle el ritmo entre las plumas. La actriz, sonriente, se prestaba á la niñería. Sus miradas se encontraron y sus ojos se fundieron. El joven quiso besarla. Ella se irguió; su rostro impenetrable, rígido, había perdido la dulzura. Carlos, silencioso, bajó á tomar su coche. Una vez en el Quirinal, le escribió esta carta:

« PENSAMIENTOS DE HOMBRES CÉLEBRES

La incoherencia vive en la mujer como la raíz en la planta. No se la ve, y no se siente cundir su savia; pero no preguntéis á las flores por qué sus perfumes son caprichosos.

BUFFON.

Una fuente refleja el cielo. Una nube brillante atrae en el fondo de su serenidad. No os precipitéis; el vapor luminoso es impalpable quimera. En cambio, un guijarro invisible os herirá los pies con realidad dolorosa. Por eso la fuente es femenina.

LEOPARDI

Más difícil que seguir el vuelo de los gorriones entre los pinos italianos, es conocer la diferencia de lo que indican los ojos, y dicen los labios, á un tiempo mismo, en el rostro de una artista.

SHELLEY.

La luz del día, en una villa histórica, exalta hasta disfrazar la sequedad del sentimiento. La penumbra de la tarde en un trivial cupé, disuelve la máscara. ¡Lástima que una villa no tenga ruedas, y no pueda, con los corceles de Reni, recorrer el mundo!...

BYRON.

En Adán predominó la recta; en Eva, la curva; por eso Eva fué más astuta. El cuerpo de Adonis fué recto; el de Venus, curvo; por eso Venus

fué más hermosa. Moraleja: Los tiempos no cambian; y la recta se yergue como un cuello, y la curva ahorca como una cuerda.

GOETHE.

No preguntéis á las flores por qué sus perfumes son caprichosos. Buscad la raíz de la planta y temed su incoherencia: he ahí el *leit motiv* de la eterna canción del eterno femenino.

WÁGNER.

Por la copia, IKREEN. »

Á la siguiente mañana, recibió la respuesta:

« El respeto inspirado por los seudónimos de mi amigo me impide enojarme. ¡Qué manera tan delicada de llamarme monstruo! No puedo enojarme tampoco, pues no estoy en un obscuro coche: mi pensamiento refleja las medias tintas rosadas de mi dormitorio. Abandone el gentil enmascarado, las amargas ideas, y pierda la hostilidad hacia Rosario, que le tiende las dos manos para el beso de paz en nombre de Margarita. »

El joven abrió la ventana. Al pie de los naranjos, llenos de sol, oíase el murmurio de la fuente: clepsidra alada, reloj delicioso, con que

las aguas de Roma medían sus nuevas emociones. Y pensó que vería á la actriz más tarde, en casa de Zucoli. ¡Oh, la dulzura de aquel cielo y de aquel aire: el límpido azul, transformado en esperanza, se deshacía sobre su corazón en corpúsculos de oro!

III

Para engañar su impaciencia hasta la noche, Ikreen se dedicó, como en otro tiempo, á visitar las fuentes. Escuchó el apóstrofe del poeta: « Oh, madre de los Pueblos, tú inspiraste al mundo é hiciste participar á Italia de tu gloria... ¡Salud, Roma divina! Quien te desconoce, tiene cercos de frías tinieblas en el alma y en su corazón criminal, germinan perezosamente las semillas de la barbarie ». Murmuraban esos versos, las aguas que cubren las colinas, rezan ante los templos, ríen ante los palacios, fecundan los jardines y alegran las plazas. Sus rumores mezclábanse al estremecimiento de laureles y mirtos, y entre las vetustas piedras, reflejando la olímpica sonrisa del éter, eran la inmortal juventud del espíritu.

Llegó á la plazuela de Trevi, centro que dirige los ritmos de la ciudad melodiosa. El aire invernal, transparente, lo envolvió en templada caricia; la

sombra de los muros se tendía en atmósfera de perfumes; el estruendoso rumor arrullaba y decía su poema á través de una gasa de sueño.

Los ángeles de la cumbre lanzaban, de sus trompetas mudas, el canto de las aguas vivas. La tiara de Benedicto, pétrea flor imponente, esculpíase en el tallo de las simbólicas llaves. Los peplos de Ceres y Flora mostraban giros más complicados que los chorros de los tritones. Neptuno, victorioso sobre hipocampos vibrantes, dominaba un huracán de espumas. Bajo bóvedas de cristal, los helechos, las algas, los musgos, estremecían sus cabelleras. Las líquidas transparencias simulaban grutas de genios alados, y entre el tumulto de los hilos sonoros oíase, llena de dulzura, la voz de un ciego.

Vendía violetas y jazmines. Sin ver sus formas ni sus colores, las advertía con el fresco aliento de la fuente. Y sonreía al cantar. ¿Qué ilusión le exhalaba el fugitivo aroma? ¿Repercutían por ella las trompetas de los ángeles y vislumbraba, desde su cárcel de sombra, un imperio de lumbre? Las flores que le procuraban sustento, ¿le hablaban, al irse, de presencias consolantes en su hogar? ¿Le aseguraban una felicidad visi-

ble en un celeste jardín? ¿Era su esperanza, humana? ¿Era su ilusión, divina? El ciego cantaba siempre, y aspiraba el perfume, y seguía sonriendo. La frescura le sugería prodigios: al influjo del estruendo, resplandecía su rostro. Las aguas que reflejaban el mudo firmamento, cual murmurio aplacante de la sed, fecundaban otras flores: piedras preciosas sobre la frente de la miseria y estrellas seráficas más allá de ese nimbo.

Ikreen miraba absorto. Los labios marmóreos de los dioses callaban la grandeza de Roma: los labios del ciego derramaban el encanto de su armonía. Y los muros muertos, y el sol vivo, y el agua juvenil, y la fuente vetusta, dieron formas á la sensación: impalpable virgen de fluidez luminosa que, con ojos de tristeza y túnica de alegría, ya llena de dolor, ya rebosante de esperanza, besó al mendigo, desvaneciéndose en los aires.

Un pastor de Tívoli llegó al estanque. Vestía chaqueta azul sobre faja roja, y calzones de amarillo paño, sobre medias velludas. Quitóse el chambergo verde y echó una moneda; Ikreen recordó la tradición supersticiosa. Era un viajero; el óbolo serviríale de amuleto; y al retornar, bebería de las aguas, feliz y robusto. ¡Ah la bienhechora fuente

de Trevi! ¿No iba también él á emprender, en su amor, un viaje por tierras desconocidas? Ímpetus tuvo de imitar al pastor romano. Volvía á sus dudas; pero las linfas, combatiéndolo, murmuraron otra estrofa del poeta: « Ya no siento gravitar sobre mi cabeza, ni la noche de los tiempos, ni las ideas fúnebres. »

IV

Un adjunto japonés oía, con curiosidad, un diálogo entre un vendedor de cuadros, yanqui, y el conde Zucoli.

—Es muy posible—decía el comerciante—que usted no se acuerde de mí; nos conocimos en París, una vez, en el Louvre. Mirando hoy la Bianca del Correggio, el secretario de la embajada exclamó: «¿Quiere ir esta noche á casa del descendiente de la princesa?» Respondí «sí», pero no encuentro á mi amigo.

—No importa, señor, el retrato de mi abuela me lo vuelve á presentar.

—¿Y qué cuadros veremos?

—Algunos que usted no podría vender, y que con todas las fortunas de su tierra, no me podría comprar. En Estados Unidos, la belleza de las mujeres sobrepasa el dinero de los hombres, y á mis figuras las hacen las más hermosas americanas de Roma.

El comisionista debió de estimar que exageraba; y sin agradecer la lisonja, ni comprender la ironía, agregó: « Me han dicho que expondrá á los franceses del siglo XVIII. »

— Pero no los Watteau, Chardin, Boucher, etcétera, sino los David, y otros de principios del siglo XIX.

Varias personas se acercaron. Zucoli, volviéndose al japonés, que se divertía mucho, sonriendo eternamente, murmuró: «Vaya á admirar, como el señor, á la Bianca: quien venera á mis parientes, es, por deducción, mi amigo.»

Los salones se llenaban. Era aquello un bazar cosmopolita. Las princesas italianas se confundían á las millonarias yanquis; las mujeres de las embajadas, paseábanse como en casa propia; extranjeros de todas partes del mundo mezclaban sus fracs y condecoraciones á los hábitos eclesiásticos de abates y monseñores, que partían sin esperar el baile. Se hablaba en inglés, en alemán, en ruso, en griego: el italiano, representante del latín, parecía huir, vergonzozo, ante aquella invasión pacífica de los bárbaros. En ciertos rincones predominaba el francés, con el acento nativo de otras lenguas; la pronunciación ponía una

firma de nacionalidad diversa en parecidos labios.

Guicciardi tomó el brazo de Ikreen en una decoración de pagoda. La casa se parecía á la concurrencia, cambiando de estilo y de país, en series de pequeños salones. Los perfumes y los polvos de arroz, las flores y los alientos, empezaban á convertir la atmósfera en soplo de alcobas irrespirables. Llegaron al teatro, de aspecto fúnebre. Enormes cortinados negros con franjas de plata, cubrían los muros: no faltaban sino dibujos de huesos y calaveras. Algunas antorchas de tambaleantes llamas vibraban entre tímidos focos de luz eléctrica.

— No se puede imaginar — contaba Guicciardi — lo que ha sido la entrada de Rosario. Me la han arrebatado de las manos, y creo que está en la escena. Todas las señoras la besaban: nunca creí que este diablo de muchacha tuviese tanto talento. ¡Pero qué horrible espada de Damocles su enfermedad!... ¿No le ha hablado á usted?

Ikreen no se acordaba de nada. Sufría horriblemente. Se preguntaba si aquella turba no contenía un rival afortunado. Buscaron, en vano, asiento. El público había invadido, por parejas, las sillas. Se quedaron de pie, en el fondo. La luz

eléctrica se apagó: reinaron penumbras. Guicciardi dijo: «El Amor y la Muerte se dan la mano». No tuvo tiempo de explicarse. El telón subía entre acompañamientos dé violines.

Selva misteriosa, mostró vegetaciones gríseas. El Endimión de Girodet durmiendo, apareció con un brazo sobre el manto y el otro en aureola. Un cupido se colgó de una rama, atrayéndola, y sobre el ramaje abierto, la luna transfiguró su esplendor de nieve en volante incienso. Luego los resplandores formaron un rayo cadente, y el torso de alabastro brilló como luna humana que saliese de la tierra. Los violines ensordecieron; Endimión sonreía: en casto recogimiento, Diana le había estampado un beso.

Sonaron los tres golpes de Molière y se iluminó la sala.

—¿Por qué este error en los bastonazos? preguntó Ikreen.

—Amigo mío—respondió la amable lengua del italiano,—no debe ser error, sino innovación. Se anuncia, no el cuadro, sino la luz, *para que las* manos se dejen á tiempo.

Los murmurios de la orquesta se trocaban en siniestros estertores de timbales, y por el tumulto

cruzó un arrebato trágico. La tela se alzó sobre un lívido cadáver. Bajo la luna ominosa corría el asesino: en su rostro vibraba el espanto. Y en el aire, la antorcha del Ángel de la Justicia lo señalaba á la Erinnia del castigo.

Los golpes de Molière no sonaron con la aparición de la luz, pero sí los aplausos.

— Señor Guicciardi, se ha equivocado.

— El que no se decide á equivocarse, no acierta nunca: es, en sociedad, mi máxima favorita. Y, á propósito, ¿de quién es ese cuadro?

— De Prudhon: lo he visto en el Louvre.

La cólera de la orquesta se deshizo en brisas, y sobre el invisible puente estallaron dos arpegios, para caer en los graves de la *Marcha Fúnebre* de Chopin.

— Todo lo mismo, en esta casa, símbolo de Roma, exclamó Guicciardi, que, habiéndose quejado ya de dolor de cabeza, se abandonaba á un mal humor creciente. Decoración fúnebre en festival galante, sala italiana, cuadros de Francia, mujeres yanquis, música polonesa.

Al compás de los tres golpes se dibujó Chactas, arrojando sobre los pies de Atala, su cabellera sombría, semejante á la noche. El padre

Aubry, envuelto en el capuchón, suspendía el cadáver; abajo se abría la tumba. La muerta brillaba en un sudario de nieve, más virginal que su rostro. En la puerta de la gruta, los árboles se erguían sobre un resplandor de aurora, que una cruz cortaba, perfilándose como un astro.

— Vaya un anacronismo — dijo un español á una señora; la muerte de Atala, en América, y la marcha, de Europa, y compare usted las fechas de ambas obras.

— Naturalmente — murmuró el tío de la Salvatore: — en Cosmópolis lo ilógico es lo lógico.

— Pienso lo contrario — replicó Ikreen: — esos acentos evocan los párrafos de ritmo elocuente, y hallo feliz la armonía. En la inmortalidad nada significa el Tiempo, señor Guicciardi. Las sombras pierden su acta de defunción. Los laureles de los Campos Elíseos no son empleados de Registro Civil. No podría explicarle mi sensación; pero agradezco á Zucoli esta mezcla de Chateaubriand y Chopin, los dos más grandes poetas de la alianza francorrusa.

— Los poloneses no son rusos — exclamó, sin poderse contener, un vecino, adjunto de la embajada moscovita. Ikreen, fastidiado, contestó: « En

el caso de Chopin, desgraciadamente para ustedes.»

El diplomático se repuso: «He cometido una incorrección, señores, y ofrezco mis excusas.»

— Y yo — agregó Carlos facilitándole la salida — quise hacer una frase, y dije una tontería. Él pronunció su nombre; los otros se presentaron también y siguieron conversando.

La orquesta había dado un salto. Otra marcha con otro espíritu. Los acordes anunciaban la entrada nupcial de Elsa y Lohengrin. Se corrió la tela. Sobre un enorme tapiz verde, un trono: luego columnas, baldaquinos, vidrieras, candelabros, cirios, toda la gloria de Nôtre-Dame. Era la coronación imperial de David. En la tribuna se veía á los príncipes de Europa: abajo, resaltaba Pío VII en la albura de su hábito. Cardenales y obispos mezclaban el oro á los armiños y las púrpuras. Napoleón, ceñida la cabeza de laurel, coronaba á Josefina, que, entre los terciopelos de sus damas, bajo los penachos erguidos de los mariscales, ponía el amor y la gracia á los pies del Pontificado y el Imperio. Se olvidaban los preludios de la escena, la boda clandestina y la comedia inenarrable, entre las pompas del acto, su hermosura y

su grandeza. Estallaron aplausos más entusiastas que los anteriores.

Seducido por la emperatriz, el concurso preguntaba: « ¿quién es Josefina? »

Á poco corrió el nombre: miss Ryan.

— ¡Vaya una ensalada! — volvió á murmurar Guicciardi. Y ahora quisiera saber cómo concierta á Wágner con Bonaparte. ¿Usted sabe cuál fué su actitud en el 70?

— De igual modo. La muerte disipa las pasiones, y la gloria declara abolido el Tiempo. ¡Qué cosa más natural que un héroe de la lira se confunda con un héroe de la espada! Las cumbres son iguales; y el relámpago, que es brillo en la espada, es canto en la lira.

— ¡Qué lástima — gimió el enfermo — que no pueda ser antipirina en mi cabeza!

— La primera serie ha concluído — exclamó el ruso, — y me voy en busca de una señora.

La gente empezaba, en efecto, á moverse; pero salió un criado: « Se pide un instante de silencio. »

— Es Rosario — dijo Guicciardi; — va á cantar una canción de Francia.

El saludo del público fué una ovación: la Sal-

vatore, conducida por el conde Zucoli, adelantaba hacia el minúsculo teatro.

En atmósfera de recogimiento, sonó un viejo aire. Invisibles manos agitaban sedas, flores, abullonadas faldas; y de faldas, flores, sedas, escapaba la sutil elegía de fugitivos perfumes. Tirsos alados cubríanse de brotes entre Términos y fuentes; y un rayo de sol, que engendraba el mismo canto, moría, semejante á los perfumes, en la brisa de las telas. El amor exhalaba su queja, inmortal, en todas las edades: *Plaisir d'amour ne dure qu'un instant; chagrin d'amour dure toute une vie...* La última nota alargaba la palabra «vida», como la espuma que, más allá de la ola, expira en playas de tristeza; y sobre los acordes de carácter eterno, el acompañamiento de la orquesta, variando la entonación, evocaba un tiempo efímero. Entonces, los espectros de las damas y de los caballeros, volvían á mover sus tirsos, á exhalar el aroma de sus sedas, y sus carnes y sus nervios, en el rayo de sol, se desvanecían como espíritus. El canto, reforzado por los goces y lutos de los muertos vivientes, despertó en los corazones, con el último grito, un eco de lira vibrante.

El estremecimiento acabó en triunfo. Ikreen,

removido en sus más interiores abismos, creía aquella voz la suya: era dilatación de su ser y no fuente de sus emociones.

Guicciardi le dijo: «Espérenos en la próxima sala; quiero irme.»

El joven cruzó por entre la turba, que, ante la divina cómplice, había olvidado los cuadros. Muchas parejas se hablaban más íntimamente; los hombres tenían más tierna vivacidad en los ojos, y las mujeres más honda languidez en los cuerpos: el instrumento maravilloso de ilusión había sembrado su magia. El Cupido, de Girodet, flotaba invisible sobre las frentes, y, abriendo el ramaje, enseñaba á las almas el camino de la luna propicia...

En el gabinete, llamado del Emperador, Ikreen se detuvo. Se exhibía allí sobre una espada un *petit chapeau:* el popular de las canciones y el grandioso de la epopeya; pero él pensó en Josefina, en la Waleska, en María Luisa: también los pensamientos de otra guerra habían clavado, en las alas del águila, blandas plumas de paloma. Y la Salvatore, del brazo del senador Pierantoni, penetró en la sala. Vestía un traje gris platíneo, que realzaba, armonioso, su tez pálida; en sus

ojos, la inspiración del canto se deshacía en dulzura.

— He aquí á quien busco. Gracias.

La actriz no dió tiempo á los cumplidos: Guicciardi los esperaba en el vestuario: su dolor de cabeza acrecía; y le pedía la acompañara. Desandaron los salones, deteniéndose á cada paso. Rosario se apoyaba en el brazo de su amigo, cual murmurando á todo el mundo: « el amor se venda como las máscaras; no es extraño que no conozcáis á mi caballero. »

Y hablando de verdad, dijo á Ikreen: « Hombres y mujeres me felicitan por la canción francesa, y nadie por mi traje gris. ¿Qué le parece?

— La ceniza de un incendio divino.

— ¡Ah! el eterno adulón; eso es demasiado.

En el coche, Guicciardi empezó una lamentación violenta. Él había alcanzado el fin de la Roma elegante de Stendhal: aquello iba de mal en peor. En público se veía obligado á jurar por la chaqueta roja de Garibaldi; pero, en realidad, la verdadera púrpura romana estaba en los mantos de los cardenales.

De pronto, cambió el curso de sus ideas. La herida abrióse, y exclamó, como por sus labios:

« No hay sino una cosa cierta: la juventud. La vejez es una mentira: los viejos son sus hijos cuando, en realidad, los produce esa juventud acabada. ¡Cómo no ha de ser triste el Guicciardi nacido de una muerte! El hombre debía de empezar por la ancianidad. Así comprendería el precio de la juventud, y la gozaría hasta extinguirse; ó una vez vuelto niño, sin memoria, sin palabra, pasaría á los brazos de la destrucción, como á los de una nodriza de canciones de luz... ¡Ah! el Pincio, los palacios, los bailes, sus mujeres, sus flores. ¡Cómo adoro mi ciudad! ¡Cómo he adorado estas salidas de noche, mirando como usted, Ikreen, una compañera, arrebujada en sus pieles! Si fuese joven, en vez de lamentarme, cortejaría á las americanas, que son hermosas, que son exóticas, que, con sangre nueva, aumentan el dominio quimérico de nuestros viejos retratos. Sí; esos príncipes del Ticiano; esas princesas de Rafael; esas damas de Leonardo, claman ante la marea de los descotes: la vida corre como un río; detened el agua; gozad de su frescura; no la dejéis pasar... y para mí el grito no existe. Nacemos del amor, y cuando no podemos inspirar el amor, morimos sin morir... Morir, eso dice este coche, con esta mucha-

cha, y eso me decían los ojos brillantes de hace un momento, y la música sonora, y los cuadros mudos... Y eso me dicen las vidrieras del Corso, que en las voluptuosas tardes se me encienden como cirios. Eso me dicen los cipreses del Foro; cementerio de varios mundos devorados en inútil rebelión... Eso me dicen los vestíbulos de los hoteles, y su movimiento de viajeros, que buscan la melancolía de las ruinas... ¡Ah, el Coliseo, á los treinta años, con una hermosa amiga al lado!.. Morir, eso me dicen los ángelus de las campanas, que eran ayer, en el contraste de su tristeza y mi alma, salutaciones divinas á mis anhelos humanos... Morir, morir, eso me dicen las risas que saludan una ocurrencia mía... Eso me dice el público si me aplaude, y el público si se aburre, y toda sala, llena de amor, de juventud, de fiebre... Cuando nuestros pies, gotosos, se enredan en la escala de Romeo, debiéramos abandonar el teatro... Hasta mis fuentes idolatradas cantan hoy el adiós del viejo romano. Á veces creo que modulan el *Réquiem* de todo: una contadina que ofrece rosas, un pintor que copia una estatua, una pareja que se besa en un coche, me vuelven á la realidad... Sólo yo me voy entre el himeneo de las

aguas y el sol, espectro doliente, sombra rebelde que arrastra sus últimas horas... ¡Ah! querida mía, mi gran Rosario, he llegado, hasta mañana... Perdona si te entristecí; y sigue cantando, para que, oyéndote, otros se amen y te bendigan. »

El viejo descendió. La actriz le había estrechado las manos, conmovida por el acento hondo de su amargura. Y cuando el coche arrancó de nuevo, sintió, helada, necesidad de calor, de ilusión, de amparo.

En Ikreen, las palabras de Guicciardi, no lo encaminaban á la tumba de que fuera lámpara; anhelaba la existencia como la libertad el forzado.

¡Si el anciano hubiese visto el súbito arrebato que los unió, con cuánto dolor hubiese vuelto á evocar las llamas de la juventud entre el hielo de las ruinas!

—Dime, dime, ¿cómo me quieres? —murmuraba la Salvatore. Me daré cuando te unas á mi fortuna. Júrame que te encontré para un viaje eterno. Dime, dime, que este amor es tu primer amor.

Ikreen lo había ya pensado. No hablaría jamás de Winnie. Ambas, sin saberlo, como dos fuentes

y como dos rosas, mezclarían en su ser, sus aguas y sus colores. Evitó la contestación, y repuso: «Lo que me emociona en ti, inspira un sentimiento singular... Es el misterio, hecho carne y amor... Has dormido, en mí, tres meses, como una brisa, y te has despertado como una tempestad. No es gentil agitarse de ese modo. Me impides vivir, y eres mi vida. Mejor es callar; vas á creer que exagero.»

—No, sigue, habla. Lo que dices, es lo que siento.

—Veo tus ojos por todas partes. En la chimenea, son fuego; en un vaso, son flor; en el alfiler que me clavo en la corbata, piedras preciosas.

La Salvatore reía: «Sí, dime locuras; exagera; eso es lo que siento». Y su risa agitaba el sutil perfume de su cabello, y el coche se volvía carro de aurora.

—Tu voz me acaricia: tiene dedos en los acentos. Odio al público cuando te aplaude. Tu voz es mía. Mi alma canta en ella. Quisiera oirla lejos del mundo, y, al mismo tiempo, me espanta; es un abismo que sube; no puedo mirar su fondo.

—¡Temer! ¿Por qué? Bésame; lo que dices, es lo que siento.

Se abrazaron, se unieron hasta morir, extraviados, como sonámbulos.

— Habla — agregó la mujer desfalleciente. ¿Por qué me besas así? Ahora soy yo la que temo. Habla.

— Si te digo que al besarte miro una estrella y aspiro una rosa, ¿digo la verdad ó hago una frase? No sé. Besarte, es más que eso, y no es eso. Besándote me anonado. Mi corazón se funde en la ventura sobrehumana.

— Habla, habla; lo que dices, es lo que siento...

El joven, sin responder, la buscó de nuevo. En el silencio apasionado de sus labios, brotaba un estupor, cual si una conmoción sagrada los hiciese esclavos de un enigma.

— Vivir, soñar, morir — exclamó luego Rosario, en tono que recordaba la voz dolorosa de Guicciardi.

— ¡Ah, morir, no! — gritó su amante, estrechándola; morir, no — prosiguió, violento — tú no sabes lo que es morir. Vive, canta, ama, adora. Sigue siendo lo que eres...

Se oyó un estruendo. La tiniebla palpitaba. El coche parecía despertar ese saludo de las piedras y de los árboles.

—Es el Agua Paola—murmuró la Salvatore. Estamos cerca. Vas á cenar conmigo. Diremos al cochero que el tuyo vendrá á buscarte. Á Tiberina tú la conoces; no hablará; le explicaré que estás fatigado, y te haré acostar en la biblioteca.

Llegaron. Mientras la cantatriz daba órdenes, el joven miraba el salón. Una copia de la Aurora, de Reni, mostraba las Hadas volantes, en torno del carro de luz. Sobre el pupitre del piano la *Novena Sinfonía* abría sus páginas. Ikreen leyó una de las estrofas de Schiller. El motivo de Beethoven sonó en su espíritu con su viento de alegría. Saltaban de las notas los genios, vibrantes, llenos de júbilo feliz, y los veía subir hasta los ángeles, agitar el universo, estremecer las estrellas; y su corazón no recibía el torrente armonioso como un lago, sino lo creaba como un monte!

V

La villa de la Salvatore, sobre el Janículo, dominaba el panorama de Roma. Ikreen, descendiendo alamedas y callejuelas, recibía, entre los juegos de sombra y sol, el aliento de los jardines. El torrente que oyera en la noche anterior en la tiniebla, lo saludaba, cristalino, en la mañana. Se estremecía la encina, de la última meditación del Tasso; las viejas y verdes hojas atraían el azul y viejo cielo; la fuente, llena de agua, de un sarcófago, con la vida en la muerte, exhalaba ritmos melodiosos.

Los claustros de Sant'Onofrio acrecían el encanto de los robles de Filippo Neri, aquel que relatara á los niños las parábolas del Evangelio. Y, al bajar de la eminencia, el triunfo de la pasión del joven reflejábase en la gracia de las mariposas, que destacaban sus efímeros colores sobre el gris inmortal de las ruinas.

¡Ah! Guicciardi tenía razón. La elegía de lo antiguo en Roma, formaba un ambiente de epitalamio. Varias chicuelas le ofrecieron violetas y rosas; cojos inmóviles, le tendían el implorante sombrero; y los organillos de los ciegos, le envolvían angustiosos, en sus sones extraños. Sus liras y luises fueron á parar á los escuálidos dedos. Oyó bendiciones y palmadas de regocijo. Eso quería; que todo el mundo participase del sonreir de sus anhelos, del fervor de su arrebato, de la ebriedad de su ventura. Lo recogió un coche, y sin volver al Quirinal, se hizo conducir al Foro. El antiguo amigo no había adelantado; estaba casi como lo dejara Napoleón, que sacó de su tumba, los monumentos exaltantes del orgullo. Desde el Arco de Constantino, descantillado, pero libre, hasta el de Settimio Severo, cubierto de musgos, serpenteaba, bajo el cielo límpido, la Vía Sacra como un río metálico. El Coliseo se dibujaba gigantesco: su majestad se desmoronaba imperceptiblemente en agonía de fuego lento. Parpadeantes cascadas de chispas, convertían el Palatino y sus palacios, en baluarte de júbilo batallador. Él, como la basílica Julia, y sus inmensas bóvedas; como el templo de Saturno, y sus columnas er-

guidas; como el atrio de las vestales y sus pórticos tumbados, presentaba las luchas del tiempo y el hombre. En los escombros, ante las gloriosas claridades, huía la tristeza de lo inerme; y el silencio de lo caduco no era el mutismo de un muerto, sino la conciencia de una máscara de lo estéril.

Turbas de forasteros, gesticulantes, desalojaban los espectros de senadores, cortesanas, augures, legionarios. Y sus ondas bullidoras, con el vaivén ardiente de su sangre, murmuraban en acorde de cómplices al sol fecundo: «Bajo el influjo de tus besos, cambiamos todos los mármoles excelsos por una humilde rosa.»

Sí, pensaba Ikreen: no permitir que el espíritu extinga la vida: arrojar las ideas tristes de los hechos adversos y aceptar sólo la fuerza en la realización de un deseo: gozar de la felicidad cuando pasa; envolvernos en la cadena fugitiva de su lumbre, sin analizar el envío misterioso de lo inaccesible: he ahí la ley sabia, la ley humana, la ley cierta. Aumentar los dolores pasados con imaginarios males, y privaciones amargas, es rebelarse contra lo único que podemos conocer, sino descifrar de nuestro enigma.

Carlos, sacudido por la Salvatore, añadía, á su ideal sentimiento, alucinador sortilegio. Y continuaba pensando: «Todo en la existencia se enlaza; después de tantas separaciones, el amor de Winnie encontró en la muerte una más grande, y hoy, en Rosario, vuelve triunfal, renaciendo en atmósfera de hermosura.»

Interrumpió sus ideas una voz conocida. Llegaba del montículo de los Rostros. La tribuna, con algún despojo de piedra, aun se alza sin los espolones del Antium. El recuerdo de los clásicos oradores, se amortaja en el rumor de las brisas, sonante en la cabellera de los jaramagos. Ikreen, que oía hablar, no podía ver, por la proyección de la tierra, en forma de peñasco.

Vibraron claras estas palabras: «Saludad á Roma, acostada en sus escombros. No está muerta. Duerme y sueña. Contemplad las imágenes que la asaltan. Las rojas literas de las vestales se detienen en lo alto del Capitolio. Las vírgenes van tras el pontífice. Cruza la Vía Sacra un sepelio. Al pie de la basílica Julia disputan los jugadores. En la prisión Mamertina repercute el grito de una víctima. Pasa un toro joven, camino del holocausto... Pero el sueño cambia. Al tumulto sucede

el silencio. Á la multitud la soledad. Y en la altura, rompen la mudez emocionante graznidos de furor. Y los graznidos tienen cantos de gloria. Y los graznidos son bélicas trompetas. Y los graznidos exhalan acentos de tribunos. Y los graznidos lanzan órdenes de césares. Y los graznidos conciertan himnos de sacerdotes. Y los graznidos ríen con ritmos de flautas. Y los graznidos truenan con las máscaras de Melpómene. Y cantos, rezos, alegrías, mandatos, himnos, zigzaguean, se aclaman, se saludan, se funden en el vuelo de las águilas. ¡Pobres águilas! Cansadas de gritar, sin mover ecos en las tumbas, comprendiendo lo irredimible del silencio y lo absoluto de la muerte, se desvanecen en los aires, invisibles como el éter de gloria que, sobre las ruinas, las engendró nostálgico. »

— ¡Bravo! ¡bravo! — gritó Ikreen, en español.

Don León de Lanuza se dió vuelta: « Hermano latino, salve. »

Y mientras abandonaba la tribuna, Carlos miró la grave compañía Cook del auditorio; un viajero dibujaba en su diario al personaje insólito. Muchos italianos, que no habían comprendido el discurso en inglés, sonreían, creyéndose en presen-

cia de una ceremonia protestante. Los grupos se dispersaron. Don León abrazó á su amigo: « Me toma en in fraganti delito. Subir á los Rostros, mirar el Foro, y exaltarme, todo fué uno, y me estaba desfogando. ¡Con tal que no haya entre esa turba algún accionista mío! Porque estoy aquí de vacaciones. Me quedaré en Europa un año. He escrito á mi mujer que se venga. La azúcar brasileña pasará á un sindicato de Londres, y en París trabajo un ferrocarril boliviano. Me he venido á descansar lejos. ¡Ah! los negocios secan; se necesitan baños de luz. Usted sabe mi teoría; leer á Shakespeare si se quiere luchar con Rothschild ». Después, ligeramente triste, agregó: « Trabajar tanto, ¿para qué? No tengo hijos, ni siquiera sobrinos. En fin, pensaré un día en instituir una sociedad para concursos de cuadros, libros, estatuas, descubrimientos científicos, inventos y proyectos; ya verá usted qué obra maestra; hay que premiar todas las formas del pensamiento... Entretanto, me muero de hambre. No lo dejo, y almorzará conmigo. Para comer, hoy, buenos macarrones y buenos raviolis, es menester irse de Italia. Parece paradoja. Imagine que ayer pedí moscato, en el « Excelsior », donde vivo, y me traje-

ron un brebaje seco. Protesto, y un *maître d'hôtel*, alemán, me responde, que así se fabrica, á causa de los ingleses. ¿Se da usted cuenta? Felizmente he encontrado al Benvenuto Cellini de la pasta. »

Se tomaron del brazo, flanquearon el templo de Saturno, y, en una callejuela, se detuvieron ante una trattoria. Los manteles mostraban mapasmundis de vino y huevo. En un rincón, sin embargo, relucía uno limpio. Una muchacha, rosada, con dos aros redondos, alta cabellera, toca negra, y un usado corpiño de terciopelo azul, sobre falda de lana roja, adelantó sonriente. « Es la *bella figlia dell'amore* », murmuró Lanuza, y, alzando la voz: « Que venga Sparafucile ». La sirvienta gritó: « *Signor Corpamento, sua eccellenza ti chiama.* »

Del fondo de un mostrador, acudió el ventero; bajo su áspera melena, por su rostro de bandido, se paseaba solícita una sonrisa bonachona.

Lanuza se había posesionado del mantel nuevo, que, sin duda, lo esperaba. « ¿Cómo va la enferma? », fué su primera palabra. — *Bene, ringrazio, eccellenza* ». Entonces explicó á Ikreen: « La mujer de Sparafucile sufre de reuma, y, al pasar hoy, le traje salicilato » ; y después ordenó: « Los ma-

carrones deben ser dobles, y la *piccata* también; mi amigo come aquí y su fonda lo encanta. »

— *Il signor Leone sará contento.*

« Pero, ¿desde cuándo está usted en Roma? », preguntó Carlos con interés. Lanuza respondió con simplicidad, acariciando el gato de la casa, que le había saltado á las faldas: « Desde ayer. »

VI

Hay ciudades en Italia cuyo solo nombre envuelve promesas de ventura en rayos de felicidad: quien eso dijo, debió de referirse también á las villas, los lagos, los montes y las fuentes.

Aquí — murmuraba la Salvatore, al entrar en la Villa Borghese — he paseado las dudas de mi arte, las contrariedades de mi casa destruída, las desolaciones de mi corazón estéril. Tú has sido mi resurrección. ¡Con qué gozo profundo pienso que, libre de aventuras, soy digna de mi sentimiento! Amar, amar en Roma: he ahí mi inspiración. Pregúntaselo á mi tío: en los ensayos, algo me faltaba...

— ¡Cómo exageras! — repuso Ikreen. — Tu voz ha nacido completa, y levantará siempre las pasiones reales que idealiza.

Una sombra de tristeza cubrió el rostro de la mujer.

— ¿Por qué tan cavilosa?

— Mi voz depende de una variación de humor. Una enfermedad extraña fué mi hada perversa. Y si volviese, tú dejarías de quererme...

— ¿Has olvidado mi juramento?

— Jurar ante un ídolo, no es jurar. Quita la voz al ídolo, y lo deja de ser. La Salvatore, ronca, te libraría del compromiso.

— Venus perdió en Roma su poder; pero vive: su hermosura la inmortaliza.

— Palabras, palabras, palabras. Si hoy no sufres de indecisiones, lo debes á mi voz. ¡Oh! no lo niegues; esa voz te ha dominado, te ha esculpido, te ha hecho un amante.

— ¡Cuántas falsas deducciones! Te tengo en la sangre desde la noche divina. Llamo noche divina, no á la del *Mefistófeles,* sino á la de tu casa. Una obra de arte, lo puedes leer en mil maestros, nace, muchas veces, de una cosa transformada, ó de un verso inspirador; el poema y el cuadro quedan; á nadie importa que la cosa ó el verso desaparezcan. Mi amor vibra absoluto. Discutirlo, es negarlo. Acuérdate del viejo Guicciardi: amar, es vivir, y todo análisis significa principio de la muerte. No definamos el relámpago: fué una

voz; pues que lo sea. Me alumbró, me animó; y dí, ¿el arco iris no brota después de su existencia? Y mi amor, como él, une la tierra y el cielo, ¿por qué pensar en el zigzag fugitivo?

La Salvatore se puso á reir: «Se me ocurre la respuesta, pero no quiero contrariarte. Que esta discusión sea la última, y cantemos los versos del gran Carducci: «Tú, ciudad de las siete colinas, tú tiendes los brazos al Amor, que, expandido sobre todo, refulge en el aire sereno». Y luego agregó: «¡Oh, la deliciosa villa! Le han dado el nombre de Umberto, pero, eternamente, será la de la musa de Canova, la de la princesa Paulina, desnuda y arropada en su propia luz, como las estrellas.»

Bajaron del coche y transcendieron una reja. La vetustez de Roma, meditaba sobre el musgo de los bancos. Los pinos, con natural elegancia, alzaban las verdes ánforas de sus copas. Las estatuas de los dioses los miraban, y soñaban con los laureles de Grecia; así, cual entre los laureles de Grecia, sueñan con las nubes del Olimpo. Al pie de los plintos gemían cristalinas aguas. El pensamiento mecíase en la conjunción de sus himeneos y en el sonar de sus querellas. Y las que-

rellas y los himeneos murmuraban: «No pases, siéntate. Sonríe ó reza. Haz lo que quieras, pero detente un instante. ¿Mi espuma fugitiva, no es un ensueño eterno?»

Los amantes sentían el hechizo de los bancos pensativos y de las fuentes charlatanas. Siguieron enlazados entre arcos que recibían, sobre la piedra muerta, la caricia armónica de vívidas hojas. Detuviéronse ante un templo. En columnas de granito se despetalaban las flores de acanto. Un trozo del frontón había desaparecido: el abanico de una acacia movía los brezos salvajes de las hendiduras; y en su nicho central, una estatua sin cabeza, alzaba hacia sus ojos un inútil espejo.

La Salvatore oyó al joven: «El Apolo próximo ha pedido á su buen colega, que se ampute. El espejo no lo iba á retratar, atraído, al revés de la fábula, por la alondra de Mefistófeles. Camina, y desde lejos obsérvalo: verás que, á tus espaldas, la cabeza vuelve á sus hombros...»

—Así aconsejaba, en ciertas aventuras, Don *Quijote á Sancho. ¡Ah! mi buen español: ¡exageración, no sólo tu nombre es mujer!*

Al doblar, las columnas dibujaban sombras; y en las ondulaciones del terreno, las imitaban altos

olmos vestidos de hiedra; y cuando la brisa sacudía los tréboles, palpitaban las gráciles siluetas, cual si fuesen sus melancólicos espíritus. Más allá, un vaso, entre corceles y entre ánforas, arrojaba sobre brillantes cactos un chorro de cristal: fuente de aguas y de brisas, al verter los soplos de su frescura, acordaba el estremecimiento de las sombras con los murmurios de su armonía.

— Todo se vuelve canto — exclamó Rosario. — La próxima primavera teje sus savias y sus ritmos, rodeada de verjas, de ruinas y de estanques, en esta fragua que es el corazón de Roma.

Quisieron besarse y les detuvo la presencia de un guardián. Más adelante, un seminario desplegaba las llamas de sus sotanas rojas, y un colegio de niños jugaba al *tennis* sobre verdes trebolares cubiertos de margaritas. Buscaron otras sendas. Allí, las cosas y los árboles, el sol y el cielo, trenzaban muros y palios, y decían, en arpegio de silencio y de paz: «la ilusión y el olvido vibran también en nuestras alas.»

Y se olvidaron, en el seno de la ilusión, y la vida se les apareció luminosa: el esplendor de un invencible transporte les prodigaba hondas ansias de nobleza y hermosura.

A su paso, se inmovilizaban los detalles encantados de la peregrinación. Leones de mármol evocaban los vivientes cautivos, al mezclar á sus melenas crines de trepadoras. Laberintos de mirtos rodeaban sarcófagos auténticos, en que, montones de hojas secas, substituían los despojos de los héroes: eran las tumbas de las armonías del último verano. Y los pájaros, que mitigaban su sed en las vecinas ánforas, acordándose del reino de la verdura, agradecían con sus canciones, el regalo de las aguas.

Carlos y la Salvatore se detuvieron silentes: no querían turbar el paisaje; y un corazón respondía al otro, cual mezclando á sus sentimientos la nostalgia del árbol y la elegía del trino.

Después, sobre copas escuetas, se alzaban copas vestidas. Un guerrero colosal, de piedra, apoyado en su escudo, desafiaba el cielo. Al pie de su gris obscuro, graciosos iris de Florencia, desplegaban sonrisas azules. Bien podían atraer el rayo: sus flores hablaban del agua que le sigue con la fecundación que hermosea. Algunos arcos levantaban dioses, y las blancuras indicaban al sol su camino entre las hojas. Así, sobre reales frondosidades de plata, deshacíanse quiméricas pul-

verizaciones de oro; mas, los derretimientos de luz no se filtraban hasta la tiniebla de los troncos, donde un Apolo desterrado de su imperio, vivía cual fuente húmeda, cubierto de líquenes.

Y los amantes volvieron á charlar en la decoración de los decamerones; y su diálogo estremecía los antiguos espectros, que buscaban la intimidad de las frondas.

Llegaron al lago. Allí, las góndolas venecianas iluminaron, en los carnavales, la locura de las máscaras, entre el perfume de las rosas y el cascabel de las risas. Ikreen inclinóse sobre el agua, de modo que en el movimiento elegante con que atrajo el bote, la Salvatore creyó sorprender los talones rojos, la casaca y el tricornio.

El perfil puro de medalla de su amante, no necesitaba de la peluca: y la distinción de la silueta, y la belleza varonil del rostro, se le aparecieron como mancilladas en su vulgar traje de saco.

Cruzaron el estanque. Iban dispersando los cisnes indolentes. El joven remaba: « Hago huir á los júpiters disfrazados ». La mujer contestó tendiendo las manos: « Y Leda les presenta á un indio de la América ». En la orilla, otros cisnes se refu-

giaban en el templo de Venus: la diosa parecía crear sus plumajes, para tener evocación de espumas. Y en lo alto, dos amores plegaban sus alas, felices de petrificarse ante el fulgor de su belleza.

Con esas imágenes en los ojos subieron la gradería, asaltada por una multitud de paseantes. La alameda de la salida estaba á un paso y dejaron el bosque.

« En la carta de tu enojo » — exclamó Rosario — lamentabas que una villa no tuviese ruedas, y corceles de luz... Qué falta de imaginación, mi amante; toda la tierra se vuelve villa; y entre sus árboles y sus fuentes vamos camino del sol... » El cupé apareció; veían al cochero, de espaldas, y se dieron un beso. Un guardián saludó, amable, sacándose la gorra. La Salvatore, riendo, le dijo, al pasar: « Es mi hermano. »

VII

Ikreen y la Salvatore gozaban, juntos, de Roma; armoniosamente envueltos en su hechizo, creían crearlo.

Un canto, un cuadro, un árbol, formaban parte de su amor, y si el cuadro, el árbol, el canto eran hermosos, su felicidad se volvía nota, rama, tela, exaltando su sentimiento entre hojas, dibujos y sones.

«Deseo — decía Rosario — ver la Venus de Praxiteles y conservarla esta noche en mis ojos. Resplandeciente de blancura, se derramará flúida por mis miembros; así tendré el plástico poder que conmovió los himnos de Homero en Troya, los vuelos de Eurípides en Egipto, la musa de Goethe en Grecia. La Venus de Milo, inaccesible y demasiado divina, es el triunfo de lo etéreo, y de lo humano en la región celeste. La Venus de Gnido es la nube, convertida en mujer y reflejada en el

espejo de un tocador: menos perfecta para el pensamiento, vive más cerca de nosotros. Aquélla nos obliga á hincarnos con emoción religiosa; ésta nos levanta y nos pide un beso. La una, es lo ideal, que toma un contorno real haciéndose tangible; la otra, lo real que idealiza su belleza. »

Llegaron al pequeño gabinete del Capitolio. Solitaria entre los muros rojizos, se erguía ante el ánfora que cubre un manto. El pelo abierto sobre la frente bombeada, replegábase hacia las orejas, y nueva mata, alzándose en un moño, le formaba natural corona. Los rizos, cadentes, le acariciaban el cuello. Bajo su nariz ebúrnea, su boca pedía, cual flor de piedra, el perfume que le faltaba á su aliento. Ese perfume estaba en su espíritu. Espíritu vibrante en sus labios y en su mirada. Espíritu que, después de sufrir y gozar y vencer, con la fatiga de los hombres, se había refugiado en su forma de mármol, como en un supremo escudo. Las manos tocaban los senos, y su sexo. El sol la bañaba en aquel instante: y en bautismo helénico, los besos de luz proyectaban sombras gráciles sobre su carne. El brazo que se dirigía al vientre, acerado, de puro bruñido, iba hacia la tierra, tras el peso de fatal enigma. El

que aureolaba los senos, alzaba hacia su frente el vuelo de una plegaria. Así, los dos polos se fundían en la diosa. Y ocultaba y lucía la ventura de ser bella, como un lago encierra la sonrisa del azur impalpable y visible. Sus espaldas atraían; tan espléndidas que se antojaban el santuario de su cuerpo. Un genio divino debió imaginar la apoteosis de la línea, y, viendo ondulantes del talón á la nuca, salientes, caídas, redondeces, cortes, les echó un manto inmovilizador y translúcido, capaz de eternizar sus gracias fugitivas.

Ikreen miró á la Salvatore. Parecía crepuscular sacerdotisa, quemada en el fuego de su fe, junto al blancor de su diosa. La mujer corrió sus dedos por los relieves, hallando inspiración en el silencio del mármol.

Y como si ese contorno, prolongándose en su espíritu, engendrara arpegios; y ese albor aspirase, bajo su mano, á evaporarse en música; semejantes ambos al níveo incienso que desea desvanecerse en aroma; su voz, grave, moduló un andante de Haydn. Ikreen había comprendido: el mármol antiguo acababa en cántico moderno.

Por la noche, Rosario apareció de nuevo en *Mefistófeles*. Margarita obtuvo el éxito del es-

treno, y al renacer en Grecia, hizo sagrados los burdos telones del templo. Las esfinges, las sirenas, la barca del Peneyos, participaron de la resurrección: todo resultaba cierto bajo su influjo y la estatua se agitó poseída:

Alto silenzio regna poscia dove fu Troja.

Su acento remontaba los siglos, y Helena hilaba la rueca de oro de las fatales dominaciones. La multitud sintió estallar el canto de las vírgenes de Esparta: «Ha entrado en tu lecho, ¡oh Menelao, la hija de Zeus, que no iguala ninguna mujer, de las que marchan sobre la tierra aquea! ¡Ah! será maravillosamente bello, el niño que se parezca á semejante madre.»

El lírico presagio iba á cumplirse y clamaba el hombre de la Edad Media:

Forma ideal, purissima
Della Bellezza eterna!

El popular apóstrofe, revestía prestigios nuevos, cual si sonase, por la primera vez, ante el fervor de los coros: y en el silencio eléctrico de la sala, la estatua-mujer, emocionaba como la mujer-cantante. El teatro, con el corazón de Roma, estiraba sus oídos de piedra, hacia el acento de su alma

de armonía. Y cuando el himno triunfal envolvió al Euforión alado, el hijo llameante de Fausto y Helena, voló realmente en la voz de la Salvatore, que se perdía en el estremecimiento moribundo de los violines.

Carlos, en el fondo de su palco, recordaba el grito de Electra: « Oh, belleza fatal á los mortales; cuán preciosa eres para el que te posee ». Y se decía que, poseyéndola, la esterilidad de su existencia encontraba fin, en uno de esos destinos que, semejantes á la luna, atraen las mareas iluminando el cielo.

VIII

La Salvatore ensayaba en el Costanzi el *Otello*; Ikreen había subido á la plaza del Capitolio, y miraba el Foro, el Coliseo, el Palatino.

El encanto de estos rincones de Roma, lo atraía más que la seducción de las iglesias. No había pensado, que no comprende integralmente la ciudad, quien no se baña en su atmósfera de incienso.

Su madre había muerto siendo él muy niño. Era católico, pero su padre, severo protestante, había labrado su alma de adolescente. Luego, entre dos aguas, olvidando los recuerdos, concluyó en la indiferencia. Su religión se había reducido al culto de un amor y de una amargura. Como no sentía la esperanza extraterrena, la memoria de Winnie, en vez de fuerza, le había brindado una esterilidad de ruina. Y ante su amor de ahora, resurrección del otro, hogar ardiente de su razón de vivir, pensaba que si el hombre encuentra la ventura, el tiempo no es un verdugo.

Y de pronto, en aquella tarde, sintió la mano de un eclesiástico sobre sus hombros. Adivinaba el rostro, pero el traje talar lo extraviaba. Luego exclamó, afable: « Perdone, padre Álvarez, no le había conocido. »

—No es extraño; me ve usted cambiado. No soy, sin embargo, el padre Álvarez, sino un simple estudiante... El señor Ikreen es la persona que en el *Araguaya*, me hizo decir un responso...

Esto iba dirigido á un joven, cubierto por un chambergo pequeño, sobre una melena exuberante; su rostro, enérgico, lucía en contraste, ojos dulces, casi femeninos.

—Se lo voy á presentar, señor Ikreen: el pintor Echegoyen, amigo de mi infancia.

Carlos ofreció cigarros. Se sentaron un instante sobre el parapeto de piedra. Á poco, el hielo estaba roto. El artista, religioso como su compañero, decía sus proyectos: reformar las iglesias de Buenos Aires, con el soplo hondo y sentido del gran arte. Y acabó por hablar, exaltado, de Santa María la Mayor, del San Pedro y del Gesú. Él estaba contra las gentes que, en nombre del gótico, critican los templos romanos; alguna vez lo había hecho y presentaba su arrepen-

timiento. Comprendía las catedrales de Francia, pero eran otra cosa. Allí, bajo las ojivas, los colores vibran cual plegarias aladas, y en las penumbras palpitan las almas dolientes; y las luces vagan como almas que miran, antes de volar, sus cuerpos anonadados. El gótico corresponde al gemir, al corazón que busca la fe, al que eleva una súplica y espera, al que aviva en el misterio encendido su decreciente fervor... Y las catedrales góticas consuelan, y las catedrales góticas convierten... Las iglesias de Roma no buscan consolar ni convertir. El que sufre y cree, no debe quejarse ante la certidumbre de la gran esperanza. El que no cree, estudie en los Evangelios, lo que no dan el color, ni los mármoles. Estos templos, son la fe triunfante; despliegan la ventura de la religión, la única cierta, porque es infinita, transformada en himno de gozo y lujo.

—Yo no conozco bien el gótico. No he recorrido la Francia — repuso Ikreen — pero he leído tantas páginas sobre sus monumentos, que han concluído por serme familiares. Ahora voy á visitar detenidamente los de Roma. Por mí recuerdo, San Juan de Letrán es muy hermoso.

— ¿Hermoso? — prorrumpió el exaltado. Su-

blime, diga usted. En sus naves adoro todo: las estatuas de los apóstoles blancos; los nichos de verde antiguo; el baldaquino de piedra esculpida; la madera labrada; los hastiales de azur y oro; los cirios y rayos; la historia de la Virgen, policroma como en las miniaturas litúrgicas. Adoro las columnas corintias en el resplandor alegre de la luz; las vegetaciones marmóreas de las capillas en su sombra de leyenda maravillosa; la pompa triunfal de la tierra al contacto de la visión del cielo. Adoro la teoría de sus pontífices, no muertos ni rígidos, cual los caballeros góticos, sino bendiciendo y orando, en un transporte de inmortalidad. Adoro las figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento, que, sobre esos sepulcros, desde lejanos siglos, traen sus rostros y sus ideas en un despliegue de cuerpos pujantes y de almas victoriosas. Haber vencido con la Fe al Tiempo, ¿no merece, en el lienzo y en el mármol, los colores y las fuerzas de la vida? ¿Por qué hacer seres escuálidos y rostros cadavéricos, cual si la penitencia siguiera en la irradiación de la luz increada? Adoro sus órganos áureos, cuyas armonías, antes de brotar, parecen centellas inmóviles, y, al salir, vahos impetuosos de un cráter de sol esta-

llante en sones. Adoro el fondo de esos opulentos relieves. Así como en las altas cumbres de la existencia hay un grano de misterio, más allá de las sillas labradas, el fulgor se transfigura. Sobre los escaños, en que los cuerpos rezan en el día, y en que algunas sombras de los que se fueron se estremecen en las noches; sobre los ábsides rojos, morados, verdes, de los mármoles antiguos, que extienden, en sus cuevas indecisas, el reflejo llameante de los cirios; sobre las hornacinas con vidrieras, donde la luz es cristalización de esperanza; sobre cielos flúidos y quiméricos, engastados en piedras reales y duras; la bóveda atrae cual un abismo. Los Evangelistas custodian la cruz. El oro, por sí solo, les forma atmósfera de pensamiento meditabundo; y preciosos esmaltes vibran en el granate y en el verde de sus mantos. El rubí de la púrpura canta el fuego del amor en la sombra de la tierra; y el olivo de la esmeralda, la fe y la fecundidad del óleo de las lámparas. Más arriba brilla el azur. La cabeza del *Cristo* sobrenada en el mar de zafiro; y en ese movimiento, los ángeles lo coronan con sus alas. El vuelo es la última oración del templo: oración de potencia humana, transformada en las vegeta-

ciones pétreas, las tumbas y los frescos. Oración que, desde los altares, infunde la savia triunfal, ausente del bosque nutricio, y á que no faltan las armonías del viento, porque tiene el tumulto de los órganos. En los acordes ebrios de sol, las almas, impelidas hacia los ángeles, se mezclan con sus aureolas, y, en torno del Cristo, alzan las divinas mareas. ¡Ah! Mi San Juan es indescriptible. En una catedral gótica, los corazones quisieran inmovilizarse, como vidriera mística bajo la luz misteriosa. Aquí los hombres rezan un instante, aspiran el júbilo de la fe, y vuelven á luchar, á gozar ó á sufrir, con el gusto de la vida terrena y la fiebre de los tiempos actuales.

— En una palabra — exclamó Ikreen; usted es un artista del Renacimiento, emancipado de las danzas macabras de la Edad Media.

— Para mí — prosiguió el pintor, sin responder á la reflexión, el encanto de Roma se resume en la doble escalera de este Capitolio. Las graderías me llevan al palacio del Campanilo, ó á Santa María de Aracæli. Por la profana, saludo los Cástor y los Pólux, las columnatas jónicas, y la estatua de Marco Aurelio. Luego el Tíber, con su loba, y el Nilo, con su esfinge, me evocan el mis-

terio, la luz y la fuerza de las antiguas civilizaciones. Oigo el murmullo de la fuente de Minerva. Los siete chorros cristalinos de su flauta de Pan, adormecen la meditación de la diosa, y cantan con el agua de un baño de ninfas. Desde aquí vislumbro el arco de Severo. Entre su piedra y el horizonte, los cipreces y los pinos forman, al gran inválido, séquito de obeliscos y de copas. Y al pie del Coliseo se acuestan los escombros del Foro; mientras el Palatino, yergue el bosque de sus jardines, vibrantes sobre las ruinas de los palacios. Así, los sueños paganos, sus dioses de fábula, sus ritmos de belleza, los esplendores de sus victorias; me asaltan, me seducen, y me siento un César con el alma de un Fidias. Dejo la gradería blanca, y por la negra, empinada, en un impulso, subiendo al templo, me lanzo al cielo. Los escalones, cual aguas de dos ríos, bajan de dos cumbres, y se entremezclan en mi espíritu, flotante sobre la nueva corriente que, luminosa, fecunda en sus riberas los árboles de armonía.

Álvarez escuchaba en profundo silencio, como hombre habituado á las explosiones de su amigo. Ikreen preguntó: «¿Es realmente ahí donde la

tradición coloca la profecía de la Sibila y la visión de Augusto ? »

— Sin duda — contestó el seminarista ; — por eso la iglesia se llama de Aracæli.

— ¡ Oh ! su sombra — dijo el pintor, que seguía los vaivenes de su interior discurso. Al entrar, los objetos se vislumbran apenas. Son fantasmas de santos, de tumbas, de confesonarios. Luego la luz se aclara. El templo surge del caos. Tiene arcos románicos y columnas corintias. Vastas series de capillas se incrustan en grutas de mármol, entre obscuras rejas, con estrellas áureas. Las de un lado se dominan ; las otras, no ; y si se alza un rezo, se las siente á todas : el eco de cada una responde, la voz se multiplica, y red retumbante envuelve salientes y abismos... ¡ Ah ! el techo esculpido, violeta, azul, purpúreo, lleno de las armas de los pontífices, maravillosa corona de los frescos que enriquecen las penumbras, con las ideas de sus silencios coloreados... ¡Ah! el fondo de la basílica. Entre los evangelistas, ángeles de bronce antiguo, levantan la Custodia de oro; y la Hostia, luna divina, al hacerse centro de sus rayos se transfigura en sol. Sobre la metamorfosis, manos impalpables suspenden un nimbo, que re-

salta en el claro de un vitral, único ojo centelleante en el misterio... Á un lado, se yergue una Virgen negra, que la ciudad venera. Yo veo en la sombría Madonna, la Mirian de luz: transciende el tiempo, y el espacio, y pone, en mi corazón y en mi paleta, la llama de las apoteosis... ¡Ah! mi Roma. ¡Ah! mi Capitolio pagano. ¡Ah! mi templo católico.

—Desgraciadamente — exclamó Ikreen: no siento ciertas cosas de la ciudad; no tengo la fe de ustedes.

Álvarez le miró: « No cree, pero un gran gozo humano que agita su corazón, se le dibuja en el semblante. La felicidad es como el rocío de la mañana... Usted sabe el salmo. Espanta el temor del pensamiento de la tarde »...

Reinó un silencio, y con tristeza súbita, impregnada de simpatía, el futuro sacerdote continuó: « Dios deja en la noche las estrellas, para recordar que hay una aurora. »

Carlos presentía el invisible nimbo en torno de la frente de cera, y lejos de Roma, lo vislumbraba, tal como le conoció, pronunciando, ante un cadáver, la oración engrandecida por el océano.

El joven pintor quiso cambiar el giro de las

ideas: «Si subiéramos á la iglesia» — dijo, saltando del parapeto.

Descendieron las graderías de mármol, brindadas como un tapiz blanco, al oro de la estatua de Marco Aurelio. Luego remontaron hacia la cumbre de las visiones imperiales de la Navidad, observando las nubes flúidas que daban la impresión de tocar las piedras rígidas.

Los recibió la penumbra. Entre las capillas, el Cristo de marfil del púlpito, aparecía doloroso, bajo las alas de la paloma.

Álvarez murmuró: «hasta los santos, antes de ser santos, pusieron una espina en su frente. Una sola falta, la maternal: esa idea es la verdadera aureola de la Virgen.»

El pintor leía, ante bustos de piedra, nombres esculpidos: Ludovico Grato, Pietro Paulivio. «Los epitafios italianos — prorrumpió — suenan como versos... Se siente en el ritmo la savia invisible de la flor... ¿Por qué me encanta hacer vibrar, en esta sombra religiosa, esos nombres de caballeros antiguos? Contemplen la juventud de sus figuras erguidas sobre la tumba, mientras al mendigo del lado, vivo, lo agobia la vejez... Quien no sorprende el hechizo de sus rincones, no sabe

amar á Roma ». Dentro de las capillas y en todo el suelo se vislumbraban también losas esculpidas: y en los rostros de esos sepulcros faltaban narices; las frentes se borraban; las vestiduras perdían sus relieves. La existencia buscaba inmortalizarse en la inmovilidad del mármol. Mas los fieles, que traían regocijos y dolores, la esfumaban con sus pasos, como si el rastro de la vida pasajera, se encargase de engendrar la muerte absoluta.

— Este espectáculo — declaró el artista — me inspira el deseo de más luz después de la sombra; pero ya que ahora existo, me vuelvo á gozar del sol, de las estatuas, de las flores.

— Es el malentendido de siempre, repuso dulcemente el padre Álvarez. Si ves un Rampolla, príncipe de la Iglesia, noble por sus virtudes, político sagaz, ascético como un monje, hombre de mundo y varón evangélico, casi papa, sin serlo, no piensas en nada de eso: miras su traje escarlata, su alta figura, su rostro ardiente, sus ojos ensoñadores, y exclamas: « ¡Qué hermoso modelo! » Tal te aconteció ayer, sin decirte que en religión, el reino interior es lo primero, y luego la forma; de modo que tu arte debe existir como hermosa « añadidura » de tu creencia.

— Nada de discusiones; pero se puede, con entendimiento puro, orar ante la Pietá de Miguel Angel. Combatir el costado plástico y glorioso del catolicismo en las artes, es caer en la heladera protestante.

Una ráfaga de oraciones envolvió su última palabra. De las capillas saltaron los tumultos de los ecos. Realmente las tumbas respondían á las súplicas. Adelantó una procesión de capuchinos. La cruz obscura deteníase en cada sepulcro; allí se encendía un cirio, y la voz del relator se mezclaba al coro del pueblo, zumbando como en una colmena fúnebre.

— Apenas se les adivina en sus capuchas — observó Álvarez, — semejantes á sus rezos invisibles; sólo fulgen sus pálidos cirios; y basta; los colores y los mármoles son inútiles: en las llamas va el espíritu.

El artista ya no contestó; se persignaron y salieron. Después del misterio de la basílica, la luz deslumbraba. El cielo azul preguntaba á los ojos qué tristezas habían retratado en las penumbras. Detuviéronse en la plataforma aérea del atrio. Abajo, entre pinos y magnolias, sobresalían las estatuas de Cástor y de Pólux. Las hiedras, pen-

sativas, se enlazaban á las fuentes murmurantes. Una imagen redonda, del mundo, se condensaba en piedra; y dominaba el rincón, Marco Aurelio, en su inmóvil corcel de bronce.

Ikreen rompió el silencio: «¡Marco Aurelio! ¡Cuán extraordinario tipo de emperador! Entre sus máximas hay una que, en amargos momentos, aprendí de memoria: En este mundo de inmundicias y de tinieblas, en este flujo perpetuo del ser y del tiempo, de la materia y del movimiento, ¿qué se encuentra de estimable que se pueda tomar á lo serio? Yo no lo veo. No me queda sino consolarme á mí mismo, esperando, sin impaciencia, la disolución natural, y reposando en estos dos pensamientos: No me sucederá nada, que no sea conforme á la naturaleza del todo; tengo el poder de no hacer nada contra el Dios que me dirige: nadie me forzará á desobedecerlo.»

El padre Álvarez meditó un instante: «No conozco la obra de Marco Aurelio — dijo — ni el libro tan leído de Renán. Pero sabía la máxima, porque Willian James opone á esa aceptación voluntaria de la vida, fragmentos de la *Deutsche Theogia* y de *La Imitación:* «Señor, haz esto ó aquello, como te plazca. Dame lo que quieras,

como lo quieras, cuando lo quieras. Condúceme según tu sabiduría, según tu placer, para tu más gran gloria. Colócame donde quieras, trátame como tu cosa. Estoy en tu mano, hazme girar como una honda. Soy tu esclavo, presto á todo, pues no quiero vivir para mí, sino para Ti »; y la explosión acaba en un grito: « Tú eres mi confianza, mi esperanza, mi fiel consuelo »... He ahí el renunciamiento también; pero el renunciamiento cristiano, lleno de ilusión... De él nacen fuerzas invencibles. El monje hablaba sobre una cumbre, ante lo infinito, á la sombra de la cruz. El emperador sobre ese corcel, que abajo parece un gigante, y desde aquí una hormiga: por eso su gran espíritu sirvió solamente para crear un elegante escepticismo. ¡La Ilusión! Reconozcamos el misterio divino de su esencia, y no la apartemos de ese su verdadero cauce, pues tiene el germen de lo absoluto. Lo contrario, aun en la ventura del amor, ó en el júbilo de la creación mental, engendra formas de la muerte. Miremos á Roma. Más allá del Capitolio tiende el panorama de sus construcciones. Sus ruinas están á nuestros pies. Fué, simbólicamente, la ciudad de Júpiter, preparándose á ser la del Dios revelado. »

Llameaban los ojos de la figura ascética. Su dulce acento vibraba metálico. De la iglesia salía el pueblo al sol del atrio. El sacerdote de Cristo, sin hacer caso, exclamó en voz alta, abarcando en una mirada arcos, estatuas, fuentes, paseos: « Sobre ese límite nos llama una cruz ». Ikreen y el pintor siguieron sus manos: la cúpula del San Pedro, última construcción de la ciudad, se erguía, en efecto, como el faro de Roma ante el mar celeste.

IX

Desdémona había substituído á Margarita y á Helena. Después de Goethe, en las evocaciones de Boito, Shakespeare habitaba Roma, en las notas de Verdi. La multitud sentía el soplo de los genios. La Salvatore era un ídolo. Los hombres empezaban á mezclar á su adoración la angustia del sentimiento. Y Carlos, en su amor creciente, hallaba por la ternura de la mujer humilde, en medio de los homenajes, un manantial de vida, que ponía en sus venas transportes de ebriedad y sangre de orgullo. La esperaba paseándose en la Villa de Malta. Había tenido que someterse al capricho de Zucoli: cantar la canción francesa á puerta cerrada: los cinematógrafos debían de imprimir la fiesta, que diera en su casa, para una sesión de caridad próxima.

Como el que, después de un esfuerzo al concluir un poema, fatigado se recrea en mirar un paisaje á través de sus vidrios, ó en recorrer las

imágenes de un álbum ameno, Ikreen, tras de sus noches de emoción, sentía el placer de dejarse vivir, divagando entre la hermosura de las cosas. Rosario estaba obligada á tomar aire puro todos los días, en el Pincio, en el Jardín Médicis, ó en las villas de los alrededores. Esta de Malta, asilo antiguo de águilas de la guerra, se antojaba anidar las palomas de los sacrificios de Venus: era un nido del amor exhalando la melancolía de la muerte. Ikreen miraba los blasones de los grandes maestres, destacados sobre los muros. El clásico Aventino se coronaba noblemente, y respiraba feliz entre sus emblemas. Los obeliscos pétreos alternaban con los escudos, y á cada uno lo custodiaba un ciprés, silueta sagrada de obelisco verde.

El cielo azul se engastaba en sus claros, cual otro muro. Allá, en el fondo, manos de sol batían espumas de luz. Y la espuma maciza, gris, de la piedra, cortaba la ligera, blanca, de los vapores, y un lejano convento, desde graníticos encajes, les mezclaba las filigranas de nieve de sus perales en flor. Así, á la grandeza de la cumbre, impalpables genios añadían la gracia de gentíles imaginaciones.

Sus formas llenaban los ojos de Ikreen, y les respondían los ecos de su corazón. Una magnolia colosal erigía viviente gruta de esmeralda. No podía en la villa faltar el agua; el primer hilo cantaba en un enorme guijarro liquinoso; y el pensamiento de su verdor era la curva cristalina. Cobijándolo, la magnolia se inclinaba sobre la fuente que recibía el manantial, donde palpitaban blancas flores de tintes áureos. Las níveas nubes se confundían, en aquel firmamento, á los pétalos albos. El aire quimérico de la profundidad mecía los cálices y los vapores, como una sola ala volante, fundida en su propio brillo; pero desde que una flor, deshojada, tocaba el cristal, perdía su reflejo, mártir de la mentira maravillosa.

El joven se dijo: «¡Oh! la perfumada imagen de todos los sueños: vive en la altura, lejos de la realidad, en el árbol mismo que la eleva... ¡Pobre flor hermana! ¿Por qué quisiste acercarte al cielo? ¿No sabías que la ilusión que nos alimenta, nos prohibe tocar el espejismo?»...

Un guardián se le acercó: «El templo se cierra temprano; sólo quedan diez minutos». Siguió al oficioso cicerone. En la iglesia encontró las armas de Malta, con todos sus colores; grabados de

combates; despojos de vencidos; fragmentos de galeras; y ajenos á la voz del guía y á los pasos del visitante, los caballeros, rígidos en sus lechos de piedra.

Después volvióse á la villa. Se inclinó sobre una alberca. La polvoreaban fugaces perlas de argento de un surtidor abierto. Su transparencia interna lucía algas verdosas, y dos peces de rubí, únicos habitantes, iban y venían, rozándose amorosamente. Ikreen pensó: «Su soledad es el mundo; y cual gotas de sangre, aladas, forman un solo invisible corazón». Otro murmurio lo atrajo desde un ángulo. Las ánforas de una fuente sobresalían del cortejo de mirtos. Un soplo helénico se agitaba en la villa del Lacio. Un ángel de Cristo rompía, en una peña, la sombra de una nube, y la vara de Moisés florecía en sus dedos de luz, pues el agua corría cantante. Así, se mezclaban imágenes risueñas de distintas religiones. Carlos creyó que la Belona de la guerra, activa bajo las armas del templo, metamorfoseábase en hada, como en el Tasso, para luego, entre los mirtos romanos, las ánforas atenienses y el milagro del querube, soñar con la visión del jardín divino.

Un nuevo rumor se mezcló al de las aguas. La Salvatore pisaba las conchillas del camino: á pesar de la dulce temperatura, traía siempre sus pieles; se antojaba que decía á los árboles y á las fuentes: « Lancen ustedes su primavera; yo tengo la mía pronta, y me sofoca cubierta por estos armiños. »

De pronto, se detuvo, viendo, en un laurel-rosa, una guadaña suspendida. Carlos se le acercó, y ella empezó á murmurar, cual si recuerdos reales, tomasen en su voz apariencias de sueño. « Hace muchos años, en un bosque, cerca de Eleusis, donde mi colegio pasaba las vacaciones, encontramos una hoz semioculta en un árbol. Las muchachas, vestidas de blanco, parecíamos, al pie de su tronco, una teoría de vírgenes antiguas. ¿Qué destello siniestro lanzaba el pedazo de acero visible en la luz? En silencio nos retiramos. Unos chicuelos, que robaban nidos, huyeron, como si entre los de los gorriones, hubiesen dado con el de un buitre. Un pastor la miró también, alejóse rápido, y el aire de su zampoña trató de clarificar las tinieblas de su pensamiento... En nuestro instintivo temor, estaba la verdad; pertenecía á la Muerte. Ocupada en animar los insectos, en

embellecer las flores, en infundir en los campesinos el amor, y en todo el bosque el soplo de la vida, ahí la dejaba al sol, y luego la recogía bajo la luna, presta á segar la obra de sus cosechas »... Y, cambiando de tono y expresión, añadió voluble: « En fin, se acabó la fiesta de Zucoli. ¿Sabes lo que me ha aconsejado el príncipe Luini? Mas, no; á qué repetir tonterías. »

— No importa, dí.

— Es una crítica á propósito de la canción del Sauce.

Ikreen tuvo la impresión de que mentía, pero no insistió, mientras sacaba un estuche: « Á Margarita, de parte de Lalique. »

La mujer, con una sonrisa de luz en que había una protesta, y un mohín para hacérsela perdonar, tomó la caja, agregando, por decir algo: « Soy la Margarita de Boito, y no la de Gounod; bien italiana, bien del Vesubio; las joyas de París llegan tarde. »

Á un gesto de admiración, sucedió un grito de *júbilo*. Era una margarita enorme, de inefable materia translúcida, con pétalos de luna, con pistilos de sol, con gotas de rocío: humilde flor, vuelta astro en homenajes á la voz divina.

La Salvatore besó á su amante, y éste, feliz del efecto, la tomó del brazo, internándose en el jardín. La tarde próxima lo hacía más hermoso. Dos muros lo circundaban, cubiertos de hiedra; y con espalderas de hiedra surgían los bancos de mármol, y en nichos de hiedra brillaban los bustos de los caballeros; y toda la esmeralda sombría se apoyaba en el azul riente. Los naranjos se vestían también de hiedra, y sus hojas claras continuaban el placer del mirar, con sus frutas de oro. Cactos de platificado verdor, se mezclaban al musgo de terciopelo; y la brisa perfumándose en sus flores salvajes, estremecía las camelias, cubriendo los céspedes de blancos pétalos. Luego los laureles con frisos de mirtos, construían claustros. El zafir expandido del cielo se comprimía en sus bóvedas, y en esa sombra luminosa, se destacaba en un corte, la cúpula del San Pedro.

Los amantes se detuvieron absortos. Realmente el templo estaba al final del claustro. Se le miraba ahí, y se le sabía lejos. Una nube envolvía su cumbre, y al irse dejaba la cruz, como ave gigantesca de la evaporación de su gloria... Su altitud los atraía. Marcharon bajo los laureles. Las fuentes suspiraban á través de los mirtos. Al llegar

al linde, la cúpula había huído á su colina; y á sus pies, tajante, se abría el abismo.

El jardín del Aventino se inclinaba. El Tíber rozaba sus cimientos. ¡Ah! la sensación grandiosa del rumor subiendo á mecer el sueño de los laureles. Sobre el lecho que albergaba los mármoles y los oros, los bronces y los cedros, de mil riquezas antiguas; la corriente ponía el secreto fecundo recogido en los campos; se enturbiaba con el roce de la ciudad y con los siglos de historia, que amortajaba en su flúida losa; y compuesta de realidad y recuerdo, de gozo y nostalgia, caminaba á hundirse en el mar insaciable.

— Cuando se mira el vértigo del agua, parece que toda Roma quisiera seguirla — exclamó la Salvatore.

Ikreen repuso, contestando en realidad á su sensación: «¿Por qué sufrimos? ¿Por qué luchamos? ¿Por qué amamos?... Ese río es un maestro de la inutilidad de todo. Ha visto los mayores esfuerzos del hombre, y se ensombrece cual si no merecieran ni ser reflejados en su memoria.»

— Es cierto, y, sin embargo, ¿qué deja de interesarnos para hacernos mal? La vida, es el espejo de las alondras, en las manos de un ver-

dugo... Y no solamente nos debatimos con ella, sino con mil mezquindades. Si soy feliz, si he llegado á dominar, si un amor absoluto me colma de bienes, ¿por qué una palabra, un encuentro, una fisonomía antipática, me lastiman y me amargan? Siempre fuí lo mismo. Cuando niña, el conde Panieri, hermano de mi padre, en cuya casa pasaba algunos veranos, me llamaba su salvación. Él adoraba bañarse en el Adriático. No te puedes imaginar lo azul del mar en aquel paisaje. Es de equivocarse; se flota y se nada en el cielo. Pero esa hermosura tiene el inconveniente de las aguas vivas. Y mi tío decía: « Si Rosario, entra conmigo, son para ella ». Y era cierto. Aquellos baños debieron de rebautizarme. Desde entonces, en mis gozos, en mis felicidades, en toda hora de mar azul, de pronto siento la picadura, y me queda el escozor estúpido.

— Vaya — dijo Ikreen — no ha de ser tan atroz el caso. ¿Qué te ha dicho el príncipe Luini?

La Salvatore se encendió: « ¿Desde cuándo eres brujo? »

Él la tomó de una mano: « cuenta ».

— Para qué. Son tonterías. Sentémonos allí.

El parapeto del abismo parecía la atalaya de un

baluarte, cubriendo la boca de abierta gruta. Roma se aproximaba aún más. Llegaban perfumes de azahares y murmurios de fuentes. Abajo seguía lento y fatal, corriendo el Tíber, sordo á los júbilos y á las angustias, á los recuerdos gloriosos y á las coronas marchitas. Ikreen miró á la Salvatore; ella comprendió: — « Tú sabes — dijo — como me precipité en tus brazos, tuteándote, desde el primer instante, volviéndome tu querida, sin falso pudor, en un arrebato de mi alma. Me quieres, te adoro, ¡qué significa el resto! Esta llama es la mitad de mi arte. Siento que al nacer ya te esperaba; tu teoría, en chacota, del *Araguaya*, resulta cierta; tu ausencia ha hecho el vacío de mi juventud. Entonces ¿por qué las tontas preocupaciones? No sé si comprenderás. Si no fuese una artista, habría exigido de ti otra cosa. Á pesar de mi vida honorable, no me creo con derechos; y hoy el principe Luini, viejo amigo de mi padre, me ha reñido. En el fondo, tiene la animosidad de los ancianos, por cierto género de felicidad; pero debo añadir, que siempre fué fiel á los recuerdos de mi casa. Él contra la opinión de todo el mundo, me aconsejó no casarme, cuando me casé, y su consejo era el bueno »...

—¿Y cuál es el de ahora?—interrumpió Carlos, un poco impaciente.

—Espera, óyeme. Te lo cuento sin que nada de eso me importe. Al contrario, te adoro más desde que me persiguen. Me sostuvo que, como los Caprara, yo pertenezco á mi mundo, aunque cante en el teatro, y que mi éxito actual me coloca en situación única. Así, pues, me comprometo paseándome con un extranjero; ayer en el Corso dejamos un zumbido de comentarios. Algunos han preguntado en tu legación quién eres. Tanto mejor, mañana divulgarían que la gran artista de Italia, tiene por amante á un asesino de América.

—Rosario—repuso Ikreen. No soy un niño; soy dueño de mis actos, y lo que te digo ahora, puesto que la ocasión llega, lo pienso desde hace muchos días... Si quieres, esta noche anuncia ya nuestro matrimonio.

Una mano temblorosa que oprime otra mano con gratitud; dos ojos radiantes que se funden en lágrimas; una cabeza que, rozando otros labios, se apoya en un pecho que rompe un corazón latiendo, eso ven las golondrinas, que llegan de lejano país á buscar nidos en los ilustres laureles. Pero los amantes no se dan cuenta del encantador arri-

bo; no lo necesitan; en su propia emoción se funden sonrisas de sol, vértigos de aromas, alas de primavera.

Y una campana se oyó á lo lejos. Y otra campana respondió cerca. Y varias más allá del Tíber. Y se unieron las del Aventino. ¿Qué visiones se asomaban en los toques deshaciéndose en sus timbres? Flotaban voces que, sin palabras, se morían en sueños. Repercutían acentos de plegaria graves, y gritos de dolor agudos, y amorosos llamados tiernos: la ráfaga del fugitivo amor humano, anhelaba paz al expirar con dulzura. Y renacía la red sonora. Notas de cristal brotaban del bronce terreno, ya casi divinas en la transfiguración del éter. El tumulto zumbante abría horizontes infinitos, con sensación alada, de canto y de vuelo. Las ideas inaccesibles perdían, en un relámpago, su nostálgica sombra: el Ángel de la Salutación las atraía, y el coro de las campanas seguía en los aires el camino de su manto.

—¡Anuncian nuestras bodas!—murmuró la Salvatore.

Ikreen dijo: « Benditas sean. »

Las hiedras, hermanas del atardecer, se armonizaban con el crepúsculo. Y la última vibración

de las torres, tocó los mirtos, estremeció los laureles, rozó las fuentes, y se alzó á los cielos, indicando los cuerpos de las primeras estrellas, á donde iban á refugiarse las almas de las notas.

Sí; las campanas cantaban las nupcias de dos destinos. ¡Oidlas bien, ilusionados de un espejismo cruel, sobre el monte que aguas y boscajes hechizan y perfuman! ¡Oidlas bien; son las primeras y las últimas! El templo de vuestra marcha feliz, henchido de sueños, cargado de verdades, se desplomará doloroso; siendo en realidad más efímero y más inmaterial que el Ángelus de Roma!

X

En la plaza del Popolo no puede darse un paso. Las frescuras de sus fuentes y los perfumes de sus rosas, derraman, en el gozo del carnaval, ebriedad etérea. Los coches se atascan entre las bromas de las máscaras y la lluvia de los *confetti*. En una victoria van Guicciardi y Lanuza, Ikreen y la Salvatore. La multitud que contiene la via del Corso, en aceras y balcones, se excita con el juego de los *mocoletti*. En las ventanas se encienden los largos pabilos, y las gentes, descendidas del Borgo, brincan por apagarlos. Á veces los asaltos degeneran en combates. Los unos caen, á golpes de escoba, sobre los otros; los gendarmes no intervienen; y los extranjeros encuentran pintoresco el espectáculo. La cantatriz sube con sus amigos á un palco de la plaza Colonna. Los artistas romanos se han reunido para resucitar el fausto del carnaval de los pontífices. La po-

licía empieza á desembarazar la calle, y se oyen lejanas trompetas.

Bajo el cielo azul, en el aire tibio, una sonrisa luminosa proclamá la eternidad del sol, inalterable sobre los cambios de la historia. Su encanto primaveral canta que el anacronismo, lo realizará tanto la multitud moderna, como el séquito antiguo, pues para él los siglos se funden contemporáneos en el Tiempo.

Llegan las trompetas. Pasan legionarios, y, tirado por toros, un altar humea entre hieráticos sacerdotes. Después las vestales surgen, blancas cual nubes de incienso, del simbólico fuego de sus literas rojas.

Nuevas tropas cercan á los jefes cautivos de las tribus bárbaras. Vírgenes con tirsos, ánforas, y votivos dones, alzan cantos de gloria y presiden el desfile de los ídolos. El Senado avanza. Lo rodea una guardia de lictores; y en altos escudos azules, las clásicas letras S. P. Q. R., resaltan brillantes. Mirmillones y requiarios, mágicos y augures, cómicos y juglares, mezclan luego espadas y cuchillos, máscaras y trípodes, picas y tridentes. Por ironía del destino, hasta en aquel ficticio triunfo, el gran hombre cruza entre los

hijos de su pueblo que más despreció, lejos del intangible trono que se labrara en su concepción del universo.

El corcel, vestido de oro, figura bien el del Capitolio; y Marco Aurelio, ó sea un modelo de Michetti, parece realmente el emperador ecuestre. Saluda con majestad no fingida; en su gesto no vibra la altivez; su rostro, lleno de fatiga y lleno de dulzura, es el del inmortal estoico, alabando á la naturaleza, maestra de su vida. — « He ahí á mi emperador preferido — dice Lanuza, — porque llevó una doble existencia: la de las batallas, la del circo, la del gobierno, con nervio de guerrero y amor de abuelo; y la de un solitario, que hallaba en su alma velos impenetrables, para grabar sus pensamientos en tablas más eternas que los arcos de triunfo... ¡Ah! con qué estremecimiento lo veo pasar. Y cómo siento á Roma... Todo eso no es cierto, y es cierto; y lo actual no me cautiva; sólo de aquí á cien años podrá saberse, si los continuadores son capaces de eclipsar las antiguas sociedades y los antiguos imperios. »

Cierra el desfile la emperatriz Faustina y su hijo Cómodo, compañera y vástago, miserables, que participan de la gloria, tornándola más gran-

de por contraste. Nuevos legionarios terminan el acompañamiento, entre nuevas sonantes trompetas, y el populacho de las calles, abierto como el antiguo al frenesí plástico, ruge aplaudiendo y vitoreando.

Lanuza aplaude también. « Apartad las traiciones y las concupiscencias que el cortejo evoca: sólo el pueblo más grande del mundo pudo, en su decadencia, producir tal hombre: gritemos como Roma cuando murió: « Dios propicio. »

Ikreen ve, con placer, lanzado á su amigo, y prorrumpe: « Usted olvida, D. León, que yo soy un poco bárbaro del Norte. »

— Usted — replica el orador — es un alemán, nieto de Goethe, pariente, á su vez, de Júpiter.

Guicciardi se saca el sombrero con gesto cómico. Los coches particulares empiezan á desfilar. Los pierrots, los arlequines, los pulchinelas, los pantaleones, todas las máscaras italianas profieren sus farsas y enardecen sus gestos. Á poco, un vendaval de serpentinas y una explosión de flores sube, desde la calle, hasta la cantatriz. La conocen nacionales y extranjeros. Se hace centro del juego, cual fuente de los giros caprichosos de los perfumes y los matices. Sus rasgos, su figura,

sus manos, que recuerdan las emociones de la escena, engendran el entusiasmo. Y ahí, familiarmente, como una hija de Roma, nace de la comitiva desvanecida: es la emperatriz del encanto de un pueblo, heredero del don de la armonía.

Está hermosa y simple bajo un sombrero Gainborouch, de una sola pluma; modelada como una estatua, por un traje á cuadros, de paño. Lanuza, más que Ikreen, se antoja su prometido, pues con ímpetu juvenil, responde, contento, al homenaje y á las bromas. En un coche, una máscara, representando el violinista de Rafael, entona una copla:

No quieres, ¡oh!, flor de Italia,
Que te rieguen nuestras manos;
Mas dí á tu esposo de Galia
Que sólo en campos romanos
Brota tu fuente Castalia.

Aplauden de los coches vecinos. Luego la fila se pone en movimiento.

— Me toman por francés — exclama Ikreen.

— De ninguna manera. El cantor es un muchacho amigo: Morosini. Y le conoce á usted. Pero las dificultades del verso no tienen nacionalidad.

La voz de la Salvatore cubre la última palabra de Guicciardi: « Vaya un loco ó un imbécil ». Entre los hurras, las lluvias de flores, el incendio de los *mocoletti,* el batallar de los *confetti,* y las parábolas de las serpentinas, divísase un esqueleto. Yergue su guadaña gigantesco y trágico. Después de la gloria de los siglos evocados, surge en medio del júbilo presente: su caballo escuálido trae la piel sobre los huesos, y más macabro que el guerrero de Dürer, avanza cual un Don Quijote del mutismo absoluto.

La multitud se echa á un lado, y, bajo el sol, él enciende, en cada cerebro, destellos de pesadilla nocturna. En vez de las pullas y de las gracias que, sin duda creyó provocar, todo enmudece á su paso. Debe recibir la impresión que produce: su traje se vuelve quizá de escarcha y se congela su espíritu. Dobla hacia la via Condotti, y, espoleando la bestia, se pierde, huyendo de sí mismo, con un galope de picador silbado de plaza de toros.

—No hay en Roma sino un hombre de esa estatura—murmura Guicciardi:—el abogado Petrello; si esta noche le encuentro en el *Veglione,* y le pregunto ¿no te disfrazas? me responderá:

«Estoy más contento que de día; llevo el traje de la salud». ¡Oh, el animal! ¡Qué idea! Sólo sus veinticinco años pueden ofrecerse ese lujo. Con razón dicen que los encajes viejos son para las espaldas jóvenes.

La Salvatore desvía el comentario; teme que su tío se lance en una de sus amargas divagaciones. Luego, dos muchachos, desde un faetón, le envían un ramo de orquídeas, y Lanuza, mirándole el traje de cuadros, exclama: «Es un damero de ajedrez. Los cupidos invisibles mueven las piezas que forman flores, miradas ardientes, suspiros infelices, madrigales cantados, en vez de torres, caballos, alfiles. Se corren las unas, saltan los otros, se cruzan éstos: jaque á la reina, ¿está tomada? ¡No! El rey sonríe en su casilla argentina, irónicamente, echando á paseo á las figuras y á los peones». Rosario, contenta, le pone en el ojal una de las orquídeas.

Ikreen piensa en otra cosa. El esqueleto le trae el recuerdo de la hoz de la Villa de Malta, mezclado á las palabras de Álvarez en el Capitolio. Á la estatua del triunfo de Marco Aurelio, cual si fuese la verdadera, la ve devuelta á su pedestal de muerte. Y después de aquella in-

cursión en la vida, que le hace evocar las ambiciones y anhelos porque luchan los hombres, murmura: «Es como si se sintiese amor por las aves que pasan volando.»

XI

La semana de los ensayos de la *Walquiria,* fué una semana de ruda fatiga, y de angustia creciente. La Salvatore vivía inquieta en su nuevo avatar; su tío, Lanuza, la Monti, que habían vuelto de Milán, la creían, sin embargo, en su mejor creación. Por una delicada coquetería, había prohibido á Ikreen presentarse en el Costanzi; quería aparecer ante él, de una pieza: con el casco, la lanza, y el alma de Brunilda. El momento acababa de sonar. La multitud romana, tan dúctil, tan inteligente, tan sumisa al canto, sentía obscura hostilidad contra la obra del norte. Pero, en el segundo acto, tuvo que rendirse al instrumento mágico. En su grito agudo y amplio, perforante y armonioso, el corazón de la hija del dios se astillaba en los montes, arrancándoles ecos de sobrehumano heroísmo. El entreacto pareció largo; esperábase impacientemente el desenlace.

—¡No vamos á verla!—propuso Lanuza.—Dígale, Guicciardi, que queremos conservar la impresión, sin mirar, en un camarín de acuarelas japonesas, á la guerrera del Walhala. Ikreen, en el canapé del antepalco, sufría, como siempre, cual si un ser sagrado lo habitase, después de oir la voz de la cantante.

Se alzó el telón en medio de un silencio religioso. La orquesta restalló en los montes, encorvó los pinares, impulsó las nubes, envolvió las cimas. Las amazonas del viento, de pie sobre los picos, cruzaban alertas sus llamados.

Desaparecían violoncelos, violines, cobres; aceros y bronces de combate vibraban: los relámpagos los herían, y las armas devolvían al cielo los gritos estridentes. Y los épicos instrumentos, ante una nueva walquiria, reforzábanse formidables, cual si el yelmo, la lanza y el escudo, vistos en el espacio, multiplicaran el ulular, con cascos de corceles, despeñamientos de cumbres y explosiones de tormenta.

Brunilda surgió, aterrada. Traía una mujer en vez de un guerrero: la perseguían los rayos coléricos de Wothan.

Había desafiado á Fricka protegiendo á Segis-

mundo. Había desobedecido al padre para salvar á Sigelinda. Y quería terminar su acción: la mujer iba á ser madre; le dió los fragmentos de Nothung, la espada milagrosa: le advirtió que su vástago debía llamarse Siegfried, y la hizo huir hacia las cavernas. Éstas temblaron, como toda la montaña; el corcel del dios hendía los espacios.

El coro guerrero de las walquirias prorrumpió en ardorosa plegaria. Pedía el perdón de la hermana culpable y el apaciguamiento de la furia paterna: ¡ah! que en el ejército de las vírgenes no hubiese lamentos. Pero, ¿cómo? Ellas, valerosas, de duro pecho, ¿podían echarse á llorar? El rencor de Wothan estalló. Esperaba á la infiel el destierro, y sujeta al sueño, el primero que pasase, la despertaría deshonrada.

El coro imploró nuevamente: El oprobio caería sobre todas, si la doncella encontraba el corazón de un débil. El juez rugió: «¡Abandonadla!» y el ¡ay! de amargura se transformó en bramido de guerra; el viento épico, levantó las walquirias hasta las nubes, y la borrasca huyó tras el vuelo de los corceles.

Luego se desvaneció también, murmurante, en las notas de la orquesta.

Brunilda permaneció tumbada. Wothan, meditabundo, subió á un picacho. Los violines y violoncelos, cual los pinares, las rocas, las flores, el monte, se substituían, pensando, á su espíritu combatido. En ese mundo, lleno de tantas bellezas, lejos de los hastíos del Walhala, ¿no había él amado á las mujeres? Las mismas walquirias, ¿no provenían de su sangre y de la sangre humana? La raza heroica de los Welsas, ¿no nació de sus desvaríos ardientes en los valles de la tierra? Un enorme enternecimiento, penetrante como savia fabulosa, brotó de las cuerdas con alma, sembrando la claridad de un dulce crepúsculo.

La diamantina virgen se irguió. Vibraban en su lamentación la vergüenza del castigo, la humildad de la mendicante y la altivez de la hija. ¿Fué tan grande su culpa? ¿Fué tan vil su falta? ¿Merecía la horrible deshonra? Al defender á los culpables, ¿no defendió ese amor que el dios amaba en lo secreto de su inteligencia? Desobedeciéndole en el consejo de Fricka, ¿no desobedeció á la tiranía de un miserable rencor? ¿Y qué culpa tenían Segismundo y Sigelinda: acaso ellos habían creado la Primavera? ¿Y no fué la Primavera la que transpuso la ventana uniéndoles los

brazos? Y ¿cómo resistirla? Acababa de vencer con delicadas armas, al invierno y sus borrascas: ¿podía, á su vez, ser vencida por dos fraternales corazones? ¡Jamás! Avasallante, sonreía abriendo sus grandes ojos; en sus labios cantaban los pájaros; sus luminosos cabellos, fundían las escarchas, y en su respiración de perfumes, repercutían gentiles los creadores ritmos de las selvas. Y la voz de la walquiria conmovía á Wothan, á los músicos de la orquesta, á la multitud de la sala: cada instrumento sentía dedos inspirados; era una fiebre creciente, un vasto acorde de comunión, ante un mundo que ofrecía, formándose, la maravilla de su milagro.

Detrás de los pinos salvajes, de las rocas bárbaras, y de sus hojas cadentes. ¿no erguían su copa los esbeltos de la Villa Borghese? Detrás de los ojos de la Primavera del norte, ¿no mostraba los suyos la Primavera de Roma? ¿No cantaba en el acento de Brunilda, el acento de la Salvatore? ¿No defendía el amor de los culpables con todo su amor ardiente? ¿No daba al corazón de la virgen su corazón de mujer? La voz épica tenía súplicas, cada vez más arrullantes: Wothan evocó su juramento á Fricka, te-

miendo que su furia se disolviese en el rocío humano del llanto.

Sí; dormida, debía de esperar. La venganza ahogaba la ternura, por ser ella la adorada que conociera sus pensamientos íntimos y sus deseos profundos. Á la walquiria nuevamente asaltóla la visión de un cobarde. ¿Podría pertenecerle? Por la orquesta cruzó el ríspido viento de la cabalgata. El eco tumultuoso acabó con los ayes. Su cuerpo se irguió más duro que los pinos. Sus ojos destellaban rayos. Su corazón ardía. Era la tempestad con alma de trueno. ¡Que la hiriese la lanza paterna! ¡Que las rocas vomitasen llamas! Wothan la sentía estremecido. ¡Ah, la hija valerosa; orgullo de su raza, adiós! Ya que no le dirigiría tiernas palabras: ya que nunca combatiría mirando en sus cabellos el pendón marcial; ni recibiría de sus manos, en el festín, la dorada copa, que la cercara, sí, un infierno, y la despertase un héroe más libre que él, dios esclavo.

Sacudió á la multitud el soplo de las grandes escenas; el superior á la vida que, sin extinguir su germen, afirma la visión de una inmortalidad gloriosa. El crepúsculo se volvió noche. Necesitábase de la sombra para tal misterio: un beso

de Wothan procuró el sueño á Brunilda: al perder la virgen la divinidad, magnificaba humanamente la belleza y el heroísmo.

Entonces el dios meditó entre la red sonante que iniciaba el motivo del fuego. Ascendía como plegaria de paz, ansiando vestir á la dormida sobre la peña; y bajaba como bienhechora lluvia, barriendo el dolor de las pasiones, para evitarle las pesadillas del recuerdo. Wothan procedió al tocado de la hija. Le dió la lanza, la cubrió con su yelmo, la envolvió en su manto de púrpura : y sobre el esplendor de sangre, del cuerpo de diamante, colocó su escudo.

Allí quedaba el bronce luciente, cual el oro. La luna le arrancaría melancólicos reflejos con la nostalgia de las guerras; y el sol rutilaría en sus relieves, con la esperanza del héroe predestinado.

El movimiento rumoroso que seguía subiendo como plegaria á la nube invisible, y bajando de su seno como bienhechora lluvia, se aceleró en las abruptas concavidades: el dios, á golpes de lanza, invocaba al genio ígneo de las rocas. El suelo abrió sus venas, y humeante, brotó su sangre candente. La llama encendía los arpegios, y los arpegios creaban la llama. Tembloroso y firme, con ritmos

más tenues que los vapores, con alas más sutiles que las espiras, el conjuro de armonía, robusteciéndose dominante, sin perder sus ritmos, sin quemar sus alas, torcíase en el horno, vivo, salvado por su frescura. Y la brisa se transformó en vendaval; Wothan desapareció entre los pinares; flamearon las cumbres, se enrojecieron los abismos: la isla fué hoguera solitaria. Aquel lecho nupcial de la walquiria dejó de pertenecer á la tierra: vertía, como el sol, la luz de los orbes, porque cantaba en la orquesta, ante el paisaje abandonado, sorprendida y desnuda, la voz esencial del Fuego.

La tela dió la impresión de caer de una cima: Brunilda, durmiéndose, hacía vislumbrar un valle que no aspiraba al cielo, sino un cielo que, enamorado de su hechizo, descendía á fundirse con su belleza.

Cuando los amigos llegaron al camarín, la Salvatore exclamó: «Esto es demasiado. No me entregaré más así: He perdido mis fuerzas. Que una vez baste»... ¡Palabras sinceras, palabras simples, palabras fugaces, repercutís en la noche, sin que os turbe una sombra: en tanto, el implacable destino, acaba de grabar con vosotras, un invisible epitafio!

XII

El sol del día siguiente bañaba la villa de la cantatriz, presto á iluminarle los periódicos, llenos de su nombre y de su fama. Tiberina, que corrió las celosías, dejó sin cerrar la otra cámara. La luz de oro pareció encender una onda de perfumes. La doncella explicó: « Han venido ocho ramos magníficos: las tarjetas tienen nombres alemanes ». Rosario se fué á mirar su tocador: las rosas se asomaban entre las orquídeas; y en ese ambiente de sol y aromas, abrió las gacetas: no traían críticas; entonaban himnos.

Así la vida se complace en enceguecer, con su maleza primaveral, trampa pérfida del abismo. Vistióse feliz: debía de asistir á una cacería, reunión de la nobleza romana, de las embajadas y de los extranjeros elegantes.

Gozaba del recuerdo de la noche, y de la seguridad de no sentir ya, la inquietud de la nueva

creación. Pasaría por el hotel de Ikren en un caballo que éste le había ofrecido: nerviosa, presentía su entrada triunfante en un mundo conquistado.

Después de almorzar, recibió una carta: « Señora — le decían, — jamás una cantatriz alemana ha interpretado, como usted, la temible Brunilda. Á Wágner, el destino le hizo un don precioso en la persona del tenor Shonorr. Cuando le oyó el último acto de *Tristán,* se levantó de su asiento, ebrio de emoción. Luego, comprendiendo que tal artista no podía ser un *croque-notes* (la expresión francesa es la usada por el maestro) sino un consciente intérprete, capaz de aceptar una indicación, le pidió que en el delirio, de la llegada de Isolda, diese un movimiento más amplio, y menos rápido al trozo que empieza: « De la desventura de mi padre, de los tormentos de mi madre, de las lágrimas de amor de todos los tiempos, etc. ». El tenor se corrigió y el pasaje adquirió su verdadero sentido. Yo no soy Wágner, pero soy un viejo director de orquesta. Deseo permitirme dos observaciones sobre el dúo del segundo acto, cuando Fricka convence á Wothan, y Wothan contraordena á Brunilda. ¿Puede usted darme una

cita? Si modifica esos dos detalles, su interpretación será perfecta. Mis manos, que aun tiemblan de aplaudirla anoche, toman las suyas, que beso respetuosamente ». Y firmaba Guillermo Brameker. Ya lo creo, pensó la Salvatore, que lo oiré y haré las modificaciones.

Después quiso adivinar la crítica, y se detuvo en una frase que siempre le había resultado obscura: « ¿Segismundo el Welsa no obra según su voluntad? »

Corrió al piano, preludió la parte de Wothan, entonó su pregunta... El Cristo, en la Pasión, fundió la tristeza de su carne en sangre. La mujer sintió hielo tan paralizante en sus más íntimas medulas, que esa evocación pudo asaltarle sin aire de sacrilegio. Pálida, tambaleante, ensayó una escala. Estaba afónica; la espada de Damocles, como decía Guicciardi, había descendido; y su mal no era misterioso; un libro se lo había revelado; el principio de la tisis produce á veces ese efecto.

Cuando, media hora después, subió á caballo, Tiberina exclamó, viendo su rostro lívido: « La señora parece enferma; se prepara una tormenta; quizás sea prudente no salir»... Aquellas palabras,

inútiles en su desgracia, la martirizaban. Abandonar á Roma en silencio; eso hubiese querido, ya que no podía matarse. El sol bañaba el Janículo desierto; y, en la soledad, los árboles verdeaban, llenos de la savia, que ella perdía en su amargura.

L'Acqua Paola despeñaba los chorros fúlgidos de su cristal: ¡ah, la noche en que la oyera con su amante! Ahora cantaba con el recuerdo de Guicciardi: morir. Sí; el simpático hombre tenía razón: ¡morir! Eso decían las fuentes, las ruinas, los hoteles, el Corso, las villas cubiertas de flores, los pinos y los laureles de Roma; eso decía el teatro y su público conmovido; eso le decían los genios desde sus tumbas: « Ven, ya que nunca más proferirás nuestros acentos. »

¿Podía resignarse á volverse una inválida hermosa? ¿Podía su belleza ser el sepulcro viviente de la criatura tan adorada: su voz? ¿Podía esperar en una existencia que la envenenaría con su memoria? Evocaba las luchas del principio; las reticencias de sus consejeros; la envidia de sus camaradas. Luego el triunfo y la ebriedad de sentir en su alma el alma de las multitudes, dominadas, enloquecidas, en una sensación de vértigo.

Y todo eso remataba en frágil sueño: iba, al instante, á recibir los agasajos de una sociedad, cual falso resplandor de un foco ya extinguido...

Latigueó el caballo, cambió de dirección, y galopó hacia la Puerta de Ostia. ¿Pero qué significaba su arte? Espuma maldita: todo un mundo moral, sofocado en una afonía física. Su imperio había sido de nubes, de espejismos, de sensaciones, de notas: cimientos y formas impalpables en el éter inaccesible.

Una estatua, martillada, produce polvo: un libro, quemado, cenizas: de su voz, ¿qué se veía? Menos que de un pensamiento mudo, nacido en un cerebro que lo olvida sin mandarlo á los labios. Su voz de armonía, que daba alas á la hermosura, resultaba el más efímero, por ser el más inmaterial instrumento. No se explicaba en vida, y si alguna lágrima provocaba en su muerte, el cadáver ya no existía para recibirla. Evocaba la brisa que desaparece ridícula en el aire que le sirve de tumba: evocaba el fuego de artificio que fulge al devorar su propio germen, aniquilándose. Pero, entonces, ¿por qué los hombres habían creído en ella? ¿Por qué á su contacto se alegraban ó lloraban con todas las ideas y todas las pasio-

nes? ¿Por qué al oirla volvíanse más nobles, más grandes, más justos, más heroicos? ¿Por qué la Belleza le había murmurado: « sobre tu báculo recorreré el universo? » ¿Qué era la Ilusión humana y por qué había encontrado en sus acentos resplandores de apoteosis? ¡Ah, el misterio! ¡Ah, la sombra! ¡Ah, el enigma!

Sus diamantes de reina mágica se trocaban en cuentas. Le quedaba el amor; el amor frenético y absoluto. Mas, en esa misma pasión, ¿no entraba, por mucho, el prestigio de su arte? El recuerdo del diálogo de la Villa Borghese acrecentaba su amargura. ¡Cómo decirle á su amante: ya no oirás el canto de la que te agitó sobrehumanamente, ni besarás sobre sus labios los fantasmas que arrebolan la vida! Sí; ¿cómo anunciarle su desastre? ¡Horrible vergüenza la de haber sido tanto y no ser nada!... Los aduaneros de la puerta la saludaron; uno profirió su nombre; ignoraban la tristeza del bello, ataúd: ya no existía la voz de la Salvatore. Los cascos del corcel sacaron ruidosas chispas del pavimento. Se conmovieron los ventorros. Los bebedores de las pintorescas mesas bajo los emparrados, miraban alegres á la amazona, que aban-

donando los últimos vestigios de la muralla de Aurelio, tocó la pirámide de Sextius y flanqueó la tumba de Shelley. El poeta, víctima de su genio, muerto en el mar italiano, ardido en una hoguera, después de pasar por los dos elementos grandes y potentes, como su alma, descansaba ahí, lejos de su isla. ¡Oh! el júbilo de caer en el reposo, libre del pensamiento, sin inquietud y sin memoria!... Cortó al sesgo la mujer hacia el Arco de Drusus. El caballo sintió la punta de las espuelas, dió un salto formidable, y galopó violento. Las termas de Caracalla, gigantescas, se agitaron como fugaces vestiglos. Al bruto de raza, Carlos le había puesto el nombre de la espada de Siegfred, Nothoung, y se estremecia vibrante y ligero, tal un fulgor de esa hoja... Corre, corre, aléjame de Roma; arrebátame del mundo. Rozó Rosario las catacumbas de San Calixto; la tumba de Cecilia Metella giró á su vista como un cilindro ebrio, al precipitarse en la Via Apia. Los sepulcros perdían sus contornos, sin bustos, sin bajos relieves, en un zigzag de blancores lívidos... Corre, corre, aléjame de Roma, arrebátame del mundo. Los coches, llenos de forasteros, se apartaban sorprendidos. El látigo azotaba la bestia, y apa-

reció el Acueducto, rayando el horizonte, y se dibujó la campiña vasta ante el espacio. Y el calor aumentaba á pesar del viento: y el nublado obscuro avanzaba hacia la hembra bravía... Corre, corre, aléjame de Roma, arrebátame del mundo. Un relámpago taladró los vapores. Un trueno conmovió los campos. El resplandor y el estallido fueron también cual látigos, con transporte de locura, en un espasmo de vértigo: el corcel tendió las orejas y los cayos volaron sobre la tierra huyente... Corre, corre, aléjame de Roma, arrebátame del mundo. Era Brunilda en la borrasca. Lanzó su grito de guerra, y quebrado en la afonía, sólo lo oyó su pensamiento. Entonces, feroces, sus espuelas se hundieron en las carnes; incrustábanse en la viviente nube que había de ofrecerla, en holocausto, al rayo; pero el bruto, jadeante, hincó las manos: la mujer salió como una flecha; y la voz, inválida, no pudo decir más: corre, corre, aléjame de Roma, arrebátame del mundo...

Á poco, varios campesinos recogieron el cadáver. Estaba ya frío bajo los torrentes de agua.

En la fortificación se conjeturaba una probable desgracia, ante Nothoung traído por los gerdarmes.

Otros viajeros habían hablado de la carrera desatentada á través de las sendas. En tanto, Ikreen y Guicciardi, inquietos, habían oído á Tiberina detalles de la extraña partida. En el Janículo, un mendigo les dió la dirección de la amazona.

El viejo tuvo un presentimiento: « Ikreen, no quisiera angustiarlo — exclamó — pero creo que Rosario ha amanecido afónica, y ha deseado aislarse. Dios quiera que la hallemos pronto: usted sabrá consolarla; usted, es nuestra fuerza ». En la muralla Aureliana tomaron caballos, y salieron campo afuera.

Los gendarmes después recibieron el cadáver. El primero que, mudo de estupor, lo contempló, fué Lanuza. Había, de cerca, seguido á los amígos. Pidió agua, y una vecina le trajo unos pañuelos. Le limpió el rostro, le vendó la cabeza, y apareció el pálido rostro, intacto. El cráneo tenía una herida, no muy grande: la nuca, dislocada, la había muerto en un segundo.

Lanuza se puso á esperar. No veía revivir el cuerpo enloqueciendo á las multitudes, ni encantando el carnaval de Roma: veía á la actriz en el puente del *Araguaya*, en la noche de Santos. ¿Cómo no se había estremecido al conocerle?

Estaba en presencia del extranjero que debía prepararle, muy pronto, su tocado fúnebre. ¡Ah, los azares del destino! ¡Ah, la curiosa caravana de las existencias... Sintió los caballos. Miró á la amiga, supersticiosamente, pidiéndole fortaleza. Guicciardi se precipitó; sus sollozos estallaron en la aduana. Ikreen observaba, con ojos terribles, en un silencio opresor; y así siguió tras el cadáver, mostrando el movimiento íntimo del ser, en la convulsión de las manos. Y nada respondió al viejo, que murmuraba: « Olvide lo de su enfermedad; creo en su aparición; pero guardémosle el secreto, ya que así lo ha querido. »

La lluvia tornó á caer. Lloraban los árboles; lloraban los tejados de las casas; salían de los rincones de las calles vahos de tristeza. Lloraban las fuentes; lloraban las torres; lloraba el Janículo; todo el cielo, y todas las cosas, se deshacían en llanto, sobre el joven; y sus ojos contemplaban la desolación de esas lágrimas, secos, cual carbones de fiebre.

Una vez en la villa, no comprendió tampoco el saludo cariñoso de la Monti que ahogaba, para consolarlo, su real congoja; ni oyó la orden de Lanuza pidiendo un médico. Pero una idea de ins-

piración misteriosa debía haberle sacudido. Abrió la tapa de su reloj y miró una fotografía.

Así permaneció varios minutos. Era aquella de quien la Salvatore se volvía celeste hermana. Quería contarle á la compañera fiel de tantos dolores su nuevo desastre.

En el diálogo mudo, ¿le habló la imagen como al hijo pródigo de su corazón? ¿Tuvo uno de esos gestos de piedad con que las mujeres, maternalmente, ofrecen en los naufragios morales la mano de Dios mismo? Los ojos de Ikreen se humedecieron y abrazó á Lanuza, que dijo á la Monti: «está salvado»... En la cámara contigua oíanse los ayes de Guicciardi. Y sorda á las penas, casi sonriendo en la paz, yacía sobre su lecho la cantatriz: la belleza de su rostro se espiritualizaba en luz, hasta parecer el sudario ideal de la divina voz muerta!

XIII

En el enorme *hall* del Terminus, de París, reinaba la media penumbra de un templo. Los vidrios, floreados en las altas galerías, y los arcos de herradura, le daban un vago aspecto árabe. Los racimos de las arañas, con sus rosarios de límpidas cuentas, sus guirnaldas de transparentes diamantes, y su interno rocío de luz, ostentaban la tristeza de cosas desterradas en el día, que sólo se animan en la noche. Se veían, entre los escritorios desiertos, dos ingleses; y las puertas, las colgaduras, las alfombras, apagaban los ruidos exteriores, en atmósfera de fresco silencio.

Lanuza, sobre una mesa, cortaba un libro; Ikreen, en un diván, abrumado por la fatiga, dormía. ¡Dormir! ¡Soñar! Puede rever sus últimas horas, y sentirse separado de un cadáver, en una sombría tarde. Puede mirar un ataúd cubierto de coronas, cual si todos los jardines de Italia se hu-

biesen despojado de sus flores. Puede gemir, envuelto en el torrente de la ciudad exaltada: sin más amigo, en la multitud, que Lanuza. Puede evocar los acentos de un poeta, condensando en un apóstrofe la vibración unánime: «Ve, vuela, desaparece, astro sonoro, exhalación efímera. El laurel latino te pide, en un himno, tus savias de estrella. Te sabemos muerta, pero, ante la imaginación, duermes. Brunilda ideal escucha nuestro voto. Que el Siegfried que te despierte, sea un hijo de tu Roma: que el arte de tu sagrada tierra, eclipse al del Héroe germano y reine con el yelmo armonioso de su belleza antigua.»

Puede recordar que leyendo los versos que, en realidad, no oyera al pie del sepulcro, pensó: «Á Mrs. Sipson, embajadora de Rosario, yo la llamaba también: *l'etoile filante.* El dolor enlaza las cosas que son ilógicas cuando son alegres». Puede evocar el horror de las estaciones, hecho de promiscuidad tumultuosa, de movimiento diabólico y silbatos agresivos; toda la indiferencia bullente, que nos lanza la vida irónica, como un tren sobre los huesos. Puede evocar... pero se despierta, y permanece inmóvil, sumido en dolorosa pereza.

Lanuza conversa con otra persona que mur-

mura: « Lo sé por Mrs. Sipson, llegada á París: se trata de la próxima sala de la rue Charras. Sería terrible que se le ocurriera entrar: faltan quince días para el embarco, y la cosa no es difícil. »

Á Lanuza, Carlos lo oye mejor: « Iré á la noche. Nuestro amigo está tan nervioso que hoy, por la mañana comprendí que algo le agitaba: tendía el oído con visible crispación. Pensé en el gotear del baño, y cerré bien la lluvia. No me había equivocado. Sonaba, me dijo: « como la fuente del hotel de Roma »... Sí, hay que evitar eso, á precio de oro. »

— En tanto — exclama La Gatinière — No olvidemos que es miércoles santo, que son las tres y el tiempo no sobra.

— En marcha. Ikreen sabe que debo salir.

Carlos permaneció acostado cinco minutos. Una impulsión incontenible lo devoraba. Se puso de pie y dejó el hotel.

El tumulto de la gare Saint-Lazare se mezclaba al bullicio de la tienda Le Printemps. Los ómnibus, los fiacres, los automóviles, rebosantes de gentes, sonreían á la primavera: las mujeres se antojaban haber permanecido en el invierno como crisá-

lidas entre obscuras pieles, y hacer explosión en la calle como mariposas de colores claros. Saludaba al joven intensa onda de calor y de vida. «¡Ah!» pensó: « la Muerte, la muerte siempre. No cual luminosa novia blanca, ofreciéndome otro mundo superior, sino negra y hosca, con sus emblemas de ruina, con la brutalidad de su acción, con lo absoluto de su amargura»... Llegó á la calle de Provence. Entre ella y el bulevar Hausmann, entre un doble movimiento de fiebre al sol, se abría una calleja de cien metros, semejante á un foso de sombra. La soledad de sus aceras, la frescura de las fachadas rectas de sus inmuebles, evocaban un rincón de provincia. Sobre una puerta se leía, en grandes caracteres de vidrios rojos: « Sala Charras. Visiones de Oriente.» Un *groom*, vestido de librea verde, conversaba con dos grisetas.

—¿A qué hora es el espectáculo? —preguntó Ikreen.

— Una sesión á las tres, y otra á las nueve.

— Señor, — dijo una de las muchachas.— Creíamos que se entraba por dos francos, y se necesitan cinco.

Carlos no la dejó continuar: « He aquí un

luis; y si quieren otro para la Pascua: pregunten por Ikreen, Hotel Terminus».

Las chicuelas, agradeciendo, se lanzaron, como pájaros felices, hacia la escalera. ¡Cuántas amarguras van á evitarle aquella dirección y aquel nombre, arrancados por los invisibles genios que tejen las tramas de los destinos!

En un salón pequeño, algunas personas tomaban té; y en otro, obscuro, angosto y largo, una cincuentena de hombres y mujeres contemplaba los cuadros. El espectáculo había empezado. Las grisetas se sentaron cerca de su benefactor, que, maquinalmente, se preguntaba qué relación podía tener con él una plaza de Tokio. Al lienzo del cinematógrafo lo formaba una neblina dentro de la cárcel de un cristal chato. Era, la frente de un extraordinario ser, grabada en lámina de luna. Palpitaban allí las imágenes de colores, con la magia de la ilusión, y los signos de la verdad. La multitud de la plaza, entre los cerezos en flor de las acuarelas, agitaba los ropajes minúsculos de sus sederías. La realidad resultaba fantástica y viviente... El Cuerno de Oro dibujaba los bosques y los palacios de Stambul, los palacios y los bosques de Pera: en lo alto,

los cipreses de los cementerios tocaban las nubes. Las ruinas de Balbek derramaban la melancolía de sus vestiglos: los templos de Luxor se miraban en el Nilo azul. En el Huerto de Getsemaní, un franciscano gemía al pie del olivar. Sobre una garganta del Líbano, bajo el dosel de los cedros, desfilaba una caravana. Un bosque de Ceylan erguía árboles y parasitarias, monos elásticos, y flores casi perfumantes de puro espléndidas.... ¡Ah! ya comprendía su relación con las visiones. El poema de Baudelaire vestíase de formas: ¡Alma mía, pobre alma yerta! ¿Te agradaría habitar dónde hay calor, al borde del agua, aunque los palacios se levanten en mármol? El alma no contesta. ¿Desearías verte en Rotterdam, cuya imagen te seduce en la calma de los museos? Nuevo silencio. ¿Aspiras á encontrar el espíritu de Europa entre las hermosuras del trópico? El mutismo es tan hondo que parece muerta. En fin, ya sé lo que quieres; más allá del Báltico reinan las sombras, pero también las auroras boreales. Entonces, el alma grita: No importa dónde, con tal que sea fuera del mundo.

¿Qué viaje, en efecto, podría distraerlo y curarlo? Bien conocía la mentira de visitar cosas

que no cambian el espíritu y reflejan la impresión de su luto: y la llegada á los cuartos de hotel, cuyos espejos mercenarios, mesas hostiles, lavabos de hielo, lechos de insomnio, aconsejan el suicidio... Un estremecimiento del cuerpo lo sorprendió: el del bruto que presiente el peligro antes que el jinete.

En el lienzo de luna aparecía el cementerio de Hamlet: una figura cantaba con la voz de un fonógrafo. Reconoció á Georges Beer:

Mais l' age avec ses pas furtifs
M'a saisi avec sa griffe;
Et m'a voituré *dedans* la terre,
Comme si jeune je n'avais pas été.

Era el melancólico romance de lord Vaux, mal recordado por el sepulturero. El príncipe se destacó apoyándose en el hombro de Horacio. Ikreen oyó el acento de Mounet Sully: *Est-ce que ce gaillard n'a aucun sentiment de ce qu'il fait, qu'il chante en creussant une fosse?* y no esperó el resto. Hamlet iba á decir: ¡la mano que trabaja, pierde el tacto!: pero él sabía cómo guardaba en su corazón la sensibilidad; y las palabras de sus amigos se le iluminaron siniestras. Sentía cerca á la enemiga invencible; esperaba otro golpe, no

de la blanca novia que promete un mundo superior, sino de la del Elba, de la de Roma, de la que le llevara á sus padres, de la que acababa de ver, hosca y negra, bajo el sol, en la calle, con los emblemas de la ruina, y lo absoluto de la amargura.

Y, sin embargo, no se fué, y su mente se paralizó ante el preludio de una orquesta. ¿Dónde había escuchado ese viejo aire? ¿Qué memorias de Francia se alzaban en sus acordes? Púsose de pie: Rosario brillaba en la luna. No era sombra coloreada. El vidrio mentía. Mentían sus recuerdos. Mentía Roma. Mentía su dolor. Estaba viva, con un traje gris: la ceniza del incendio divino. Sonreía mirando la música. Luego, sus ojos negros se fijaron en el rostro, graves; y su voz, la voz de la Salvatore, cantó: *Plaisir d'amour ne dure qu'un instant: chagrin d'amour dure toute une vie...* ¿No vibraba un acento infernal en aquel desafío de la Nada, á la ley de Dios?

Los espectadores, erizados, volvieron la cabeza. Las dos grisetas retrocedieron con espanto. Un hombre, inmóvil, reía, atrozmente, cual queriéndose mofar de una invisible mano que lo estrangulaba.

XIV

Es Domingo de Pascua. La primavera reina por completo. Los puentes del Sena, que guardan negruras, recortan sus arcos en la proyección de los árboles, recibiendo el fresco matiz de las hojas. Las fortificaciones se alzan como monumentales sarcófagos; y atrae los ojos fatigados el lecho reposante del verdor de sus cúspides. Las laderas oponen mantos rojos de amapolas, esmaltados de margaritas níveas, á los barriles, negros de vino, tendidos en los muelles. Y los enormes vientres dicen á las menudas flores: «También conocimos las sombras invernales, y hoy brindamos, en vez de vuestro matiz y perfume, las cosechas melancólicas del otoño, transformadas en oros de espiritual alegría.»

Todo derrama regocijo en la hora radiante. París, á lo lejos, desaparece bajo cielos de gloria. Tras de Bercy se destacan, como centinelas

indicadores, la cúpula del Panteón, maciza, y la torre de Eiffel, aérea. La obscuridad, corpulenta, perfílase en el límpido azul; la obscuridad alada vuela entre nubes de nieve; y el espacio, que viste los relieves de piedra, se filtra en las filigranas de hierro. Allí palpita un mundo, dispuesto, cual todo enjambre humano, á la virtud ó al vicio; á la grandeza ó al crimen; á la estupidez ó al genio; á la cobardía ó al heroísmo. Y Mrs. Sipson lo mira, marchando, ágil, en su traje blanco, cubierta por sombrero de paja, añadiendo á su elegancia de cisne, la gracia de una sombrilla, en la que, el primaveral rumor de las hojas continúa en los encajes.

Lo mira y piensa: « No sólo el miserable que combate el hambre, sino el harto 'que sufre de sus dolores, de sus enfermedades, de sus lutos, anhela creer en el sol enaltecido por las campanas. Sí, en el sol de la Pascua flota una plegaria. No hay desgracia que se resista á su fulgor: es escudo en la tierra y nube en el cielo. Los hombres luchan sin esperanza, cuando olvidan como el discípulo de Fausto, las palabras de Nostradamus: « El mundo de los espíritus no está errado: tu sentido duerme; tu corazón yace muerto. Leván-

tate, y ve á bañar, infatigablemente, tu seno mortal en la púrpura de la aurora. »

Después le salen al paso fábricas calladas. Los grandes relojes, en los altos hastiales, marcan el descanso. Á sus pies se amontonan canteras: el mármol trabajado aparece en moldes, en frisos, en frontones: fragmentos de techos y de paredes futuras, que encerrarán penas, fiestas, regocijos, llantos! La mujer dice: « Baje sobre las nuevas moradas la gran verdad: el placer fatiga; el lujo fatiga; aun la ciencia, que tanto eleva, fatiga: y no se limite el soplo de la Ilusión, cuando llame á la puerta; es el elemento divino de la naturaleza espiritual innegable »... Luego asciende las erguidas piedras, de las casas informes; y cree sentir un aliento contradictorio, preparándoles el reino de una alma que trae el Sena envuelto en cortinas de álamos. Se vislumbran los corazones negros de troncos y de ramas; mientras la verdura juvenil, deslíe rayos de sol, en la transparencia de sus fibras. Los campos de esmeralda, cubiertos de caseríos, llegan á las cintas de los próximos bosques; y nubes ligeras, en arrebato de espumas, prepáranse á la conquista del etéreo mar azul, con las armas de sus sonrisas blancas. La luz silen-

ciosa de sus nieves canta el aleluya pascual: abajo, los verdores responden con la voz silenciosa de su esperanza; y entre los dos silencios, el espíritu del hombre se vuelve himno de hermosura.

Mrs. Sipson, al descender, toma su coche: la naturaleza despierta en su corazón, el eco sonoro de los acordes preestablecidos. Se acercan á merendar en el Sena, legiones de todas las edades, novios y novias, amadas y amadores. Abandonan sus viviendas por el abrigo de los árboles, y en su alegría chispean las alas de los pájaros. Más adelante, se oyen orquestas, y los ventorros de lilas ofrecen la flor de Abril, que aleja, en el recuerdo, la crueldad ensombrecida de los domingos escarchados.

La viajera transpone las moharras doradas de Charenton; admira los viejos plátanos en las alamedas imperio; y, en lo alto, el cuadro de los amarillentos pabellones. Las chimeneas de cinc cortan el azul, cien ventanas se abren al sol, y el edificio se alza sobre un monte de floridos rosales.

Así, el asilo de tanto naufragio, fulge como un altar riente. Mrs. Sipson, piensa: « Bien está sin el aspecto hosco de un castillo de la desven-

tura. Encuéntrese la razón, si á ella se vuelve, por puerta de flores que enardezca el renacimiento. »

La hacen penetrar. Desea ver al enfermo Carlos Ikreen, internado ha dos días. — Ya sé — exclama el director, el amigo de los La Gatinière. Pero la orden de aislarlo es inquebrantable. Su estado no varía. En su inconsciencia, busca un aire de canción; cuando lo halla, su rostro se ilumina: luego cae en anonadamiento completo.

— ¿Podrán salvarlo?

— Por de pronto, responde el médico, tengo la seguridad de que no se embarcará cual quería el señor Lanuza, que lo trajo con La Gatinière. Y, en seguida, aunque el caso de esta alteración fué fortuito, no me parece pasajero. Ha conmovido una naturaleza sin gran juventud, y un temperamento nervioso, de agotamientos heredados. Ha sido menester sacarle del reloj un retrato. Mirando esa efigie, se desesperaba al no encontrar el canto. Me dicen sus amigos que la actriz tenía algo de esa miniatura. ¡Qué curioso caso!

«Es Winnie de Lissemberg», reflexiona Mrs. Sipson; «es uno de los intangibles misterios de la ilusión ». Se despide y sale. No había querido creer

en tan siniestro fin, mientras evocaba al joven en el mar, cuando le predicara el amor y la fiebre. Ahora, como el que siente frío y se arropa para seguir sin temor, prorrumpe: « No podía escapar á su destino, y nadie escapa: los griegos tenían razón. Á todo ser le llega un momento de amargura necesaria, porque las angustias de los unos, añaden verdadero precio al júbilo de los otros. Sin el llanto, la risa no significaría nada. El dolor abona la tierra de la vegetación feliz. El error de ese desgraciado consistió en no comprender, en forma diversa á la suya, que la muerte y la vida componen una armonía. No se separan; se enlazan. La muerte suprime la materia; la vida entrega su alma. ¿Qué poeta ha dicho: « el alma libre es un rayo de luz que no turban las lágrimas »? Quizá un amigo de Ikreen; pero su temperamento carecía de la Gracia que abre la Inmortalidad radiosa. »

Al pie del hospicio, los habitantes de Alfort y Charenton se pasean entre los árboles; y resplandecen sobre el césped, los trajes blancos de las mujeres y los uniformes rojos de los soldados.

Mrs. Sipson, vuelve á recordar á Goethe. Faus-

to, entristecido, murmuraba á Wágner en un día semejante: « Mira ese pueblo. Cada uno exulta en su placer: festejan la Resurrección del Señor, y ellos mismos están resucitados. El sol toma por flores la multitud engalanada que cubre el campo ». Y en él se encendió la ilusión. Hastiado de la ciencia, después de su metamorfosis, la buscó en el amor; y, vencido el espíritu de rebelión, en Cristo... ¡Ah! no se culpe, en la desgracia, al elemento misterioso, sino se le eleva hasta una cumbre redentora. La ilusión ofrece al hombre: rubíes, zafiros, diamantes, con el brillo de las aguas, con el esplendor del cielo, con el matiz de la sangre; es decir, con la apoteosis de la vida. Pero la realidad posee una mano, y ese collar le sirve para estrangular mejor. El tormento aumenta, según la fuerza de la ventura. ¿Qué falta cometen las pedrerías, si la víctima no cree en la idealidad ultraterrestre de sus reflejos?...

Aprueba esos pensamientos, la luz, que es sonrisa en las rosas y éxtasis en las nubes. Y claman: « son la verdad », visiones que en los automóviles agitan velos azules y blancos, cual si bajase á envolverlas algo del cielo en el viento de la marcha. Simultáneamente el relámpago de las bi-

cicletas, siembra en destellos, el perfume de las lilas que van en sus cruces; y el llamamiento de lejanía de un cuerno de caza, puebla de inquietud el corazón de los bosques.

— « La Ilusión » — prosigue Mrs. Sipson — «tiene del enigma de la música, en su esencia inefable; se conoce su áureo polvo, pero no su ala invisible; vaga y potente, se precisa y se esfuma, á semejanza de las notas; y, como ellas, ordena, impulsa, enternece, salva; es una emoción superior al pensamiento. Suena, sin saberse por qué, sobre todo, y, precisamente, cual esos cuernos que dilatan en las sinfonías amplitudes de ilimitados horizontes.

Su forma más fecunda, conduce al amor. El hombre pone el entendimiento y la fuerza: la mujer, la voluntad y la gracia. Se completan reuniéndose en atmósfera de hermosura. El heroísmo resulta dos veces pujante con ese resorte oculto: el hombre de estado dos veces clarovidente con esa lumbre avizora: el sabio que estudia los gérmenes y se detiene en el límite, como el que se levanta á los astros, y halla tras ellos lo inabarcable, encuentra, en la unión, el consuelo de sus dudas. El sentimiento ondulante, no encarnado, es

principio de espíritu, si la ciencia del sujeto no analiza sino las formas. ¡Feliz de quien replegándose, en el abismo profundo como Dios, comprende y grita: por el amor, se llega á la plenitud humana! El sentir no se reduce entonces á una fórmula; sus efectos hacen tocar bajo su lumbre, el alma, y el alma encendiéndose, mira y halla en el universo su propio manto. ¿Qué elemento inicia su raudal supremo? Á veces un detalle, germen luego olvidado en la explosión de la planta. Para Ikreen, fué la voz de una mujer: hoy muerta y venerada en el recuerdo; mañana renaciente en la lírica llama. ¿Por qué ese acento despertaba en él la atracción invencible, entre otros indiferentes, sólo con murmurar una palabra muy antes de llegar al canto? ¿Por qué esa voz comunicaba á los ojos, luz que correspondía á su emoción, impulsándolo hasta el éxtasis? Preguntas tan sin respuesta como definir ciertos flúidos.

En tanto, á mi pobre amigo nada de esto le importa. Por sus amores vió el mundo más hermoso: la savia inspiradora circuló en sus venas, y su sangre recibió el ritmo sublimizante. Mezcló la realidad á los sueños: la vida se vengó de su ventura; pero la ilusión no puede decirse: soy

criminal, porque él no invocase la más alta esperanza del espíritu. »

La mujer marcha siempre, y le dan razón, miriadas de mariposas, que giran sobre los céspedes, como las siquis inmortales de los cementerios antiguos. En los álamos, los gorriones aleteando no discuten lo que agita la ebriedad de su piar vibrante. Y Mrs. Sipson se murmura: « Encarnan las felicidades que debemos perseguir sin analizar las posibles congojas. Cuando los hombres no vislumbran la resurrección de la muerte, necesitan hacerse una religión de sus sentimientos. Así el vuelo de la ilusión es sagrado: y no me acuso si mi víctima adoró sus alas ». Después se estremece entre los silbidos de los vapores. Arriban de París con nuevas familias, en busca de los libres efluvios... ¡Sí! Ella, á bordo del *Araguaya*, había mantenido el germen de una imaginación, alejado un alma de los recuerdos fúnebres, y soplando sobre el fuego de su renacer, le había dicho: « ¿Por qué las alegrías del viaje? ¿Por qué el olvido del mundo en un rapto halagüeño? ¿Por qué tantas buenas nuevas sonantes en las olas? ¿Por qué tantas certidumbres en espirituales resplandores?... Sobre la nave cargada de amarguras

y de inquietudes, entre bellezas reflejantes de ecos de infinito, las inquietudes y las amarguras, durmiéndose en brazos de la esperanza, adquieren la fúlgida placidez de los horizontes. ¡Ecos de infinito! ¡Ese es el enigma de la alegría inconsciente! ¡Esa es la clave de los entusiasmos radiantes! ¡Esa es la voz de la canción armoniosa! Y la nave sonora es imagen de otra nave que, silente y augusta, boga por los espacios, con los gemebundos y los jubilosos, con todos los que esperan, y todos los que trabajan, y los que investigan, y los que estudian, y los que se consumen en el amor y en la plegaria. Aquellos cuya conciencia no se encorva ante el crimen, piensan, gozosamente: «la vida no acaba, el planeta nos acerca al infinito como la nave á sus ecos, y por eso la tierra es nave convertida en astro»... ¿Cómo volverse fuertes en la lucha? ¿Cómo afrontar el destino? ¿Cómo mirar coloreada la existencia? No olvidando ni los paisajes del océano, ni la ilusión de sus espejismos. »

Y el Sena, corriendo hacia al mar multiplica esos acentos en el rumor de sus claridades; y los celebran los muros de sicomoros, con las leves hojas de sus abanicos de armonía.

Mrs. Sipson, embarcándose, contempla la inmensidad de París. «Á encender nuevas almas»— prorrumpe, — «á dirigir nuevos corazones. Sólo por una fascinación los hombres amarán la existencia. Que la amen, aunque después la abominen... Cual si ese náufrago de sí mismo estuviese delante, exclamó: No defino la muerte, sino rejuvenezco la vida. La estatua que entre el oasis y el desierto preside el mundo, tiene, en sus ojos de misterio, muchas cosas. Mi cuna está en uno de sus rayos; sus labios me explicarán cuando hablen. Soy la Ilusión humana; soy la sonrisa de la Esfinge.»

Y el vapor, alejándose, marcha ligero, y ambas orillas se llenan de cantos, y desde su cumbre de universo, el sol bendice á la mujer, ciñéndola un nimbo de oro.

FIN

INDICE

	Páginas
La Nave.....	7
Recuerdos.	153
La Voz	207